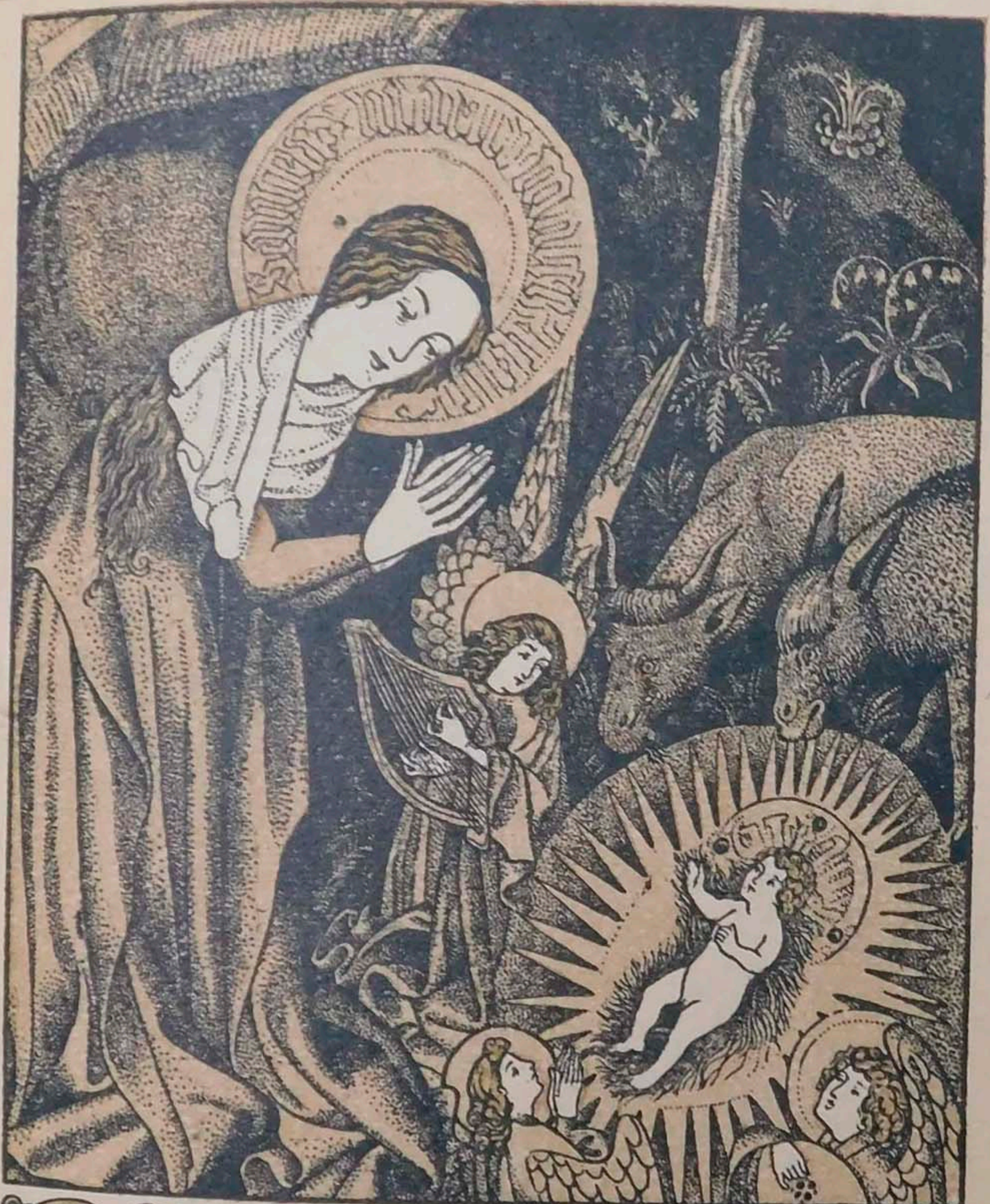
37-2

MAY 1? 1922



El Maestro

Revista de Cultura Nacional

México — Diciembre — MCMXXI

T. II, no. 3, - dic. 1921.

EL MAESTRO
Revista de Cultura Nacional

DIRECTOR:
Enrique Monteverde

OFICINAS: 1ª GANTE 3

Apartado Postal 105 bis. Teléfs. Ericsson 1-16-30. Mex. 23-63 Neri

Registrado como artículo de 2a. clase con fecha 29 de agosto de 1921

SUMARIO

REVISTA EDITORIAL INFORMATIVA

EL CARDENAL MERCIER DE SANTO DOMINGO

HISTORIA

LA MUERTE DE DON SANTOS DEGOLLADO — ALFONSO TEJA ZABRE
HISTORIA UNIVERSAL — WILLIAM SWINTON

TEMAS DIVERSOS

DIEZ CAPITULOS DE LA "HISTORIA DE CRISTO" — GIOVANNI PAPINI
INQUIETUD, REBELDIA, PERFECCION — JOSE INGEGNIEROS
DE LA JUSTICIA — PLATON

LITERATURA

DEMOCRACIA CRIOLLA — RUFINO BLANCO-FOMBONA
LECTURAS ESCOLARES — GABRIELA MISTRAL
EL NIDO DE AGUZANIEVES — SELMA LAGERLÖF

CONOCIMIENTOS PRACTICOS

SANTO DOMINGO — SALOMON DE LA SELVA
EL BAÑO

SECCION DE LOS NIÑOS

ALADINO — ROSAURA ZAPATA

POESIA

DON JOSE MARIA HEREDIA
EN UNA TEMPESTAD
AL OCEANO
ODA AL NIAGARA — JOSE MARIA HEREDIA

Esta Revista recibe la colaboración de todos sus lectores, e invita a cuantos se interesen por el bienestar colectivo a usar de sus páginas escribiendo sobre cualquier tema de interés nacional o universal. No se devuelven originales.

EL MAESTRO
REVISTA D CULTURA NACIO
NAL TOMO II - NUMERO III DI
CIEMBRE D MCMXXI MEXICO

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA
Talleres Gráficos de la Nación.—Filomeno Mata número 8
MEXICO, DICIEMBRE DE 1921

226

Revista Editorial Informativa

LA INCONSCIENCIA DE LA HORA

LOS diarios más importantes de la capital publicaron, en sus ediciones de 5 de diciembre, un artículo del señor Presidente de la República, titulado **La Inconsciencia de la Hora**, y que reproducimos a continuación:

"Un ambiente de inconsciencia invade el espíritu de los hombres y de los pueblos.

"El vértigo de la fuerza atrofia las facultades mentales de los hombres y les hace perder la ruta por la que habían logrado encauzar sus actividades y que habían trazado con la experiencia de muchos siglos.

"Los intereses materiales han levantado sus más altas tribunas, y es el eco de sus dictados el que trata de imponer sus doctrinas.

"A la última tragedia acudieron hombres de todas las latitudes de la tierra, de todos los idiomas y de todos los colores, quienes decían sumar su esfuerzo para conservar al mundo la libertad que intentaba arrancarles el militarismo de los países centrales, y así se realizó, en nombre de ideales abstractos, la inmolación de millones de seres humanos que, si bien es cierto que poseían distintos idiomas y tenían la tez de distinto color, en cambio, la sangre que todos ellos derramaron fué igualmente roja e igualmente trágico el sello que la muerte dejó en sus rostros.

"En esa lucha, los sacrificios fueron proporcionales a la potencialidad combativa de cada uno de los países arrastrados a la contienda, y se suponía que los derechos conquistados serían para todos. Sin embargo, cuando la tragedia hubo terminado; cuando apenas se disipaba el humo de la pólvora; cuando todos se preparaban a recoger el fruto del más grande sacrificio ofrecido por la humanidad, en holocausto a sus empeños generosos, aparecieron los números sobre la carpeta de las discusiones, y el cálculo, frío y matemático, ahuyentó los ideales. Los más grandes estadistas de nuestra época no alcanzan a descubrir los medios de resolver el problema y desvanecer con su resolución el fantasma trágico que se perfila más allá de nuestro presente y al que una ley fatal nos acerca cada día.

"Las conferencias de Wáshington hicieron nacer una esperanza antes de que fueran conocidas las bases que se establecerían para la discusión; pero esta esperanza viene apagándose con la rapidez de un crepúsculo, dejando una sombra de desaliento y de dolor. La humanidad

toda parece no darse cuenta de lo trágico de la hora. Hombres y pueblos, casi con indiferencia, contemplan hundirse su última esperanza, sin interponer ningún esfuerzo para evitar el naufragio, porque todos obedecen a sentimientos mezquinos.

"Es seguro que los enemigos de los Estados Unidos, cediendo a sus egoístas pasiones, se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Wáshington, porque creen que entrañan solamente un fracaso político para los Estados Unidos de Norteamérica. Quizá los enemigos del Japón se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Wáshington, porque abrigan la esperanza de que un choque, producido entre los Estados Unidos de Norteamérica y aquel país lejano, pudiera determinar la supremacía del primero sobre éste. Quizá los enemigos de Francia se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Wáshington, con la esperanza de que una guerra entre el Japón y los Estados Unidos reste a Francia uno de sus aliados más formidables. Quizá, igualmente, los enemigos de Inglaterra se sientan halagados por el fracaso de las Conferencias de Wáshington, porque sus intereses mezquinos encuentren en ello una conveniencia. Y así, cada pueblo cuyo interés inmediato y particular pueda obtener algún provecho de ese fracaso, hará votos indudablemente porque éste se realice; lo cual explica que sean muchos los egoísmos que anuncian el fracaso de las Conferencias de Wáshington y que todavía no hayamos oído una sola voz que anuncie su remedio.

"Es necesario que todos los pueblos y todos los hombres se den cuenta de que el fracaso definitivo de las Conferencias del Desarme entraña el fracaso universal de muchas generaciones, que la chispa podrá encenderse entre dos países cualesquiera, pero que la conflagración tendrá que envolver y desolar al mundo. Que los que ahora se regocijan por la perspectiva de un fracaso que, según sus criterios, solamente restaría personalidad a los Estados Unidos de Norteamérica, tendrían que lamentar su error demasiado tarde.

"La hora exige que todos los hombres de buena fe aporten su contingente de luz para iluminar las conciencias obscurecidas y volver a los hombres y a los pueblos al punto de partida, al punto aquel donde se encontraban antes de extraviar su derrotero, para evitar que una nueva tragedia venga a ensombrecer, definitivamente, nuestro futuro, y a superar su pesimismo aquella denominación que hicieron los primeros cristianos al llamar **Valle de Lágrimas** a lo que tendrían que denominar, los que sobrevivieran a la catástrofe, **Valle de Sangre y de Exterminio**.

"¡Pensadores de todos los confines del mundo, exigid a vuestros cerebros el resplandor máximo de luz, y aportadlo, noble y desinteresadamente, en esta hora solemne que puede convertirse en trágica!

"¡Hijos, madres y esposas, juntad vuestras manos y alzadlas al infinito, evocando las manos de los apóstoles de todas las épocas y de todos los credos, para que inspiren a los congresistas y sean [illegible] los **[illegible]** de la [illegible] de las [illegible], [illegible] por los [illegible] ideales de amor y confraternidad, y declaren que el camino fué equivocado y que se [illegible].

de la manera más solemne, que todos los hombres son iguales, y que sobre esas nuevas bases se renovará la convocatoria a las Conferencias del Desarme!''

NO SE HA PEDIDO EL RECONOCIMIENTO

CON motivo de ciertas informaciones, publicadas por diarios de los Estados Unidos y de esta capital, que suponen que nuestro Gobierno **pide** ser reconocido por los Estados Unidos, con insistencia de mendicante, el Secretario de Relaciones Exteriores declaró: Que no es cierto que el actual Gobierno de México haya mendigado o esté mendigando su reconocimiento por el de los Estados Unidos. Que nuestro Gobierno no paga ni un centavo ni un privilegio por la actitud favorable del periodista norteamericano William R. Hearst. Que es falso que el señor Elmer Dover sea agente del general Obregón, como se asegura en el **New York American,** poderoso diario amarillo, de la propiedad de Hearst, que en los años de más dura prueba para México no perdió oportunidad para calificar al pueblo mexicano de salvaje, irredimible y necesitado de la intervención armada de los Estados Unidos.

El señor Dover vino a México con una carta del Presidente Harding para el Presidente Obregón, y en tal correspondencia, simplemente, no fué más que un amable portador.

El carácter de esa correspondencia se define con claridad en los telegramas cambiados entre el Presidente Obregón y el señor Dover. El primero dice: ''**New York American** hoy publica declaraciones Dover, diciendo haber sido portador tres ocasiones cartas Presidente Obregón a Wáshington pidiendo reconocimiento, sin ser contestadas por Presidente Estados Unidos. Juzga futuro México depende pronto reconocimiento.

''Como considero hay error en declaraciones referencia, suplico a usted atentamente formule rectificación, haciendo más honor la verdad, **pues Ejecutivo mi cargo no ha solicitado en ninguna carta cruzada con H. Presidente Harding, reconocimiento México,** habiéndose limitado expresar sus ideas sobre este tópico. Permítome recordarle, además, que cartas dirigidas propio H. Harding hánme sido contestadas con toda oportunidad.''

Lo que sigue es la respuesta de Dover:

''Contestando su telegrama, manifiéstole informe cita sobre mi entrevista está enteramente equivocado. No tengo conocimiento de que háyase publicado declaración atribúyeseme, la que naturalmente nunca hice. **Los hechos son como usted los relata,** y así se entiende en todos Estados Unidos. En una entrevista dije haber sido portador tres comunicaciones amistosas entre Presidentes Obregón Harding, y que he urgido reconocimiento, considerándolo conveniente, tanto para intereses México como Estados Unidos.''

EL ERROR DEL DIA

DE LA Prensa de esta capital tomamos un artículo del señor Presidente de la República, publicado bajo el título de **El Error del Día.** Es el se-

gundo de una serie que se propone escribir el señor Presidente para exponer sus opiniones personales sobre asuntos de interés nacional. Dice:

"La solidaridad, que significa uno de los principales factores, si no el primero, para el desarrollo de las sociedades y de los pueblos; la solidaridad, que en el hogar, en la sociedad y en la vida toda, significa el refugio de los débiles, que atenúa muchos dolores y robustece muchos esfuerzos, está siendo, en los actuales tiempos, desvirtuada, equivocando por completo su verdadera significación, para tratar de convertirla en fuerza bruta, para imponer con su presión, ya no las tendencias más o menos nobles de determinadas agrupaciones gremiales, sino los caprichos o errores que algunos de sus miembros pueden cometer.

"La solidaridad incondicional que está empezando a proclamarse por las asociaciones gremiales, no ya sólo en México, sino en muchas partes del mundo, entraña un absurdo que bien pudiéramos llamar **El Error del Día.**

"La solidaridad incondicional, comprometida previamente como pacto intergremial, equivale a proclamar la infalibilidad de todos y cada uno de los componentes de los diversos gremios que constituyen toda una sociedad. Y así vemos con qué frecuencia un individuo o un grupo, que no son sino partes integrantes de una asociación gremial, ejecuta un acto, ya sea en forma de protesta contra un gobierno o contra una ley, ya en forma de protesta contra una empresa o contra un artículo de prensa, y recibe en seguida protestas de adhesión y de apoyo **por espíritu de solidaridad**, sin conocer siquiera los factores verdaderos que han inspirado el acto, ni conocer siquiera el alcance de los actos mismos, y, en muchos casos, sin conocer siquiera el asunto de que se trata.

"Este error, que ha venido tomando cuerpo, alcanza en los últimos tiempos un aspecto muy serio que, en mi concepto, amerita un estudio minucioso de parte de la prensa independiente que tiene a su cargo, como una de las principales obligaciones, la de señalar los errores, estudiar su origen y proponer las formas de conjurarlos. Y digo que en los últimos tiempos alcanza proporciones alarmantes, porque ya no son, solamente, las manifestaciones de solidaridad incondicional que se registraban entre las clases laborantes, que en sus errores tienen que ser seguramente más disculpadas, porque sus integrantes, por lo general, carecen de la instrucción suficiente y de la preparación necesaria para obrar con más reposo y más acierto; sino que ahora estas manifestaciones empiezan a presentarse entre gremios que por su cultura, su preparación y su experiencia, están obligados, seguramente, a cometer menos errores que las clases menos cultas.

"Los acontecimientos últimamente desarrollados en Puebla dan un aspecto curioso al fenómeno de que me vengo ocupando:

"La Legislatura de aquel Estado aprobó una ley; el ciudadano Gobernador del mismo la promulgó; y la Cámara de Comercio de Puebla elevó una protesta por dicha ley, en forma inadecuada, apoyando su protesta con procedimientos inadecua-

dos también. Y, cosa curiosa, un día después se recibían en la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo y en la Presidencia de la República, un sinnúmero de telegramas de Cámaras de Comercio de distintos lugares del país, protestando su apoyo decidido, por solidaridad, a la Cámara de Comercio de Puebla, sin conocer muchas de estas Cámaras siquiera la ley que dió origen de su protesta; sin conocer el texto y la forma en que dicha protesta fué hecha, declarando en la mayor parte de los casos que lo hacían únicamente por espíritu de solidaridad.

"Si este error siguiera tomando cuerpo, todas las asociaciones agremiadas cometerían la aberración, o de proclamar la infalibilidad de todos sus componentes, o de estar resueltos a apoyar, por espíritu de solidaridad, todos los errores que sus componentes pudieran cometer.

"Es tiempo de que todas las asociaciones gremiales estudien cuidadosamente el alcance de la palabra solidaridad, que estudien todas las ventajas que a sus asociados, a la sociedad y a la humanidad entera reportará tan noble precepto si es usado con las limitaciones que la moral y la discreción exigen, apoyando todos y cada uno de los actos de sus coasociados que estén dentro de esa misma moral y dentro de la más estricta equidad; y los trastornos que reportaría si este concepto se desvirtuara y si tratara de convertirse en fuerza bruta, para imponer, en forma incondicional, con toda la que pueden tener a sus alcances los gremios que la proclamen, aquellos actos de sus coasociados que signifiquen un error."

LA REPUBLICA ARGENTINA Y LA LIGA DE LAS NACIONES

A MEDIADOS de marzo de 1919, cuando se le hubo dado forma definitiva al Pacto de la Liga de las Naciones, incorporado en el Tratado de Paz firmado en Versalles el 29 de junio de ese año, los hacedores de ese convenio, representantes de los países aliados vencedores en la gran guerra, invitaron a una conferencia privada y enteramente sin carácter oficial a algunos Gobiernos de los países neutrales, para darles una oportunidad de expresar su punto de vista respecto de la Liga antes de que fuese adoptada esa convención definitivamente. Se deseaba que desde sus comienzos esos países invitados formaran parte de la Liga. A este respecto la Argentina expresó, por medio de su Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Honorio Pueyrredón, que el Gobierno argentino aceptaba, en principio, la formación de la Liga propuesta por el Presidente Wilson, y que en reuniones privadas no debía su Gobierno adelantar opinión sobre sus condiciones; pero que tratándose de una Liga que había de establecer y regir la paz futura entre todos los pueblos, no cabía ya el distingo entre beligerantes y neutrales; es decir, que la Liga debiera ser obra de todas las naciones y no sólo del grupo de potencias triunfantes en la guerra europea.

Después de firmar el Tratado de Versalles y de habérsele hecho invitación oficial al Gobierno argentino para adherirse al pacto de la Liga, el señor Pueyrredón comunicó a su Ministro en París que el Poder Ejecutivo de la República Ar-

gentina había resuelto adherirse sin reserva alguna. Sin embargo, para que la Argentina integrara en esa corporación en toda forma, era necesaria la ratificación de su adhesión por la Asamblea Nacional, y esto no se había hecho al reunirse la Asamblea de la Liga, en Ginebra, a mediados de noviembre de 1920. El Gobierno argentino, antes de resolverse a ser parte constitutiva de la Liga, deseaba que en ella se fijasen ciertos principios. El doctor Pueyrredón, presidente de la delegación de su país a la Asamblea de la Liga, precisó, en su discurso de noviembre 17, los postulados y puntos de vista de su Gobierno, a saber:

"1.º Es esencial que todos los Estados soberanos, reconocidos por la comunidad internacional, sean admitidos a formar parte de la Liga de las Naciones, de tal modo que su no incorporación sea el resultado de una decisión voluntaria de su parte;

"2.º Todos los miembros del Consejo deberían ser elegidos por la Asamblea, de conformidad con el principio de la igualdad de los Estados, para que en un espacio de tiempo dado todas las naciones que forman parte de la Liga hayan estado representadas en el Consejo, y

"3.º Debe establecerse el principio del arbitraje obligatorio para todos los conflictos, salvo las cuestiones que afectasen los preceptos de la constitución política de los Estados; y debe establecerse una Corte de Justicia, investida de jurisdicción y sobre el principio de la igualdad de los Estados."

En la sesión del 2 de diciembre, 1920, de la Asamblea de la Liga, se decidió aplazar hasta otra reunión de la Liga la consideración de las enmiendas al Pacto presentadas por diversas naciones y entre las cuales eran las enmiendas argentinas quizás las más importantes. El señor Pueyrredón comunicó entonces al Presidente de la Asamblea, de Ginebra, que "el objeto principal" del Gobierno argentino al enviar a esa Asamblea una delegación, era "el de colaborar con enmiendas al Pacto, a la Constitución de la Carta, en la que esperaba hallar inscritos los ideales y principios que la Argentina ha sostenido siempre en materia internacional y de los que no puede apartarse;" y que "desaparecida esa tarea por el aplazamiento de las enmiendas," la delegación argentina debía "cesar en su colaboración," es decir, retirarse, quedando de hecho fuera de la Liga.

El Ejecutivo argentino apoyó entonces, y antes había inspirado, la actitud de su delegación. Al tener noticias de lo hecho por el señor Pueyrredón, el Presidente de la Argentina, doctor Hipólito Irigoyen, cablegrafió a su plenipotenciario, por medio del Ministro de Relaciones Exteriores, expresándole su conformidad. De ese telegrama tomamos los siguientes párrafos:

"La permanencia de la Delegación habría implicado una desviación de los principios sustentados y una verdadera profanación a la integridad de ellos, que ninguna sanción posterior adoptada por el Gobierno argentino habría llegado a justificar.

"La nación argentina, parte integrante del mundo, nacida a la existencia con tantos títulos como cada una de las demás, no está con nadie contra nadie, sino con todas para el bien de todas. Ha asistido a la

Asamblea de la Liga sin prejuicios ni inclinaciones algunas, llevando en su definición de conceptos de una nueva vida universal, la unión santa que siente y profesa profundamente.

"Se ha encontrado sola en la hora de las deliberaciones sobre los ulteriores destinos de la paz humana, no buscando adhesiones y aun declinando las que gentilmente se le ofrecieran, porque no deseaba comprometer a nadie en la defensa de sus postulados, por sagrados que sean; pero sintiéndose poderosa para llevar al seno de la humanidad el aporte de su concurso, no debió omitir sus esfuerzos, y los deja cumplidos, íntimamente convencida de que, al fin, la suprema justicia se impondrá en el mundo."

Como los compañeros de delegación del señor Pueyrredón no estuvieran de acuerdo con él, opinando que la Argentina no debía retirarse, sino antes bien que el Congreso argentino debía ratificar la adhesión de su país a la Liga; y como le telegrafiaran al Presidente Irigoyen expresándole su parecer, éste se dirigió a uno de ellos en una carta que hubo de convencerlos, de la cual extractamos lo siguiente:

"Usted conoce, por la delicadeza infinita de la amistad que nos vincula, todo el alcance de mis designios. Debíamos reintegrar la patria a la plenitud de su autoridad moral, al ejercicio soberano de sus fueros y al normal funcionamiento de sus facultades constitutivas, para que volviera a derivarse, más allá de los tiempos, tal como surgiera en las emancipaciones y redenciones humanas, y restaurando todo lo perdido en el desastre pasado, fecundara su vida en progresiones superiores hacia sus infinitos destinos.

"Así como en una poderosa concepción política nos propusimos redimirla de todos sus males y desgracias, así también, por magnos juicios y actitudes concordantes, buscamos afirmar y consolidar su personalidad, en el orden internacional, elevándola al templo del honor, de la razón y de la justicia. Y es ese apostolado de fundamental esenciabilidad, el que ha tenido la virtud de culminar tan esplendentes soluciones, por lo que, de hoy más, la Argentina vibrará en la tarea renovadora de todos los perfeccionamientos y de los aspectos perdurables de la humanidad.

"Esta es la síntesis de mis profundos convencimientos, robustecidos por la más notoria evidencia de sus inmensos beneficios, que han hecho a nuestra patria eminente, grandiosa y hasta privilegiada del mundo, y símbolo de la más justa y sublime inspiración en pos de la paz universal."

CAMBIO DE GOBIERNO EN GUATEMALA

CENTROAMERICA está dividida de dos modos: geográfica e ideológicamente. Estas dos divisiones no coinciden. La geográfica separa, por ejemplo, al nicaragüense del hondureño; pero si ambos pertenecen a uno de los dos partidos políticos que constituyen la otra división centroamericana, la diferencia de patria desaparece; en todo caso es menos honda que la diferencia entre dos hondureños de partidos opuestos o entre dos nicaragüenses lo mismo. La divi-

sión geográfica sólo ha servido para mantener cinco gobernantes, quienes, para sostenerse en el Poder, han creado conflictos patrioteros: cuestiones de límites, etc. La división ideológica es la división verdadera. Los centroamericanos se dividen en liberales y conservadores. En el fondo todas sus luchas no han sido sino esfuerzos de uno y otro bando para dominar en todos los cinco Estados. Viendo las cosas con ojos claros, resulta falso hablar de guerra entre Honduras y Nicaragua, por ejemplo. No ha habido más que guerra de un gobierno liberal nicaragüense, al que se han unido los elementos liberales de Honduras, contra un gobierno conservador hondureño, al que se han unido los elementos conservadores de Nicaragua. Tal fué el caso en 1894. Tal fué el caso en 1907. Así ha obrado siempre la política centroamericana, y sólo El Salvador y Costa Rica se han apartado a veces del partidarismo ideológico, entablando sus pleitos políticos sobre base personalista, lucha de candidatos más bien que de partidos.

En un tiempo, cuando Morazán, liberal, y cuando los antiguos Chamorros, conservadores, esos partidos eran relativamente puros. Los hombres de los últimos treinta años han hecho degenerar ambos partidos. Tuvieron la culpa primero los liberales, cuyos gobiernos se convirtieron en horrorosas tiranías, siendo la de Zelaya en Nicaragua y la de Estrada Cabrera en Guatemala las más durás, y después los conservadores, con sus pactos con banqueros yanquis; de modo que ser liberal ahora significa no lo que antes—tener ideas avanzadas, separación de la Iglesia y del Estado, enseñanza laica obligatoria, abolición de la pena de muerte; en una palabra, liberalismo verdadero,—sino monopolios, robos, asesinatos políticos, concupiscencia en todo sentido; y ser conservador quiere decir otro tanto, añadiéndose, a semejantes títulos vergonzosos, el de ''vende-patria.''

Bandidos por un lado, bandidos por otro, esa es ahora la división en política—porque otra división verdadera no hay— que existe en Centroamérica. Hombres justos debe de haber, ya que no ha llovido fuego en esas tierras. Y si salvación tiene esa cara porción del continente latinoamericano, en esos hombres estriba. ¿Quiénes serán?

Seguramente no lo son los antiguos secuaces de los tiranos liberales; no lo son los que han vendido a Nicaragua, y tratan de vender a Guatemala y a El Salvador, por medio de empréstitos bochornosos, ni lo son tampoco los que se oponen a la Unión centroamericana, fuente de idealismo de la que sí podrá brotar un nuevo sentimiento de patriotismo puro.

Los sucesos recientemente ocurridos en Guatemala son, por esto último, dolorosos. No se lamenta el cambio de un gobierno conservador por un gobierno liberal: se lamenta un cuartelazo que ha hecho zozobrar la Unión parcial de Centro-América, pactada este año y que iba a llevarse a efecto a principios de 1922, cuartelazo que, además, ha sido causa de que un gobierno de raza no latina se entrometa en cuestiones latinoamericanas.

Los hechos ocurridos en Guatemala han sido los siguientes: Con fecha 5 de diciembre de 1921, el partido liberal federalista del Estado de

Guatemala hizo circular un manifiesto al pueblo guatemalteco, haciéndole un llamamiento para que así como derribó el régimen de Estrada Cabrera en marzo de 1921, se aprestara a cambiar por otro el régimen conservador que con don Carlos Herrera como jefe existía desde la caída de aquél. A la media noche de ese día, fuertes grupos de ciudadanos armados empezaron a recorrer las calles, instigados por generales del ejército. Estos se presentaron ante don Carlos Herrera y le pidieron que resignase el mando y ordenara que los cuarteles no hicieran oposición al movimiento de cambio de gobierno. Obligado a ello, el Presidente Herrera se resignó a deponer el mando. Acto continuo los cabecillas levantados organizaron un consejo de dictadura militar, presidido por el general José María Orellana, quien, desde ese momento, quedó constituído en jefe provisional del Poder Ejecutivo, con los generales José María Lima y Miguel Larrave, encargados de las Secretarías de Estado. Los miembros del Gabinete del Presidente Herrera fueron encarcelados "para contestar cargos que se les harían." También se hicieron cambios de jefes en los cuarteles y de personal en las oficinas del Gobierno, y se aprisionó a muchos ciudadanos. Toda la noche del 5 al 6 hubo tiroteos en las calles, causando pánico en la población, de los que resultaron un número de muertos y heridos.

El consejo militar en ejercicio del Poder Ejecutivo, publicó el 6 de diciembre un decreto convocando para sesiones extraordinarias a la Asamblea Legislativa, disuelta en septiembre de 1920 por los conservadores que bajo égida del unionismo habían derrocado a Estrada Cabrera. Reunióse ese cuerpo al día siguiente para tratar de la renuncia de don Carlos Herrera y designar su sucesor, la que fué presentada y aceptada, no sin la protesta enérgica de algunos diputados, el 8 de diciembre. El general Orellana y el licenciado Alberto Mencos fueron nombrados designados primero y segundo para ejercer la presidencia de la "República" de Guatemala.

La Unión de Centroamérica, tantas veces pactada y roto el pacto, quedó de hecho disuelta una vez más con el cuartelazo de los generales, pues la Asamblea del nuevo régimen aceptó el mensaje que le dirigió el Consejo Militar, en el cual se declaraban nulas, por "inconstitucionales," las negociaciones unionistas del gobierno del señor Herrera y se recomendaba la reconsideración de "todo lo relativo a la Unión Centroamericana."

En México la Unión de CentroAmérica había sido motivo de fraternal regocijo y entusiasmo, ya que, reconociendo su misión como avanzada de la raza latinoamericana, el pueblo mexicano no puede menos de interesarse como de cosa propia de todo lo que ocurre que afecte nuestro Continente. Las noticias del cuartelazo guatemalteco produjeron honda y amarga impresión. Expresando ese sentir general, la Cámara de Diputados de México, con fecha 15 de diciembre, aprobó una moción que dice así:

"Envíese por la Cámara de Diputados, mensajes a cada uno de los cuerpos legislativos de los países latinoamericanos, excitándolos a protestar por la intromisión del preto-

rianismo en la República de Guatemala, manifestándole a la vez a este país hermano que, con nuestro carácter de genuinos representantes del pueblo, declaramos nuestra su causa y hacemos votos por su pronta libertad.''

Bolivia, Costa Rica y El Salvador contestaron a este mensaje; pero no se tiene noticia en la redacción de **El Maestro** de que hayan obrado en conformidad con la excitativa mexicana. Pero en vista de que ni en Guatemala ni en el resto de la América Latina se vería con buenos ojos a un gobierno destruidor de la Unión Centroamericana, aún cuando contra ese gobierno no se levantara ni una voz, la asamblea que aceptó la renuncia del señor Herrera y que había declarado todos sus actos inconstitucionales, ha simulado aprobar lo hecho por el renunciante obligado, respecto a la Unión de Centroamérica.

Como se dijera que El Salvador y Honduras—los Estados que con Guatemala habían pactado la Unión—se alistaban militarmente para luchar si era necesario contra el nuevo régimen guatemalteco en caso de que éste quisiera desligar a Guatemala de la Unión, los Estados Unidos, que sostuvieron larga y cruenta guerra civil para mantener su unión cuando, siendo Lincoln Presidente, en 1861, los Estados del Sur proclamaron su separación de los Estados del Norte, dirigieron, sin embargo, una nota oficial al Gobierno de El Salvador, notificándole que el Gobierno norteamericano se sentía ''obligado a declarar que los Estados Unidos verían con la mayor preocupación toda tentativa de un país centroamericano, encaminada a ingerirse en los asuntos de alguno o de algunos de los otros países, ya sea por medio de invasión o bien ayudando a cualquiera de los partidos políticos de uno de ellos. Si alguno de los gobiernos de Centro-América ejecutara un intento de esa naturaleza, incurriría, por el hecho mismo, en las más graves responsabilidades consiguientes a embrollar a Centroamérica en una guerra que no podría dejar de causar el descrédito de dichos países a los ojos de todo el mundo civilizado. El Gobierno de los Estados Unidos tiene la más firme convicción de que ninguna unión federal podría ser impuesta por la fuerza. Por consiguiente, espera que el Gobierno de El Salvador, en sus relaciones con sus vecinos, durante la presente emergencia no faltará a cumplir los principios que fueron consignados en los Tratados de Wáshington en 1907.''

Los Tratados de Wáshington, pactados para diez años, se dieron por terminados en 1917, no renovándose debido a que los Estados Unidos se negaron a reconocer un fallo de la Corte de Justicia Centroamericana, tribunal establecido en virtud de esos tratados.

EL CONFLICTO SUDAMERICANO DEL PACIFICO

DESDE la independencia de Chile, Perú y Bolivia, las fronteras de estos países limítrofes habían sido causa de controversias entre Chile y Perú, por una parte, y Chile y Bolivia, por otra. Por un tratado secreto, de alian-

za ofensiva y defensiva que se firmó en Lima en 6 de febrero de 1873, se comprometieron el Perú y Bolivia a marchar unidos contra cualquier enemigo que amenazase su independencia, soberanía o integridad territorial. Por otro tratado, no secreto, del siguiente año, entre Chile y Bolivia, éste se comprometía a no imponer nuevos derechos por un período de veinticinco años a las industrias establecidas por los chilenos en la región del desierto minero de Atacama, sobre la cual Bolivia proclamaba soberanía. Sin embargo, alegan los chilenos, en 14 de febrero de 1878, el Ejecutivo de Bolivia sancionó una ley imponiendo tales derechos. Contra ese proceder se entablaron reclamaciones, las que tuvieron por resultado que el Gobierno boliviano, por decreto de 1.º de febrero de 1879, suspendiera las contribuciones que había impuesto, pero al mismo tiempo se desentendiera del tratado de 1847, y anulara los títulos de propiedad de la Compañía Chilena de Salitres y del Ferrocarril de Antofagasta, decretando la confiscación de sus bienes. Chile inmediatamente (11 de febrero, 1879) retiró su representante en Bolivia y rompió las hostilidades, desembarcando en Antofagasta un cuerpo de su ejército que impidió el despojo decretado por Bolivia. En 1.º de marzo se hizo público en Bolivia el desembarco de tropas chilenas en territorio de la República, se declaró el estado de guerra con Chile y se decretó la expulsión de todos los chilenos.

Perú trató de varios modos de intervenir en la discordia como pacificador; pero al mismo tiempo armábase para dar la ayuda contratada a Bolivia, por lo que, en 5 de abril, las Cámaras nacionales chilenas hicieron solemne declaración de guerra al Perú. Chile comenzó esta guerra estableciendo el bloqueo de Iquique, puerto principal de la provincia de Tarapacá, y de Antofagasta. Después de sangrientas campañas por mar y tierra, en las que derrotaron los chilenos a los aliados, Chile quedaba, en junio de 1880, en posesión del territorio que yace al Sur del Departamento peruano de Moquegua, y emprendía su avance hacia la capital del país invadido. A fines de octubre de 1880 parecía cercano el triunfo definitivo de Chile, y plenipotenciarios de las tres repúblicas beligerantes se reunieron en Arica, por mediación de los Estados Unidos de Norteamérica, y celebraron allí, a bordo de un buque norteamericano, algunas conferencias que fueron inútiles, porque bolivianos y peruanos rechazaron las condiciones de cesión de territorio que imponía Chile.

La campaña chilena contra Lima terminó con la rendición de esta plaza capital y de la del puerto de Callao, a mediados de enero de 1881. No por esto quedó el Perú rendido. Antes bien, la encarnizada guerra se extendió durante más de dos años por toda la costa peruana y por una gran parte del interior, llegándose a dar la última batalla, de Guamachuco, a 10 de julio de 1883. Victoriosos los chilenos, ocuparon poco después y sin resistencia alguna los últimos baluartes del Perú, en Arequipa, Puno y Cuzco.

El 20 de octubre de ese año se celebró el famoso tratado de Ancón, haciendo la paz entre Chile y Perú, por el cual tratado la República peruana cedía a Chile, incondicional-

mente, el territorio de Tarapacá y convenía en que Tacna y Arica continuasen en poder chileno durante diez años, al cabo de los cuales sus mismos habitantes decidirían en votación popular, a cuál de las dos naciones habían de pertenecer definitivamente, debiendo, la que se quedara con Tacna y Arica, dar a la otra en cambio una suma de 10.000,000 de pesos.

Desde la batalla de Tacna (26 de mayo de 1880), Bolivia, por escasez de medios, no pudo auxiliar efectivamente al Perú en el curso posterior

El área sombreada de este mapa indica el territorio de Tacna y Arica, corazón de la disputa sudamericana del Pacífico.

de la guerra. Cuando vió que su aliado quedaba enteramente vencido, ella también entró en negociaciones con Chile y en abril de 1884 se convino en un pacto de tregua en el que se estipulaba que el litoral boliviano seguiría sometido a la jurisdicción chilena.

El plebiscito en Tacna y Arica, pactado para llevarse a cabo en 1894, no ha tenido lugar hasta esta fecha, debido a que en aquel año y más tarde no han llegado a ponerse de acuerdo los litigantes con respecto a la manera de hacer efectiva esa parte del tratado de Ancón. Han pretendido los chilenos que en la votación se admita a todos los residentes, y los peruanos que sólo a los nativos de Tacna y de Arica. Mientras tanto, Chile ejerce soberanía sobre esa rica comarca. Desde 1910 han mantenido rotas sus relaciones diplomáticas esas dos repúblicas, y desde antes de ese año la cuestión que las divide ha sido explotada por los políticos de uno y otro país para encariñarse con la patriotería, no sin la protesta viril contra esos modos de proceder, de muchos grupos de trabajadores, intelectuales y estudiantes.

La tregua firmada entre Chile y Bolivia en 1884 se mantuvo hasta 1895, año en que se firmó un tratado de paz entre las dos naciones. En este tratado, que no se llegó a ratificar, se estipulaba que en caso de triunfar Chile en el plebiscito en Tacna y Arica, ese país daría a Bolivia un puerto de mar en la provincia ganada. En 1904 se formuló otra tratado que sí se ratificó, por el cual Bolivia cedía definitivamente a Chile la provincia de Antofagasta, y Chile, en cambio, asumía el pago de ciertas deudas del Gobierno boliviano. Al mismo tiempo, para dar a Bolivia salida al mar, Chile construyó un ferrocarril de La Paz a Arica. Sin embargo, Bolivia desea tener puerto propio y recobrar, si le es posible, la provincia perdida. El Perú no ha dejado de protestar contra lo que asegura es prueba de la mala fe chilena: la construcción de un ferrocarril chi-

leno a través de un territorio de ninguna manera chileno por completo. En 1919 parecía inevitable la renovación de la guerra sudamericana del Pacífico. Había llegado al poder en Bolivia un gobierno revolucionario resuelto a recobrar el suelo boliviano antes cedido a Chile, y en el Perú el Congreso Constituyente del dictador Leguía declaraba nulo el tratado de Ancón.

En las sesiones de 1920 de la Asamblea de la Liga de Naciones, en Ginebra, Perú pidió que ese cuerpo internacional dirimiera su controversia con Chile. Como la Liga se inclinara a postergar la discusión de esta moción, el Perú se decidió a retirarla. En septiembre de 1921, Bolivia presentó a la Liga el mismo problema, pidiéndole que ''revisara el tratado de 1904, de modo que le fuese devuelta la provincia de Antofagasta, con lo cual tendría el libre acceso al mar a que tiene derecho.'' Chile se opuso a que la Liga tratara de esta cuestión, y en septiembre 15 Bolivia retiró su alegato. Recientemente se ha querido que los Estados Unidos intervengan en ese pleito de familia, como árbitros del litigio. Sobre esta nueva fase del conflicto sudamericano del Pacífico, dolorosa para toda la América Latina, ya que toda diferencia entre pueblos hermanos la debieran resolver ellos mismos sin apelar a extraños, daremos amplia noticia próximamente.

SOLUCION DEL PROBLEMA IRLANDES

EN ESTA sección del número de noviembre de **El Maestro**, analizamos la cuestión irlandesa y dijimos las dificultades que para su solución tenían los políticos de Inglaterra e Irlanda. La última conferencia de plenipotenciarios de ambas partes, celebrada en Bírmingham, Inglaterra, durante el mes de noviembre y la primera semana de diciembre, por fin logró llegar a una acuerdo en la noche del 5 de diciembre, y al día siguiente la noticia de que Irlanda sería ''Estado libre'' electrizó al mundo.

En efecto, reconociendo por una parte que era justa la ambición irlandesa de ser un pueblo libre, y por otra la absoluta necesidad de no despedazar el Imperio Británico, los conferencistas acordaron dar su libertad a Irlanda; pero quedando ésta dentro del Imperio como ''uno de los Estados libres (Canadá, la Confederación del Africa del Sur, Australia y Nueva Zelandia) que forman y constituyen la comunidad de naciones del Imperio Británico.''

A Irlanda se le otorga tener parlamento propio con poderes para formular y dictar las leyes del Estado, un Poder Ejecutivo responsable ante ese parlamento, y propia representación diplomática. En su relación con la corona inglesa, Irlanda queda en igual posición que el dominio del Canadá, en virtud de lo cual, Inglaterra tendrá en Irlanda un gobernador general como representante del Imperio. En proporción a su población dentro del Imperio, Irlanda asume corresponsabilidad de la deuda de guerra de Inglaterra; pero, en cambio, Inglaterra indemnizará a Irlanda por las pérdidas ocasionadas a ésta en su dura lucha por la libertad en los últimos tres años.

Irlanda podrá tener ejército y armada propios, pero nunca mayores, con relación a su población que los

de Inglaterra. Irlanda concede a Inglaterra el libre uso de sus puertos y radas en caso de guerra o de peligro de guerra, e Inglaterra se compromete a defender a Irlanda contra toda invasión. Finalmente, Irlanda pacta dar entera libertad de religión.

Ulster, la región norteña de Irlanda, cuya población es enteramente de origen inglés, y protestante, queda incluída en el nuevo Estado libre; pero puede retirarse si así acuerda desde un principio, en el cual caso seguirá siendo provincia del Reino Unido de la Gran Bretaña, como hasta la fecha, y de ningún modo se le concederá ser Estado libre.

La prensa de todo el mundo alaba el arreglo y ve en Lloyd George, el primer ministro inglés, un sagaz político que ha sabido salvar de inminente disrupción el Imperio Británico. De ser aprobado ese tratado, y la opinión universal es que tanto el "Daily Eireann," de Dublín, como el parlamento de Londres, lo aprobarán, Irlanda queda en libertad para negociar su unión de Norte y Sur. Ulster, que ha sido separatista y antiindependiente, en vista del cambio de política de Inglaterra sin duda cambiará de opinión y, tarde o temprano, se solidarizará con el Sur de Irlanda.

EL CARDENAL MERCIER, DE SANTO DOMINGO

(Traducido de THE NATION, de Nueva York)

EL hombre mejor parecido, o el más querido en Santo Domingo, así llaman los dominicanos a su Arzobispo. Efectivamente, ni la grave enfermedad que lo aquejó recientemente y cubrió de nieve su cabeza y aniquiló su organismo, pudo quebrantar su espíritu y su valor que salen a raudales por sus ojos cafés, colocados en el rostro más bondadoso y venerado. Es fácil darse cuenta de por qué dicen que es el "hombre más querido en Santo Domingo," pues ni el cariño que el pueblo dominicano tiene a su valiente y abnegado Presidente, el doctor Henríquez y Carvajal, excede al que se profesa a Monseñor Nouel.

Al domingo siguiente a la llegada de la Comisión Investigadora del Senado norteamericano, se cantó un solemne Te Deum, por el pronto restablecimiento de Monseñor Nouel, en la histórica catedral, bajo cuyas naves se encuentra la tumba de Cristóbal Colón, símbolo que une dos épocas memorables en nuestro hemisferio. Cuando el "peregrino" más anciano de los que arribaron a playas de Norteamérica a bordo del "May Flower" aún no había nacido, Santo Domingo se encontraba ya floreciente. El Arzobispo Nouel ha sido el partidario más decidido y el defensor más abnegado de esta civilización y esta cultura. No ha sido posible acallar la voz de este Cardenal Mercier del Mar Caribe.

Cuando estuve a visitarle se encontraba muy débil aún y temí provocar un esfuerzo perjudicial a su salud, presentándole con tal motivo un cuestionario, que contestó en una forma clara y precisa, ampliando sus respuestas con un dejo de humor que medio apaga el fuego inextinguible que no han podido sofocar cinco años de ley marcial. El señor Arzobispo ha llevado a cuestas una cruz pesada. Los sufrimientos de su pueblo, las persecuciones y torturas de que ha sido víctima, también han sido suyas. Ni él mismo puede substraerse a esta persecución.

El Arzobispo Nouel es un notable historiador, y en el año de 1918 pidió a Sevilla algunos documentos originales importantes para ampliar la segunda edición de la historia de Santo Domingo, escrita por él. Las fuerzas invasoras encontraron en el paquete que

le fué enviado al señor Arzobispo, algunos documentos que se relacionaban con "Carlos V, Emperador de Alemania." ¡Horror! Documentos alemanes.......Fueron confiscados y posteriormente destruídos, considerándose al señor Arzobispo como persona sospechosa. Culminó este incidente cuando las autoridades militares no le quisieron entregar un ejemplar del "Directorio de Misas" para el año siguiente. Este libro estaba impreso en latín y le había sido enviado a Monseñor Nouel de Roma; forzosamente debía ser algún tratado alemán en clave. ¡Hermosa lógica y manera de pensar de las autoridades militares que controlaban la administración de Santo Domingo para que pudiera subsistir la democracia mundial!

¿Quién, después de haber visto a Adolfo Nouel, puede dudar que Santo Domingo recobrará su libertad?, a pesar de las comisiones de disimulo, del militarismo, del imperialismo financiero y de la incesante propaganda con que se pretente comprobar que todos los habitantes de Santo Domingo y Haití sienten cariño por los invasores. Un puñado de agitadores políticos y de descontentos constituyen la única excepción. Para estos individuos y para quienes creen como ellos, el Arzobispo Nouel es un agitador político y un descontentadizo. Efectivamente lo es —¡Dios lo bendiga!— Está descontento con la tiranía extranjera y con la opresión. Es un agitador que predica la libertad, la justicia, el derecho divino de los pueblos para ser dueños de sus destinos, animado por el mismo espíritu que en el año de 76 prevaleció en los Estados Unidos de la América del Norte.

Damos a continuación el cuestionario y las respuestas del Arzobispo Nouel:

¿Cuáles son sus deseos en lo que se refiere a la República de Santo Domingo y a la ocupación norteamericana?

—Mi deseo es ver esta república disfrutando libremente de su independencia, libertad y soberanía.

¿En su concepto es ese el deseo general del pueblo de Santo Domingo?

—Es el deseo unánime del pueblo dominicano.

¿Cree usted que está justificada de alguna manera la ocupación militar de la isla?

—Creo que la invasión norteamericana no está basada en ninguno de los principios del derecho y la justicia, y que por ningún motivo está justificada.

¿Cree usted que los cinco años de ocupación militar han beneficiado en alguna forma a los dominicanos?

—No creo que hayan obtenido ningunas ventajas ni beneficios de la intervención; por el contrario, considero que se han defrau-

dado completamente las esperanzas del pueblo de Santo Domingo con respecto a la ocupación norteamericana.

¿Qué sabe usted del estado de ánimo en la América Latina con motivo de la ocupación norteamericana y los sentimientos que abriguen las otras repúblicas latinoamericanas hacia los Estados Unidos?

—Cuando estuve en Roma, el año pasado, tuve oportunidad de hablar con varios señores arzobispos y obispos de diferentes partes de Sur y Centroamérica, y la opinión de estos señores fué siempre que la intervención es injustificada. Más aún, se expresaron con franqueza, diciendo que sus países deben estar listos porque nadie sabe a quién le toque después.

¿Qué mensaje quiere usted enviar al pueblo de los Estados Unidos, amante de la libertad y de la justicia, es decir, casi en su mayoría, o por lo menos hasta hace poco ignorante de lo que ha ocurrido en Santo Domingo y Haití durante los últimos cinco años?

—El único mensaje que quiero enviar al pueblo de los Estados Unidos que ama la libertad y la justicia, es que, en mi concepto, parece imposible que el mismo pueblo que derramó generosamente su sangre y segó lo más granado de su juventud en defensa de la libertad, quiera, al mismo tiempo, privar a un pueblo débil y pequeño de esa misma libertad e independencia que le corresponde por herencia desde hace casi un siglo.

¿Qué conducta cree usted que debe seguir el pueblo dominicano, si el Gobierno de los Estados Unidos no satisface sus aspiraciones?

—La única conducta que yo puedo aconsejarle, es que confíe en Dios, dueño de nuestros destinos, y que espere con paciencia.

Historia

LA MUERTE DE DON SANTOS DEGOLLADO

POR ALFONSO TEJA ZABRE

LA vida heroica de don Santos Degollado parece una constante lucha en contra de la adversidad, desde la infancia pobre y obscura y la juventud ardorosa enervada entre la penumbra de una sacristía, hasta su época de caudillo y de reformador, en la que los fracasos militares se transforman en desastres, los errores políticos se convierten en crímenes de lesa patria, las buenas intenciones son retorcidas por la calumnia, y las propias virtudes sirven de pasto a la envidia. Pero el último capítulo de esta vida golpeada, parece reunir y aglomerar en un tiempo brevísimo una lluvia de adversidades. Ya no es la mala suerte, sino algo superior y más trágico, los sucesos corren con velocidad fulgurante, los errores se entrelazan con las torpezas y las imprevisiones se anudan con las casualidades, como para urdir una red mortuoria. Es la aparición del viejo Destino que fragua sin cesar sobre la cabeza de los mortales sus rayos de tormenta; es el antiguo Destino invisible de las tragedias helénicas, más fuerte que los dioses, y que busca para destruir con su fuego los corazones más puros y las fuentes más altas.

La relación de tales hechos no sólo debe interesar por su aspecto dramático y su desarrollo emocionante, ni es tampoco algo de pura importancia personal, digno únicamente de encerrarse entre los límites de una biografía; y aunque por estas solas circunstancias merece recordación, puesto que la víctima en este drama es un gran mexicano, y los rasgos biográficos que aparecen son los de una gran personalidad humana, en este caso deben agregarse el interés de las enseñanzas sociales que encierra y el de los delicados problemas morales que suscita.

Hay en los sucesos que precedieron y ocasionaron la muerte de don Santos Degollado circunstancias tan reveladoras, que pueden servir de lección para todos los tiempos: celos políticos, imprevisiones militares, lentitudes administrativas, toda una trama de esa gran telaraña que ha ceñido el cuerpo de la Nación desde la época colonial, y ha estorbado su marcha hacia el progreso. Tal vez sea útil exponer una vez más esta lección, consagrada por la sangre de aquel de nuestros héroes que mejor supo sacrificarse por la

Patria, y del cual no solamente puede decirse que murió por ella, sino más aún, que sufrió por ella toda su vida.

Los actos de la obscura tragedia que vamos a relatar se sucedieron en unos cuantos días. El 3 de junio de 1861 se supo en la ciudad de México que don Melchor Ocampo había sido capturado en Pomoca, y el día 4 que sus mismos aprehensores lo habían asesinado. El clamor público se encendió airadamente, y don Santos Degollado, que no tenía motivos especiales de afecto para el mártir de Pomoca, pero que nunca dejó de ofrecerse en cuerpo y alma para servir de paladín a las causas justas, quiso inmediatamente salir en busca de los asesinos.

Si hubiera obedecido a sus primeros impulsos, el mismo día 4 de junio, con unos cuantos amigos, tal vez sin más compañero que su fiel ayudante José María Gómez, o seguido por don Benito Gómez Farías, — que fué como el escudero de este caballero andante, — habría hecho su última salida como desfacedor de agravios, sin ver para dónde acometía, mal guiado por sus ojos enfermos y sus nervios temerarios, sin más preparaciones que ceñir al cinto la pistola y montar en su caballo consentido, *El Pollo,* que precisamente en aquellos días disfrutaba en una pensión de merecidas vacaciones. Y sus contendientes que esperaban, acechando entre los montes, eran los guerrilleros sin ley, los hombres que tenían por capitanes a Leonardo Márquez, el de la roja fama, y a los torvos salteadores Lindoro Cajiga, José María Gálvez y el Chato Alejandro.

Seguramente hubiera salido a pesar de todo, tan mal pertrechado como el Caballero de la Triste Figura, pero lo retenían en la ciudad de México muy vulgares obstáculos. Había sido el General en Jefe del ejército liberal, pero su jerarquía se hallaba sujeta a un lento juicio, sabiamente enmarañado entre jurisdicciones, competencias y moratorias. Era un General y podía menos que un soldado. Estaba en México, no sólo bajo la autoridad de los tribunales militares y de las Comisiones Instructoras de la Cámara de Diputados, sino ante el gran jurado de la opinión y de la prensa, y tenía que responder a la justicia rígida, al sectarismo y a la mala fe. Todo era bueno para echárselo al rostro con violencia: el asunto Forbes-Barrón y el robo de la conducta de Laguna Seca, la derrota de la Estancia de las Vacas y el malhadado proyecto de pacificación de Mr. Mathew. Y como nadie, o casi nadie, se alzaba para defender a un general procesado, sin mando de tropas, pagado a medias, con muy pocos recursos y menos amigos todavía, él mismo tenía que hacer de periodista y de defensor.

Para allanar todas las trabas, el propio día 4 de junio se presentó Degollado en el Congreso, y en una sesión tumultuosa y memorable, obtuvo permiso para salir a campaña.

El día 5 de junio escribió al Ministerio de la Guerra un ocurso perentorio, solicitando que se aprovecharan desde luego sus servicios en el ejército. En esta conducta aparentemente ansiosa, no hay ese deseo de obrar en caliente de los que tienen miedo de arrepentirse, sino que se advierte una templada decisión, un impulso férreo, enérgico y sereno. Esta firme rapidez de don Santos Degollado, hacía contraste con la firme lentitud del que era entonces la figura política más alta de la República, del Presidente de bronce, don Benito Juárez. Y tal vez el choque sordo de estas dos firmezas contradictorias, tuvo parte en los incidentes más penosos de la vida pública de Degollado, y es posible que hasta en los sucesos trágicos que precedieron a su muerte.

Ha habido algún historiador, apasionado enemigo de Juárez, que insinúe la idea de que la inacción en las esferas administrativas superiores, la falta de elementos que perdió a Degollado, no fueron extrañas a la mala voluntad que tenía el Presidente para el ex-General en Jefe y ex-Ministro de la Guerra. (Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma, por Francisco Bulnes.)

Ya veremos en el curso de este relato cómo tales conjeturas no son más que suposiciones muy problemáticas, y cómo la catástrofe que costó a Degollado la vida, es el desenlace de una larga serie de pequeños sucesos, y no la obra deliberada y directa de una sola mano.

Lo que sí es imposible negar es que la falta de acuerdo entre don Benito Juárez y don Santos Degollado, se hizo más visible que nunca en esta ocasión. La Cámara de Diputados, sin rehabilitar a Degollado, lo dejó en aptitud "de prestar sus servicios a la causa constitucional" y el Ministro de la Guerra lo nombró General en Jefe de "las fuerzas que deben obrar sobre los asesinos Zuloaga, Márquez y demás facciosos que merodean por el rumbo de Toluca." Dichas fuerzas, según la minuta de contestación que el mismo Ministro ordenó se enviara a Degollado, deberían componerse del Batallón de Rifleros de San Luis, Regimiento Defensores de la Libertad, media batería de montaña de la División de Zacatecas, y la caballería que el Gobernador del Estado de México pudiera proporcionar.

Esto era en el papel timbrado del Ministerio de la Guerra. En realidad fué mucho menos. El mismo Degollado llama a las tales tropas que se le iban a confiar "una pequeña brigada." Pero ya hemos dicho que era bien capaz de salir a un combate sin más elementos que los propios, y hasta manifestó expresamente su decisión de pelear como simple guerrillero en el oficio que dirigió al Ministerio de la Guerra. Así es que el día 7 de junio salió para Tacubaya y el 8 para Lerma; en este punto pernoctó la tropa, según dice el mismo General en el cuaderno de sus apuntes, que se encontró en

su cadáver. Y agrega: "Nos detuvimos dos horas en el llano de Salazar tiroteando al enemigo. Yo me adelanté a Toluca."

El mismo día 9 de junio en que llegó a Toluca estudió un plan de campaña, en unión del Coronel O'Horán, lo aprobó y lo remitió a México, y comenzó desde luego los trabajos para la organización de su "brigadita".

Aquel organizador de los ejércitos que lidiaron en la Guerra de Tres Años, el que supo sacar de la carne del pueblo las columnas liberales que después de foguearse en múltiples derrotas, conocieron al fin el triunfo definitivo en Calpulálpam, se dispuso a formar un núcleo de tropas, como siempre lo había hecho, sacándolo de la nada.

Para que se comprendan los esfuerzos humildes de aquellos últimos ocho días, para convencerse de la buena fe con que el gigantesco luchador trató de ajustarse las piezas de una exigua armadura, es necesario leer los renglones de su libro de apuntes, y la carta que el mismo día 9 de junio envió al General González Ortega.

La "mínima brigada" se reducía al Batallón de Rifleros de San Luis y al cuerpo llamado Lanceros de la Libertad. El General Berriozábal, Gobernador del Estado de México, sólo pudo proporcionarle *catorce dragones*. El parque para rifle alcanzaba a cuatro paradas por plaza, y eso en malas condiciones. Las piezas de artillería tenían cincuenta tiros cada una, y para la media batería de montaña no había ni un solo oficial. Los haberes apenas eran suficientes para llegar al 15 de junio, y de los pocos oficiales disponibles, algunos necesitaban caballos y equipo. Los proveedores rapaces no dejaban de aparecerse de vez en cuando, aunque la presa que espiaban no era muy codiciable por su riqueza; vale la pena mencionar estos datos curiosos y reveladores, que demuestran al mismo tiempo la atención cuidadosa que empleaba Degollado en sus tareas: "Junio 12.—Compré un caballo alazán en ciento cincuenta pesos y un prieto en ochenta y cinco.—Junio 14. Devolví el caballo prieto por estar lacrado." (Del cuaderno de apuntes.)

Todavía fué necesario disminuir el efectivo de la brigada, enviando a México una sección, y con ella a los Coroneles Agustín Cruz y Tomás O'Horán, para gestionar el envío de oficiales, parque y recursos, y hacer presentes al mismo Ministro todas las necesidades de la tropa.

Al fin llegaron noticias de que auxilios enviados de la ciudad de México iban a ponerse en camino. Según los informes recibidos en Toluca, el 15 de junio a las seis de la mañana saldría de Tacubaya un convoy militar, llevando parque y armas, y a las órdenes del Coronel O'Horán. Como este convoy era preciso en aquellos momentos, y tenía que atravesar por lugares de mucho

peligro, sin ser suficiente para defenderse por sí mismo, Degollado se dispuso a protegerlo. No tenía otra custodia que ofrecer a sus auxiliadores, más que un puñado de hombres mal pertrechados, y creyó servir mejor a los que venían en su auxilio, exponiendo para ello su propia persona.

El Coronel jefe del Batallón de Rifleros de San Luis, don Félix Vega, que se hallaba en Lerma con sus tropas, recibió órdenes escritas de don Santos Degollado, en la noche del día 14, para estar listo a las seis de la mañana del día siguiente. Antes del alba salió el mismo General Degollado de la ciudad de Toluca, a pesar de que algunos amigos le suplicaron que no asistiera personalmente a la expedición. Lo acompañaba el Gobernador Berriozábal, resultando que los dos generales llevaban a sus órdenes, al salir de Toluca, un escuadrón de caballería de los lanceros de la Libertad y una pequeña pieza de montaña.

Es de presumirse que el General Berriozábal no concurría con gran entusiasmo a la maniobra que Degollado había concebido, y esta suposición parece confirmarse por el tono de sus partes oficiales, dirigidos después de los sucesos al Ministerio de la Guerra.

Así como ha habido quien haga indirectamente culpable a Juárez del desastre que vamos a referir, y del mismo modo que el Ministerio de la Guerra atribuyó toda la culpabilidad al Coronel O'Horán, no ha faltado quien señale vagamente a Berriozábal como uno de los factores determinantes de la desgracia. (Partes relativos al Coronel Vega, publicados en la Colección de Documentos de don Genaro García.—El Libro Rojo.—Santos Degollado, por Angel Pola.—Págs. 392-93.) Como ya se ha dicho, toda inculpación en este caso viene de temeridad o de informes parciales, pues si se juzga con equidad, sólo se encuentra esa cadena de hechos insignificantes, que se van juntando fatalmente hasta causar las supremas catástrofes. Que se suprima un eslabón de esta cadena, que O'Horán salga puntualmente de Tacubaya, que los exploradores descubran oportunamente la presencia del enemigo, que los guías no lleven a la tropa por el peor sendero, que los clarines no se apresuren a tocar diana antes de tiempo en la cima del Monte de las Cruces, que la descubierta de los Rifleros de San Luis no quede cortada del grueso de la tropa, que se suprima un solo eslabón, y no hay fuerza humana tan poderosa, así sea la mano de hierro de don Benito Juárez, que pueda reunir los tramos rotos de la cadena del Destino.

Antes de las siete de la mañana llegaron a Lerma los Generales Berriozábal y Degollado con su gente, se reunieron en este punto con el Batallón de Rifleros de San Luis, y continuaron inmediatamente su marcha.

Tomaron el camino real de México, y antes de llegar a un

paraje llamado El Portezuelo, donde se hizo un alto, Degollado explicó al Coronel de Rifleros los planes de la expedición.

Mostró al mismo Coronel Vega una carta, en la cual se le avisaba la salida del convoy, a las órdenes de los Coroneles Cruz y O'Horán. Se dispuso la marcha de columna, de acuerdo con el General Berriozábal. Los planes no eran muy complicados, porque ni las circunstancias, ni los elementos disponibles se prestaban para mayores combinaciones. Una pequeña exploración, destinada a no encontrar ni huella de aquellos enemigos que sabían pelear en forma de guerrillas invisibles; marchar después por el camino real hasta los llanos de Salazar, en este punto desviarse y ascender por la serranía, despejar las alturas y seguir por ellas hasta el llamado cerro de la Pila, y en este sitio, que era el más peligroso para el convoy esperado, por ser guarida y reparo habitual de los bandoleros, hacer la reunión de las dos columnas, y continuar ya juntos con dirección hacia Toluca.

El Coronel Vega indicó que, no habiendo seguridad de que el convoy hubiera salido de Tacubaya a las seis de la mañana como estaba dispuesto, era preferible esperar la diligencia de México, y obtener de los pasajeros datos precisos a este respecto. Llegó la diligencia de México, y el ayudante Francisco Taboada comunicó a Degollado que, según sus noticias, el convoy todavía estaba en Tacubaya a la hora en que la diligencia salió de dicha población.

Era prudente esperar algún aviso, o retrasar el avance, y el General Berriozábal lo mismo que el Coronel Vega, hubieran con mucho gusto aplazado la expedición, y hasta parece que el primero de estos jefes llegó a indicar la conveniencia de retroceder hacia Lerma. Lo que pensó Degollado no lo sabremos nunca de un modo preciso, porque todos estos sucesos no se saben más que por testigos interesados o por presunciones, y es seguro que si conocemos algo de la verdad, nunca conoceremos toda la verdad.

Pero es necesario apurar la imaginación para adivinar los pensamientos y las resoluciones de Degollado en el trance que vamos refiriendo. El, que era el soldado menos militar, tenía sin embargo las más altas virtudes que honran a un soldado: disciplina, bravura y abnegación.

Tenía que proteger el paso de un convoy, que iba a pasar bajo los fuegos de un enemigo emboscado, con crueldades y astucias de fiera montaraz. Se habían cambiado comunicaciones y órdenes, se habían formado planes, y aunque el convoy saliera con retraso de Tacubaya, tendría que salir de todos modos, seguiría el camino real de Toluca, y al pasar por los puntos que domina el cerro de la Pila, llevarían O'Horán y Cruz la confianza de que entre aquellas alturas intrincadas, eran custodiados y protegidos por tropas amigas y que desde ese lugar ya no caminarían solos el resto del viaje,

sino que lo harían reforzados por la columna de auxilio, con su General en Jefe a la cabeza.

Para Degollado, retroceder a Lerma o detener su avance, era exponer al convoy de refuerzos a un ataque doblemente peligroso; continuar hacia adelante, era exponerse a no encontrar el convoy, y a lidiar con fuerzas desconocidas en terreno desconocido, en la propia madriguera de los facciosos.

Degollado aceptó con toda naturalidad la situación más peligrosa para sí mismo, y sin duda por esto se empeñó en marchar personalmente con el Batallón de Rifleros, a pesar de las indicaciones contrarias del Coronel Vega.

Y la fatalidad seguía entretejiendo sus ligaduras invisibles: aunque los exploradores no anunciaban la presencia del enemigo, sí pudieron después de un ligero examen dar cuenta de que la marcha de la columna no se podría realizar según el proyecto, porque las veredas y senderos que subían hacia la parte más elevada de la serranía no eran accesibles para los jinetes, y menos aún para la pieza de artillería. Fué preciso dividir la columna en dos partes: los hombres del Batallón de Rifleros subirían al monte y seguirían por el filo de la sierra hasta el cerro de la Pila; la caballería y la pieza de montaña quedarían a las órdenes del General Berriozábal, con instrucciones de esperar a que el Batallón de Rifleros ganara las cimas, y continuar después su camino hasta encontrar el convoy o reunirse con Degollado al pie del cerro de la Pila. Para servir de sostén a la pieza de montaña, todavía se disminuyó el Batallón de Rifleros desprendiéndose de treinta hombres, que por una circunstancia de mal augurio se quedaron con la bandera del mismo batallón, como si previeran el desastre y quisieran salvar cuando menos la insignia.

Seguramente la nueva disposición de marcha agradó menos aún que todos los sucesos anteriores a Berriozábal y a Vega. Pero este último, como buen soldado a quien se confía una misión peligrosa, se dispuso a obedecer dignamente, y del mismo modo el General Berriozábal se aprestó a cooperar en el movimiento, quedando entendido de que la señal anunciadora de que el Batallón de Rifleros estaba posesionado de las alturas, sería el toque de diana.

Se escogió un guía, elegido por Degollado de entre los hombres del Escuadrón de Lanceros, y sin esperar más, los infantes del Coronel Vega, el General en Jefe con algunos de sus oficiales que fungían como miembros de su Estado Mayor, entre ellos el Ayudante José María Gómez, comenzaron su ascensión hacia la muerte.

El guía, como un inconsciente instrumento de la adversidad, los condujo por una vereda tortuosa, muy honda y accidentada.

Las tropas de Berriozábal, apostadas abajo, en el camino, vieron al último hombre perderse entre los matorrales. Después de una gran pausa llena de ansiedad, se escuchó repentinamente una descarga de fusilería, que anunció la presencia de los facciosos. El Coronel Vega dió órdenes para apresurar la ascensión, hizo adelantar la descubierta a las órdenes del Comandante Soberón, y movió hacia el flanco izquierdo una compañía. Después de una lucha rápida y heroica, llegó el Batallón de Rifleros a la cima, y los soldados lanzaron vítores y gritos de triunfo, dejándose oír los toques de una diana jubilosa.

El General Berriozábal oyó con satisfacción la diana, y se puso en marcha desde luego, sin darse cuenta de que el triunfo que le anunciaba aquella música era efímero.

En efecto, la descubierta que se adelantó a las órdenes del Comandante Soberón fué tan rudamente tiroteada, que resultaron heridos el mismo Comandante y varios oficiales, y numerosos muertos, heridos y dispersos entre la tropa; al llegar a la cima los hombres de Soberón, en vez de esperar a sus compañeros, tal vez desmoralizados por el estrago que habían sufrido, con sus jefes inmediatos heridos, volvieron a emprender su camino en sentido opuesto, y comenzaron a descender hacia la llanada, con el deseo de reunirse nuevamente a la caballería de Berriozábal y a los infantes que se quedaron de sostén con la pieza de montaña.

Pero ya el General Berriozábal debía encontrarse mucho más lejos, porque cuando terminaron su descenso estos soldados de la descubierta, después de bajar casi en huída, sin que el enemigo dejara de fusilarlos, ya no pudieron encontrar el apoyo que creían, y comenzaron a dispersarse francamente, a pesar de los esfuerzos que hacían para contenerlos sus oficiales, casi todos heridos.

El desastre se fué precipitando. Eran cerca de las doce de la mañana, y a esa hora aún no salía el convoy, y Berriozábal iba ya muy adelantado en su camino hacia México, creyendo que las tres columnas se unirían con toda felicidad al pie del cerro de la Pila. Y en realidad, los hombres que quedaban del Batallón de Rifleros, con el General Degollado y el Coronel Vega a la cabeza, quedaban acorralados en lo alto del monte, casi sin parque y sin más esperanza que un auxilio imposible. Se intentó el último recurso, enviando al Ayudante don Perfecto Soto para que alcanzara a Berriozábal y lo hiciera retroceder en auxilio de la fuerza de Soberón y del mismo Batallón de Rifleros.

Ya era demasiado tarde, porque el General Berriozábal se había movido tan eficazmente, que cuando el Ayudante Soto pudo alcanzarlo, a las cuatro y media de la tarde, cerca de la Hacienda del Contadero, ya la tropa de Soberón había desaparecido por muerte y dispersión, y era imposible regresar en auxilio de los Rifleros,

que en aquellos momentos ya estaban muy próximos a sucumbir. En cuanto al deseado y esperado convoy, salió de Tacubaya entre cuatro y cinco de la tarde, se unió poco después a Berriozábal, y no pudieron las dos columnas juntas intentar más auxilios que una exploración del camino real con dirección hacia Toluca, hecha por el Escuadrón de Lanceros de la Libertad y después por los Lanceros de Lerdo, mandados por O'Horán. Pero muy pronto estos mismos socorros tuvieron que detenerse, paralizados por la noche y por las noticias y datos que iban descubriendo en el tránsito.

Así es que don Santos Degollado se encontró desde el mediodía en las espesuras del Monte de las Cruces, bien rodeado por las partidas que capitaneaban bandoleros sin alma y casi sin nombre, llamados reaccionarios porque combatían contra el gobierno liberal, pero realmente sin más bandera que la del pillaje. Entre los jefes que aquel día lograron cercar al Batallón de Rifleros, pueden citarse los nombres de José María Gálvez y el Chato Alejandro.

La escasez de parque, anunciada como un peligro de muerte al Ministerio de la Guerra por Degollado, se dejó sentir con aterradora evidencia. Mientras los soldados tuvieron balas en sus fusiles, lograron detener a su invisible enemigo. Los jefes les infundían valor con la esperanza de un auxilio próximo, con el regreso de Berriozábal, con la llegada de Cruz y de O'Horán..... Pero a las tres de la tarde se disparó el último cartucho, y ya la resistencia sólo fué sostenida por la desesperación, tan cegadora como la esperanza. Con el Batallón de Rifleros estaba nada menos que el antiguo General del gran Ejército Republicano, el vencedor de Guadalajara y de Cuevitas, el caballero Bayardo de la causa liberal. No era posible rendirse a unos salteadores de caminos. Era necesario luchar hasta la muerte.

Los oficiales llegaron a hacer creer a aquellos valientes que podían defenderse con las bayonetas, y a la bayoneta fué defendido el punto más importante que hasta entonces habían conservado, una eminencia que sobresalía y dominaba el resto del monte; allí se combatió cuerpo a cuerpo, en peleas singulares, hasta que el jefe del destacamento defensor, el Capitán Juan Guerrero, cayó en poder de los asaltantes.

Ya éstos habían ofrecido entrar en tratos para la rendición, por medio del toque militar de "parlamento admitido", pero el Coronel Vega, que obedecía las órdenes del General Degollado, no a endió a la señal de dichos toques, y continuó intentando sostener el ánimo de su gente.

Todos se daban cuenta de que en el llano, cerrando todas las bajadas, la misma caballería enemiga que había destrozado a la tropa de Soberón, estaba ya esperando el descenso de los fugitivos

para coronar y rematar con su persecución aquella jornada. Cuando se perdió la eminencia que defendía el Capitán Guerrero, cuando ya no era ni físicamente posible resistir, autorizó Degollado que se diera el toque de retirada.

¡Sálvese el que pueda! Ya no hubo entonces ni generales, ni coronel, ni soldados, sino hombres en fuga. Por una ironía final de la suerte, todavía pudo Degollado ir descendiendo con trabajo por los senderos escabrosos, llevando su caballo por la brida, con la pistola en la mano y defendiéndose personalmente. A su lado murió su Ayudante José María Gómez, y en la ansiedad de la derrota los oficiales que lo habían acompañado tuvieron que irse separando de él, para seguir cada quien la ruta que le marcaba la necesidad.

Fué como un milagro que el jefe vencido pudiera llegar con vida hasta el llano, todavía acompañado por el Teniente Coronel Castañeda, el único que había podido seguirlo, y fué más insólito aún que ambos pudieran sortear la cadena que sus enemigos formaban al pie del cerro.

El Coronel Vega, que también había podido salvarse por otro rumbo, los vió desde lejos, y se dió cuenta de cómo salieron de aquella barrera mortal, combatiendo palmo a palmo, hasta ganar los montes vecinos y perderse en la espesura. Llegó a creer que podían salvarse.

Pero detrás de ellos se lanzó con furia la persecución de los salteadores, que no se resignaron a perder la presa más codiciable. Conocían como verdaderas alimañas de la tierra aquellas fragosidades, y no tardaron en alcanzar a Degollado. Todavía se defendió el héroe con los últimos tiros de su pistola, pero al fin fué cogido y obligado a caminar entre sus aprehensores. En aquellos momentos de confusión, nadie pudo ver más: por informes muy vagos sabemos que un indio apellidado Neri le disparó por detrás con rifle, que el Chato Alejandro le dió una lanzada en el cuello, y algún otro lo remató, disparándole a quemarropa en el pecho. Las heridas que se encontraron después en su cadáver confirman estas versiones, o son tal vez la causa de que estas versiones se hayan formado.

La Historia sólo puede recogerlas a falta de mejores datos, pero sí puede asegurarse con firmeza que nunca fué más exacta la frase que el laconismo guerrero coloca en los partes de honor: "Murió combatiendo".

En cuanto a la suerte que tuvieron los restos del famoso General de la Guerra de Tres Años, desde el despojo de sus vestidos, su entierro transitorio en Huixquilucan, el simbólico anillo que un soldado arrancó de su mano ya muerta y que tenía esta inscripción "Todo por Ti," abajo del escudo nacional, sus honras

fúnebres en la montaña, su tumba en el Cementerio Inglés, que se creyó provisional y va resultando definitiva, deben ser motivos de otra relación.

La suerte que han tenido los restos mortales de Degollado, lo mismo que su nombre y su fama, está íntimamente reunida con un fenómeno que se ha designado con la frase de "ingratitud nacional". Seguramente hay mucho en México de esta ingratitud, como la hay en todo organismo colectivo y humano, pero la figura de don Santos Degollado obliga a pensar en los problemas no resueltos aún del choque entre la moral personal y la moral social, en el destino de los redentores populares, en la omnipotencia del éxito y en otras incógnitas que no pueden dilucidarse sin emprender previamente hondas investigaciones y largos debates de dudoso éxito.

Pero en el corazón de todo mexicano, cuando conozca en verdad la existencia del héroe más puro de nuestra Historia, todas las incógnitas quedarán como interrogaciones para los eruditos, y se desvanecerán con estas palabras:

¡Sufrió por la Patria y murió combatiendo!

HISTORIA UNIVERSAL

EL IMPERIO PERSA

SERA conveniente relacionar la historia de los medos con la de los persas por dos razones: 1.ª El pueblo de ambos países pertenecía a la misma raza; 2.ª Aun cuando Media y Persia tuvieron en un tiempo gobiernos separados, sin embargo, Media fué absorbida pronto por Persia.

121.—En la planicie oriental de la cadena Zagros — la llanura de la antigua *Irán* — habitó una raza fuerte, la de los medos, y una raza afín, la de los persas. Ambas eran arias puras.

Origen de las Razas

Eran inmigrantes del asiento original nordoriental del tronco ario. Por varios movimientos sucesivos, a los que no se dió fin hasta el siglo VIII a C., se establecieron en las montañas de Media y Persia.

122.—Se tiene noticia de los primeros medos en relación con los asirios. Por el año de 710, a. C., Sargón, monarca asirio, conquistó una parte del territorio de Media, y estableció en ella colonias, en las cuales instaló a los israelitas de las ciudades de Samaria, que habían sido llevados como cautivos por los asirios.

Medos Primitivos

123.—Pero los asirios no pudieron mantener en sujeción a los medos, quienes crecieron en poder y establecieron una gran monarquía meda bajo Cyaxares, 635 a. C. Cyaxares fué un rey conquistador: al invadir Asiria destruyó Nínive, en 625 a. C., e hizo avanzar a las armas medas hacia el Oeste, hasta penetrar al Asia Menor. Este rey, fundador de la monarquía meda, fué sucedido por su hijo Astiajes, bajo cuyo breve reinado en Media se abrió paso al gobierno de Persia, bajo Ciro el Grande.

Elevación y Caída

124.—Durante este primitivo período de la monarquía meda, los persas habían establecido también un reinado (en Persis, o la antigua Persia, propiamente dicha); pero, hasta cierto punto, estaba sujeta a Media. Cuando Astiajes era rey de los medos, Cambises lo era de los persas; pero Cambises reconoció a Astiajes como su soberano, y

Persas Primitivos

le pagó tributo. La hija del monarca medo Astiajes casó con el príncipe persa Cambises, y de esa unión nació un hijo, llamado Ciro. Ciro vivió como en calidad de rehenes en la corte de su abuelo Astiajes, y no podía dejarla sin permiso.

125.—Así, pues, gran parte de la vida de Ciro es verdaderamente *historia;* pero, si escudriñamos más adelante, nos encontramos inmediatamente sumergidos en la fábula. Tanto Herodoto como Jenofonte (*) exaltaron a Ciro a la categoría de un héroe de novela. Lo que sigue es lo generalmente aceptado como historia de su vida primitiva: Astiajes había soñado que su nieto llegaría a conquistar toda el Asia, por lo que confió a un cortesano, Harpago, el encargo de dar muerte al pequeño Ciro. Harpago entregó al niño a un pastor, quien le prometió exponerlo en las montañas. Pero al pastor se le ocurrió sustituir al príncipe vivo por su propio hijito muerto. El príncipe creció desempeñando un humilde oficio. El secreto fué descubierto cuando Ciro empezó a dominar sobre sus camaradas de juegos y a golpearles. El hijo de un noble se quejó al rey y el vástago real fué reconocido. Astiajes tomó una bárbara venganza sobre Harpago: hizo guisar al hijo del cortesano, haciéndole servir como vianda para que el padre participase de ella. Ciro fué enviado a su padre y Harpago consagró el tiempo a preparar su venganza. Cuando todo estuvo bien meditado, envió un mensaje a Ciro, quien invadió Media, fué aclamado por multitud de tropas desertoras y, con su ayuda, subvirtió el trono de Media, en 558, a. C. No hay necesidad de descubrir qué fundamento de verdad, si hay alguno, pueda haber en esta leyenda. Un hecho es cierto: que bajo Ciro llegó a ser Persia la potencia gobernadora del mundo.

Leyenda de Ciro

126.—Al principio de su reinado, en 558 a. C., Ciro subyugó primero todas las provincias septentrionales y occidentales del antiguo reino medo. El más formidable enemigo que encontró en la frontera occidental fué Creso, rey de Lydia, en Asia Menor. Creso, tomando la ofensiva, condujo su ejército desde Sardis, su capital, a través del río Halys (que formaba los límites entre Persia y el territorio de Lydia), y, cerca de Sínope, hubo un combate indeciso. Pero Ciro le persiguió y con la derrota de Creso y la captura de Sardis anexó, al dominio persa (554 a. C.), **toda el Asia Menor, al Oeste** del Halys (°). Después fueron subyugadas la mayor parte de las ciu-

Conquistas de Ciro

(*) Jenofonte, historiador griego, nació el año 444 a. C. y fué discípulo y amigo de Sócrates. Escribió una obra sobre Ciro, llamada Cyropaedia (literalmente, Educación de Ciro); pero es más bien un romance político que una historia auténtica.

(°) Esta es la fecha de la caída de Creso, según Rawlinson. La mayoría de otros cronologistas la señalan 546 a. C.

dades y colonias griegas, así como las islas adyacentes. El remoto Oriente llamaba ahora la atención de Ciro y, entre los años 553-540, a. C., se consagró a la sujeción de las tribus de la región comprendida entre Persia y el Indo: Parthia, Bactriana, Sogdiana, etcétera. Faltábale sólo una gloria aún mayor: la de haber reducid la formidable potencia de Babilonia; ésta se alcanzó con la captura de Babilonia (538 a. C.) como ya se ha descrito.

Extensión de su Imperio

127.—Durante su carrera de veintinueve años, Ciro extendió el dominio persa desde el Indo hasta el Helesponto, desde el Jaxartes hasta la costa de Siria; y, ciertamente, dejó a sus sucesores sólo la tarea de completar y consolidar su obra, porque sus propios esfuerzos habían hecho de Persia la gran potencia imperial del Asia.

Carácter de Ciro

128.—En toda la línea de los monarcas persas, Ciro fué el más grande, y su carácter es muchísimo más digno de respeto que el de cualquiera de sus sucesores. Fué un gran conquistador sin ser un gobernante cruel, y a sus notables aptitudes como soldado unió muchos rasgos de nobleza como hombre.

Cambises

129.—A Ciro sucedió su hijo Cambises. A otro hijo suyo, llamado Smerdis, le había dado Ciro el dominio sobre algunas importantes provincias. Esta medida costóle la vida a Smerdis al despertar los celos de su hermano, quien, desde muy al principio de su reinado, lo mandó ajusticar en secreto. El principal acontecimiento del reinado de Cambises fué su conquista de Egipto, 525 a. C. En Egipto se portó Cambises con gran impudor y crueldad. Obligó a beber veneno al rey de Egipto, Pasanménito; horrorizó a los egipcios apuñaleando a una ternera que ellos consideraban como sagrada; y en una ocasión, cuando un cortesano le refirió, atendiendo a sus instancias, que el rumor popular le vituperaba por beber con exceso, probó la firmeza de su pulso y de sus ojos hiriendo en el corazón co una flecha al hijo de este cortesano.

130.—La ausencia de Cambises dió por resultado una revolución en la capital de Persia. Un mago, llamado Gomates, arrogándose los derechos del hermano asesinado, Smerdis, encabezó una conspiración que le elevó al trono. Cuando Cambises oyó las nuevas, se apresuró a dirigirse a Persia, pero murió en el camino: algunos dicen que por suicidio, mientras otros afirman que fué por una herida accidental de su propia daga, en 522 a. C., habiendo reinado menos de ocho años.

El reinado del falso Smerdis fué breve; Darío, hijo de Histaspes, gobernador de una de las provincias persas, y perteneciente él mismo a la familia real, encabezó una insurrección y el impostor fué derrocado después de un reinado de ocho meses.

131.—Darío I (Darius Hystaspes), quien ascendió al trono en 521 a. C., fué, después de Ciro, el más grande de los monarcas persas. Completó la obra que había empezado Ciro. Ciro por sus conquistas *fundó* el imperio; Darío lo *organizó*. A él corresponde el mérito de haber dado al imperio persa ese peculiar sistema político y de organización que le mantuvo en una posición brillante por casi dos centurias.

Reinado de Darío

132.—Darío dividió todo el imperio en veinte *satrapías* o provincias; los antiguos reyes tributarios fueron desposeídos, y cada provincia gobernada por un funcionario persa llamado *sátrapa*. Una proporción fija del tributo substituyó a arbitrarias exacciones. Se establecieron *caminos reales* y se organizó un sistema de correos, por medio del cual recibía la corte rápidas noticias de todo lo que ocurría en las provincias. Los grandes centros del poder persa se habían fijado en Susa, residencia de primavera del rey Ecbatana, en donde habitaba durante el verano, y Babilonia, su cuartel de invierno.

Gobierno Persa

133.—El acontecimiento más interesante del reinado de Darío es el principio de las invasiones persas de Grecia. Algunas de las ciudades griegas de Jonia y Asia Menor, que habían sido sometidas por Ciro al dominio persa; se sublevaron; los atenienses les alentaban en esta sublevación, y esto dió por resultado una colisión entre Persia y Grecia, en las llanuras de Maratón, 490 a. C. (Como casi todo lo que es sorprendente en la historia posterior de Persia se entremezcla con los asuntos de Grecia, la narración de esta batalla la haremos más bien en conexión con la historia griega.)

Relaciones con Grecia

134.—Los persas pertenecían al mismo tronco que los medos; pero parecen haber sido arios más puros todavía y el término *ario* es, en sí mismo, una palabra persa que significa *noble*. Cuando por primera vez los encontramos en la historia, son una raza de audaces montañeses, valientes en la guerra, rudos en sus maneras, sencillos en sus costumbres, abstinentes del vino, y desdeñosos de todo lujo en la alimentación y en la indumentaria. Aun cuando no eran de una intelectualidad superior, sí eran los persas de ingenio sutil, vivaces y afectos a la poesía y al arte. Ciertamente, en muchos respectos, parecen prototipos de los griegos, de quienes eran afines por una común descendencia aria. Más tarde, perdieron sus más nobles rasgos de carácter y se convirtieron en una servil raza asiática; pero durante su alborada osada y virtuosa fué cuando hicieron todas sus conquistas.

Civilización Persa.
Carácter Persa.

135.—Si se considera a los persas como constructores y artistas, debe tenérseles como inmediatos discípulos de los asirios y

babilonios. Los magníficos templos y palacios de Nínive y Babilonia tenían ya muchos siglos de existencia antes de que los persas empezaran a hacer algo en cosas de arte. Y no fué sino hasta que estuvieron en contacto con los asirios y babilonios cuando empezaron a erigir insignes construcciones.

Aún, entonces, sin embargo, no hicieron más que imitar; *adaptaron* hasta llegar a darle forma a un estilo arquitectónico enteramente suyo. Puede decirse de este estilo que oscila entre la solemne y aplastante grandeza de la arquitectura egipcia y asiria y la perfecta belleza de los griegos. Las grandes obras maestras de las construcciones persas consisten en *palacios* y *tumbas*, ya que su poca elevación sobre el mundo material y la simplicidad de su culto estaban lejos de inspirarles la erección de *templos*. Las reliquias más famosas de la arquitectura persa son las ruinas de los palacios reales de Persépolis. Los rasgos que caracterizaban a éstos son la solidez y hermosura de sus plataformas de piedra, las majestuosas escalinatas ricamente esculpidas con bajorrelieves y la profusión de columnas de piedra, ligeras y elegantes.

Artes

136.—Los persas no sobresalieron en las artes mecánicas. Su empeño principal consistía en formar soldados que ganaran con sus espadas una posición privilegiada, respecto de los productos y mercaderías de otras naciones. Mientras las alfombras y telas de Babilonia y Sardis, los chales de Cachemira e India, el lino de Egipto y las diversas manufacturas de Fenicia, se vaciaron continuamente en Persia, la población nativa no necesitó dedicarse a la industria manufacturera.

Religión

137.—Los persas tenían una religión más noble y pura que la de los egipcios, asirios, babilonios y fenicios. No eran idólatras. Sin duda. en el período primitivo el rasgo principal de su religión era el reconocimiento y adoración de un solo Dios supremo. — *el Señor Dios de los cielos.*—Pero esto, más tarde, originó la doctrina de un perpetuo conflicto entre dos grandes principios primordiales: el de la luz y el de la obscuridad, personificados bajo los nombres de Ahura-Mazda u Ormuz, y Ahrimán.

De Persia nació la idea católica del diablo, del espíritu malo, que no tenían los antiguos hebreos y griegos y que no se halla en los libros sagrados de los judíos.

Adoración del Fuego

138.—La religión persa se corrompió, más tarde, por la mezcla de un sistema de adoración de los elementos, sistema que los medos aprendieron de los escitas y que últimamente desvirtuó las más puras doctrinas de los persas. El rasgo principal era la adoración del fuego, o *magia* (de mago, nombre de los sacerdotes de este rito).

En lo más alto de las montañas fueron erigidos altares en que ardía una llama perpetua, vigilada constantemente, a fin de que no expirara, y que se creía encendida por los cielos. Allí, día a día, los magos decían sus encantamientos, extendían sus varas de virtud y practicaban aquellas artes llamadas, después de ellos, *artes mágicas*.

Gobierno

139.—El gobierno de Persia, dominador de muchos otros países, significaba un adelanto en la teoría del gobierno sobre otros imperios orientales. Era algo más que una simple agrupación de reinos: era un verdadero dominio imperial. El gobierno se ejercía sobre todo el conjunto de manera singularmente moderada, y era el más noble y el mejor de todos los imperios de la antigüedad.

Literatura

140.—No cabe duda acerca de que los persas tuvieron una literatura considerable; pero son pocos los fragmentos que les sobrevivieron. El más antiguo monumento literario de la raza iránica, es la colección llamada *Zend-Avesta,* que contiene los libros sagrados de los persas y que fueron reunidos por Zoroastro, su gran legislador religioso. Podemos obtener una idea de la antigua poesía persa de un poema llamado el *Shah Nameh*, compuesto por Firdousi, el gran poeta de Persia, en la mitad del siglo X, a. C. Aunque escrito largo tiempo después de la grandeza de Persia, es, sin embargo, valioso documento que atestigua esa grandeza, pues se basa en viejas tradiciones y fragmentos de poesía y de historia. Juzgando la capacidad poética de los persas por este poema, diríamos que se distingue más bien por una fantasía vivaz y delicada, que por la verdadera imaginación creadora que distingue a los griegos, o por la gran inspiración de los profetas y bardos hebreos.

Diversos Temas

DIEZ CAPITULOS DE LA HISTORIA DE CRISTO

POR GIOVANNI PAPINI

(*Traducción directa del italiano.*)

EL ESTABLO

JESUS nació en un Establo.

Un Establo, un verdadero Establo, no es el alegre pórtico ligero que los pintores cristianos han edificado al Hijo de David, como avergonzados de que su Dios yaciese en la miseria y en la suciedad. Y no es tampoco el Pesebre de yeso, que la fantasía confitera de los figuristas ha imaginado en los tiempos modernos; el Pesebre pulido y delicado, gracioso de color, con la artesa linda y aseada; el Burrito estático, y el compungido Buey, y los Angeles sobre el techo con el festón ondulante y los muñequitos de los reyes con mantos, y de los Pastores con capuchas, de rodillas a los dos lados de la escena. Este puede ser el sueño de los novicios, el lujo de los curas, el juguete de los niños, la "posada vaticinada" de Alejandro Manzoni; pero no es, en verdad, el Establo donde nació Jesús.

Un Establo, un Establo verdadero, es la Casa de las Bestias, la prisión de las Bestias que trabajan para el Hombre. El antiguo, el pobre Establo de los países antiguos, de los países pobres, del país de Jesús, no es el Alojamiento con pilastras y capiteles, ni la Cuadra higiénica de los ricos de ahora, ni es la Choza bonita de los altares de Navidad. El Establo es sólo: cuatro muros toscos, un empedrado sucio, un techo de viguetas y lámina. El verdadero Establo es obscuro, sucio, maloliente: lo único limpio en él, es la Artesa donde el amo mezcla heno y trigo.

Los prados de primavera, frescos en las serenas mañanas, ondeantes al viento, asoleados, húmedos, olorosos, fueron segados; cortadas con el fierro las yerbas verdes, las altas hojas finas; segadas también las bellas flores abiertas: blancas, rojas, amarillas. celestes. Todo se marchitó, se secó, tomó el color pálido y único del heno. Los bueyes acarrearon a casa los despojos muertos de mayo y de junio.

Ahora aquella yerba y aquellas flores, aquellas yerbas tornadas

áridas, aquellas flores que siempre aromaron, están allí en la Artesa, para saciar el hambre de las Bestias, Esclavas del Hombre. Los Animales las enguyen despacio, con los grandes labios obscuros, y más tarde el prado florido vuelve a la luz, sobre la paja que les sirve de lecho, cambiado en estiércol húmedo.

Este es el verdadero Establo donde nació Jesús. El lugar más Asqueroso del mundo fué la primera habitación del único Puro entre los nacidos de mujer. El Hijo del Hombre, que debía ser devorado por las biestias que se llaman Hombres, tuvo, como primera cuna, la Artesa donde los Brutos rumian las flores milagrosas de la Primavera.

No por azar nació Jesús en un Establo. ¿El mundo no es, acaso, un inmenso Establo donde los hombres comen y estercolan? Las cosas más bellas, más puras, más divinas, ¿no las cambian, acaso, por infernal alquimia, en excremento? Después se tienden sobre los montones de estiércol y llaman a aquello "gozar de la vida."

Sobre la tierra, chiquero precario donde todos los embellecimientos y los perfumes no pueden esconder el estiércol, apareció una noche Jesús, sin más arma que la Inocencia, nacido del vientre de una Virgen sin mancha.

EL BUEY Y EL ASNO

Los PRIMEROS que adoraron a Jesús fueron animales y no hombres.

Entre los hombres buscaba a los sencillos, entre los sencillos a los niños, más sencillos que los niños y más mansos, lo acogieron los Animales domésticos. Aunque humildes, aunque siervos de seres más débiles y feroces que ellos, el Asno y el Buey habían visto arrodillarse, delante de ellos, las multitudes. El pueblo de Jesús, el pueblo de Jehová, el pueblo santo que Jehová había librado de la servidumbre de Egipto, el pueblo que el Pastor había dejado solo en el desierto cuando subió a hablar con el Eterno, había forzado a Araón a hacerle un Buey de Oro para adorarlo.

El Asno era consagrado en Grecia al Dios Ares, a Dionisos, a Apolo Iperbóreo. La burra de Balaam había salvado con sus palabras al profeta, más sabia que el sabio; Ocós, rey de Persia, puso un Asno en el Templo de Fta y lo hizo adorar.

Pocos años antes de que naciese Cristo, su futuro amo, Octaviano descendiendo hacia su flota la víspera de la batalla de Azio, encontró un burrero con su asno. La bestia se llamaba Nicón, el Victorioso, y después de la batalla el emperador hizo erigir un asno de bronce en el templo que recordó la victoria.

Reyes y Pueblos se habían, hasta entonces, postrado ante Bueyes y Burros. Eran los Reyes de la Tierra, los Pueblos que preferían la Materia. Pero Jesús no nacía para reinar sobre la Tierra ni para

amar la Materia. Con él terminará la adoración de la Bestia, la debilidad de Araón, la superstición de Augusto. Los Brutos de Jerusalem lo matarán; pero, en tanto, aquellos de Belem lo calientan con su aliento.

Cuando Jesús llegue, para la última Pascua, a la ciudad de la Muerte, cabalgará un asno. Pero él es profeta, más grande que Balaam, venido a salvar a todos los hombres y no sólo a los hebreos, y no cambiará su camino aunque todos los mulos de Jerusalem relinchen contra él.

LOS PASTORES

DESPUES de las Bestias, los Guardianes de las Bestias. Pues aun cuando el Angel no hubiese anunciado la gran Natividad, ellos hubieran acudido al Establo para ver al Hijo de la Recién llegada.

Los Pastores viven casi siempre solitarios y distantes. No saben nada del mundo lejano ni de las Fiestas de la Tierra. Cualquier acontecimiento acaecido cerca de ellos, aunque pequeño, los conmueve. Velaban los rebaños en la noche larga del solsticio cuando fueron heridos por la luz y las palabras del Angel.

Y apenas percibieron en la poca luz del Establo una Mujer joven y bella, que contemplaba en silencio a su Hijito; y vieron al niño con los ojos abiertos entonces; sus carnes sonrosadas y delicadas; su boca, que no había aún comido, les enterneció el corazón. Un nacimiento, el nacimiento de un nuevo hombre, una alma que hace pocos instantes ha encarnado y viene a sufrir con otras almas, es siempre un milagro tan doloroso que conmueve aun a los sencillos que no lo comprenden. Y aquel recién nacido no era, para esos advertidos, un ignorado, un niño como todos los otros, sino el que, por miles de años, esperaba su pueblo doliente.

Los Pastores ofrecieron lo poco que tenían, aquel poco que es mucho si se da con amor; llevaron los blancos regalos del pastoreo: la leche, el queso, la lana, el cordero. También hoy, en nuestras montañas, donde están muriendo los últimos vestigios de la hospitalidad y de la fraternidad, apenas una esposa ha dado a luz, acuden las hermanas, las mujeres, las hijas de los pastores y ninguna con las manos vacías: quién tiene dos pares de huevos todavía tibios del nido, quién una botella de leche ordeñada ha pocos momentos, quién un queso que apenas empezaba a hacer corteza, quién una gallina para hacer el caldo a la parturienta. Un nuevo sér ha aparecido en el mundo y ha comenzado su llanto: los vecinos, como para consolar a la madre, le llevan sus ofertas.

Los pastores antiguos eran pobres y no despreciaban a los pobres; eran sencillos como niños y gozaban en contemplar a los niños; habían nacido de un pueblo engendrado por el Pastor de Ur, salvado por el Pastor de Madián. Pastores habían sido sus pri-

meros Reyes: Saúl y David. Pastores de rebaños antes que Pastores de tribus. Pero los Pastores de Belem, "desconocidos del mundo," no eran orgullosos. Un Pobre nacía entre ellos, y ellos lo miraban con amor y le daban, con amor, aquellas pobres riquezas. Sabían que aquel Niño, nacido de Pobres en la Pobreza, nacido Sencillo en la Sencillez, nacido del Populacho en medio del Pueblo, sería el rescatador de los Humildes, de aquellos hombres de "buena voluntad" para quienes el Angel había invocado la paz.

También el Rey Desconocido, el vagabundo Odiseo, por ningún otro fué acogido con tanta alegría como por el Pastor Eumeo en su Establo; pero Ulises iba a Itaca para tomar venganza, retornaba a su hogar para dar muerte a sus enemigos. Jesús nacía, al contrario, para condenar la Venganza, para mandar el Perdón a los enemigos. Y el amor de los Pastores de Belem ha relegado al olvido, sobrepasándola, la piedad hospitalaria del porquero de Itaca.

LOS TRES MAGOS

ALGUNOS días después, tres Magos llegaban de Caldea y se arrodillaban delante de Jesús.

Venían, quizá, de Ecbatana, tal vez de las orillas del Mar Caspio; jinetes en sus camellos, con las alforjas llenas colgadas de las sillas, habían vadeado el Tigris y el Eufrates, atravesado el gran desierto de los Nómadas, costeado el mar Muerto. Una estrella nueva — parecida al cometa que reaparece de vez en cuando en el cielo para anunciar el nacimiento de un Profeta o la muerte de un César, — los había guiado hasta Judea.

Venían para adorar un Rey, y encuentran sólo un Niño de pecho, mal fajado, oculto en un Establo.

Casi mil años antes que ellos, una Reina de Oriente había venido en peregrinación a Judea y había traído también ella sus dones: oro, aromas y piedras preciosas; pero había encontrado un gran Rey en el trono, el más grande Rey que haya reinado en Jerusalem y de él había aprendido lo que ninguno le había sabido enseñar.

Los Magos, en cambio, que se creían más sabios que los Reyes, encontraron un Niño de pocos días, un Niño que no sabía aún ni preguntar ni responder, un Niño que desdeñaría, de grande, los tesoros de la Materia y la ciencia de la Materia.

Los Magos no eran Reyes; pero eran, en Media y en Persia, amos de los Reyes. Los Reyes mandaban a los Pueblos; pero los Magos guiaban a los Reyes. Sacrificadores, Intérpretes de Sueños, Profetas y Ministros, nadie más que ellos podía comunicarse con Ahura-Mazda, el Dios Bueno; sólo ellos conocían el Futuro y el Destino. Con sus propias manos mataban los Animales enemigos del Hombre y de las Mieses: las serpientes, los insectos nocivos, las

aves nefastas. Purificaban las almas y los campos: ningún sacrificio era aceptado por Dios si no era ofrecido por sus manos; ningún Rey hubiera emprendido guerra sin haberlos escuchado. Poseían los secretos de la Tierra y los del Cielo; privaban sobre toda su gente en nombre de la Ciencia y de la Religión. En medio de un pueblo que vivía para la Materia, representaban la parte del Espíritu.

Era justo, pues, que fuesen a postrarse ante Jesús. Después de las Bestias, que son la Naturaleza; después de los Pastores, que son el Pueblo, esta tercera Potencia — el Saber — se arrodilla ante el Pesebre de Belem. La vieja casta sacerdotal del Oriente hace acto de sumisión al nuevo Señor, que mandará sus anunciadores hacia Occidente; los Sabios se arrodillaron delante de Aquel que someterá la Ciencia de las Palabras y de los Números a la nueva Sabiduría del Amor.

Los Magos en Belem significan las viejas Teologías que reconocen la definitiva revelación, la Ciencia que se humilla delante de la Inocencia, la Riqueza que se postra a los pies de la Pobreza.

Ellos ofrecen a Jesús el Oro que Jesús hollará: no se lo ofrecen por que María, pobre, lo pueda necesitar para el viaje, sino para obedecer, de antemano, los consejos del Evangelio: "vende aquello que poseas y dalo a los pobres." No ofrecen el Incienso para vencer el mal olor del pesebre, sino porque sus liturgias están por terminar y ya no tendrán más necesidad de humos y perfumes para sus altares. Ofrecen la Mirra, que sirve para embalsamar los Muertos, porque saben que este Niño morirá joven y que la Madre, que ahora sonríe, necesitará aromas para el Cadáver.

Vestidos con suntuosos mantos reales y eclesiásticos, hincados sobre la paja del pienso, ellos, los Poderosos, los Doctos, los Divinos, se ofrecen como Prenda de la obediencia del Mundo.

Así obtuvo Jesús, para siempre, todas las investiduras a las cuales tenía derecho. Apenas partidos los Magos, comenzaron las persecuciones de los que le odiarían hasta la muerte.

OCTAVIANO

Cuando Cristo apareció sobre la Tierra, los Criminales reinaban, obedecidos, en ella. El nacía sujeto a dos Amos: uno, más fuerte y lejano, en Roma; el otro, más infame y cerca, en Judea. Una Canalla aventurera y afortunada se había apoderado violentamente, a precio de estragos, del Imperio; otra Canalla aventurera y afortunada se había apoderado, también violentamente, a precio de estragos, del Reino de David y de Salomón.

Las dos habían llegado al poder por caminos perversos e ilegítimos, a través de guerras civiles, traiciones, cuartelazos, crueldades y crímenes; habían nacido para entenderse; eran, en efec-

to, amigos y cómplices en cuanto lo permitía el vasallaje del Malvado subalterno hacia el Malvado superior.

El hijo del estrangulador de los veletros, Octaviano, se había mostrado bellaco en la guerra, vengativo en las victorias, traidor en las amistades, cruel en las represalias. A un condenado que le pedía al menos sepultura, respondió: "Esa es tarea de los enterradores." A los peruginos asesinados que pedían gracia, gritaba: *moriendum esse!* (¡mueran ésos!) Al Pretor Q. Galio, por una simple sospecha, quiso sacarle los ojos por sí mismo antes de hacerlo degollar. Dueño del Imperio, muertos y dispersos sus enemigos, obtenidas todas las magistraturas y los poderes, se había puesto la máscara de la mansedumbre y no le había quedado de los vicios juveniles más que la lujuria. Se contaba que en su juventud había vendido por dos veces su virginidad, la primera vez a César, la segunda en España a Irzio, por trescientos mil sextercios. Ahora se divertía divorciándose muchas veces, celebrando nuevas bodas con las mujeres que raptaba por medio de sus amigos, en adulterios casi públicos, y en fingir la comedia de restaurador del pudor.

Este hombre, sucio y enfermizo, era el amo del Occidente cuando nació Jesús, y no supo jamás que había nacido quien debía, al fin, disolver su régimen.

Le bastaba la fácil filosofía del plagiario, gordo y pequeño Horacio: "Gocemos hoy, vino y amor; la muerte, sin esperanza, nos espera; no se pierda un día." En vano Virgilio, que era celta, el hombre de campo, el amigo de las sombras, de los plácidos bueyes, de las abejas doradas, que había descendido con Eneas a contemplar los castigos del Infierno y desahogaba su inquieta melancolía con la música de la palabra, en vano Virgilio, el amoroso, el religioso Virgilio, había anunciado una nueva edad, un nuevo orden, una nueva raza, un Reino de los Cielos, más profano y menos vivo que el que Jesús anunciaría, pero igualmente más noble y puro que el Reino del Infierno que estaba preparándose. En vano, porque Augusto había visto en aquellas palabras una fantasía pastoral y había tal vez creído, él, el corrompido protector de corrompidos, ser el Salvador anunciado, el restaurador del reino de Saturno.

Pero un presentimiento del nacimiento de Jesús, del verdadero Rey que venía a echar abajo a los Reyes del Mal, lo tuvo quizá antes de la muerte, el gran cliente oriental de Augusto, su vasallo de Judea, Herodes el Grande.

HERODES EL GRANDE

Herodes era un Monstruo: uno de los monstruos más pérfidos salidos de los abrasadores desiertos del Oriente, que también habían engendrado más de uno, horribles a la vista.

No era hebreo, ni griego, ni romano: era un idumeo, un bár-

baro que importunaba delante de Roma e imitaba a los griegos para asegurar mejor su dominio sobre los hebreos. Hijo de un traidor, había usurpado el reino a sus señores, a los últimos malvados asmoneos. Para legitimar su traición casó con su sobrina, Mariamne, a quien después mató por injustas sospechas. No era su primer delito; había hecho antes ahogar a traición a su cuñado Aristóbulo; había condenado a muerte a otro cuñado, José, y a Ircano Segundo, último reinante de la dinastía vencida. No contento con haber hecho morir a Mariamne, hizo matar también a la madre de ésta, Alejandra, y por último a los hijos de Baba, nada más porque eran lejanos parientes de los Asmoneos. Entretanto se divertía en hacer quemar vivos a Judas de Sarite y a Matías de Margaloth, junto con otros jefes fariseos. Más tarde tuvo temor de que los hijos tenidos de Mariamne quisiesen vengar a su madre y los hizo estrangular; cercano a la muerte, dió orden de matar también a un tercer hijo, Arquelao. Lujurioso, desconfiado, impío, ávido de oro y de gloria, no tuvo jamás paz ni en su casa, ni en Judea, ni consigo mismo. Para que olvidasen sus asesinatos, hizo al pueblo de Roma un donativo de trescientos talentos para gastarse en fiestas, se humilló delante de Augusto para que consintiese sus infamias y, al morir, le dejó 10,000.000 de dracmas, y además, una nave de oro y otra de plata para Livia.

Este soldaducho revestido, este árabe mal pulido, pretende conciliarse y conciliar helenos y hebreos; llegó a comprar los degenerados discípulos de Sócrates, que en Atenas llegaron al punto de levantarle una estatua; pero los hebreos lo odiaron hasta la muerte. Inútilmente reedificó a Samaria y restauró el Templo de Jerusalem: él era siempre, para ellos, el Pagano y el Usurpador.

Tremebundo como los malhechores que envejecen y los príncipes nuevos, cada rumor de hoja, cada agitar de la sombra, lo hacían estremecerse. Supersticioso como todos los orientales, crédulo en los presagios y en los vaticinios, pudo fácilmente creer a los Tres que venían del fondo de Caldea, conducidos por una estrella, hacia el país de que él se había apoderado por medio del fraude. Cualquier pretendiente, por fantástico que fuese, podía hacerle temblar. Y cuando supo por los Magos que un Rey de Judea había nacido, su corazón de bárbaro inquieto aceleró sus latidos. No viendo volver los Astrólogos a enseñarle el lugar donde había aparecido el nuevo hijo de David, ordenó que todos los niños de Belem fuesen muertos. José Flavio calló esta última hazaña del Rey; pero aquel que había hecho matar a sus propios hijos, ¿sería tal vez capaz de perdonar a quienes no lo eran?

LOS INOCENTES

Ninguno supo jamás cuántos fueron los niños sacrificados

al pavor de Herodes. No era la primera vez que en Judea eran pasados a cuchillo hasta los lactantes, todavía prendidos al pecho de las madres. El mismo pueblo hebreo había castigado, en los antiguos tiempos, a las ciudades enemigas con el asesinato de los ancianos, de las esposas, de los jóvenes y de los niños: no perdonaba más que a las vírgenes para hacerlas esclavas y concubinas. Dios mismo, el celoso Jehová, había dado a menudo la orden de la destrucción, y ahora el idumeo aplicaba la ley mosaica del talión al pueblo que la había aceptado.

No sabemos cuántos fueron los Inocentes; pero sabemos — si Maclovio amerita fe — que entre ellos había un hijo pequeño de Herodes que se estaba criando en Belem.

Nadie sabe tampoco si esto sirvió de castigo para el viejo monarca, uxoricida e infanticida; quién sabe si ni siquiera padeció cuando le llevaron la noticia del error. Poco después él mismo debía de dejar la vida, asaltado de males asquerosos. El cuerpo se le pudría en vida; gusanos le consumían los testículos; tenía los pies abrasados, la respiración sofocada, el aliento insoportable. Repugnándose a sí mismo, intentó matarse con un cuchillo estando a la mesa, y finalmente, murió después de haber ordenado a Salomé dar muerte a muchos jóvenes que tenía prisioneros.

La Matanza de los Inocentes fué la última hazaña del corrompido y sanguinario viejo; esta inmolación de Inocentes cerca de la cuna de un Inocente; este holocausto de sangre para un recién nacido que ofrecerá su sangre para el perdón de los culpables; este sacrificio humano, para aquel que a su vez será sacrificado, tiene un sentido profético. Millares de millares de Inocentes deberían morir después de su muerte por el solo delito de haber creído en su Resurrección: nacía para morir por los otros, y he aquí a millares de nacidos que mueren por él, como para expiar su nacimiento.

Hay un tremendo misterio en esta oferta sangrienta de Inocentes, en este diezmo de coetáneos. Pertenecían a la generación que lo debía traicionar y crucificar; pero aquellos que fueron degollados por los soldados de Herodes ese día, no lo vieron, no llegaron a ver matar a su Señor. Lo salvaron con su muerte, y se salvaron para siempre. Eran Inocentes, y han permanecido Inocentes para siempre. Sus padres, sus hermanos supervivientes, un día los vengarán; pero serán perdonados "porque no saben lo que hacen.".

EL DESTIERRO EN EGIPTO

Un poeta cristiano, italiano, cantaba a Jesús recién nacido, este arrullo:

Duerme, niño, no llores;
Duerme, niño celeste;
Sobre tu cabeza rugir
No osen las tempestades.

Pero el hijo de María no se hizo carne para dormir. Y aunque las tempestades rujan, no le darán miedo.

Mejor que de Siddharta, merece el sobrenombre de Despierto. No podrá dormir en el Establo donde el Burro rebuzna — precursor de todos los Burros que rebuznen detrás de sus pasos; — donde el Buey muge — esperando que otros Bueyes hablen a su vista; — donde los Pastores interrogan, donde los Magos bendicen. No podrá dormir mientras se aproximan los pasos de los asesinos enviados por Herodes. No dormirá jamás hasta la última noche, cuando esté bajo los Olivos, angustiado entre los cuerpos de los Once adormecidos.

Y María no puede dormir. De tarde, apenas las casas de Belem se esfuman en la oscuridad y se encienden las primeras luces, la Madre parte a escondidas como una fugitiva, como una ladrona, como una perseguida. Roba una vida al Rey; salva una esperanza al Pueblo; estrecha contra su pecho al niño, su riqueza, su pena.

Vuelve hacia el Occidente la mirada; atraviesa la vieja tierra de Canaán, y llega por pequeñas etapas — los días son cortos, — a la vista del Nilo, a aquella tierra de Mizraim que tantas lágrimas había costado a sus padres catorce siglos antes.

Jesús, el continuador de Moisés, pero, al mismo tiempo, el Ante Moisés, rehace, a su modo, el camino del primer Redentor. Los hebreos habían estado bajo el yugo de los egipcios; esclavos mal comidos, mal tratados y vejados.

El Pastor de Madián se hizo Pastor de Israel y, a través del desierto, condujo a la gente de la cerviz dura a la vista del Jordán y de las viñas maravillosas. El pueblo de Jesús había salido de Caldea con Abraham y había llegado, con José, a Egipto; Moisés lo había llevado de Egipto hacia Canaán; ahora el más grande de los Libertadores volvía amenazado a las orillas de aquel río, donde el primer Salvador había sido salvado de las aguas y había salvado a sus hermanos.

Egipto, tierra de todas las infamias y magnificencias de las Primeras Epocas, India africana donde las olas de la Historia se perdían en la muerte, — Pompeyo y Antonio en pocos años habían terminado sobre sus playas el sueño del imperio y la vida misma, — este país prodigioso nacido del agua, quemado del sol, regado de tantas sangres de pueblos diversos, habitado de tantos dioses en forma de bestias, este país absurdo y sobrenatural era, por razón de contraste, el asilo predestinado del fugitivo.

La riqueza de Egipto estaba en el fango, en el grueso limo que el Nilo vertía cada año sobre el desierto. La idea fija de Egip-

to era la muerte; los burgueses egipcios no querían morir, negaban la muerte; pensaban vencerla con la simulación de la materia, con los embalsamamientos, con las estatuas que esculpían sus escultores, retratando los cuerpos de carne. El rico, el ventrudo egipcio, el hijo del lodo, el adorador del Buey y del Cinocéfalo, no quería morir. Fabricaba para la segunda vida las inmensas necrópolis, llenas de momias vendadas y perfumadas, de imágenes en madera y mármol, y erigía pirámides sobre los cadáveres para que la duración de las piedras los resguardase de la consumación.

Jesús, cuando pueda hablar, pronunciará la sentencia contra Egipto: el Egipto que no está solamente sobre las riberas del Nilo, el Egipto que no ha desaparecido aún de la faz de la tierra con sus reyes, con sus gavilanes, con sus serpientes. Cristo dará la respuesta definitiva y eterna al terror de los egipcios. Condenará la riqueza, que viene del lodo y vuelve al lodo, y todos los fetiches de los ventrudos ribereños del Nilo; y vencerá a la muerte sin féretros esculpidos, sin regios funerales, sin estatuas de granito y basalto. Vencerá a la muerte, enseñando que el pecado es más voraz que los gusanos, y que la pureza del espíritu es el único perfume que preserva de la corrupción.

Los adoradores del Fango y de lo Animal, los servidores de la Riqueza y de la Bestia, no podrán salvarse. Y sus sepulcros, así sean tan altos como montañas, adornados como gineceos de reinas, blancos y cubiertos de flores como aquellos de los fariseos, no conservarán más que Ceniza, cieno que se transforma como la carroña de los Animales. No se triunfa de la muerte copiando la vida con piedra o con madera: la piedra se desmorona y se vuelve polvo; la madera se apolilla y se vuelve polvo, y ambas son fango, eterno fango.

EL PERDIDO ENCONTRADO

El destierro en Egipto fué breve. Jesús fué transportado en brazos de la Madre, mecido todo el largo camino por el paso lento de la cabalgadura, a la casa paterna de Nazaret, pobre casa y taller donde el martillo golpeaba y la lima chirriaba hasta la puesta del sol.

Los Evangelistas canonizados no dan noticias de estos años: los apócrifos dan muchas, pero casi difamatorias.

Lucas, sabio médico, se contenta con escribir que el niño "crecía y se robustecía;" que no era, entonces, débil y macilento. Muchacho bien desarrollado, sano, lleno de salud, como debía ser aquel que habría de dar a los otros alivio con sólo tocarlos con la mano.

"Todos los años, cuenta Lucas, los padres de Jesús iban a Jerusalem para la Fiesta del Pan sin Levadura, recuerdo de la sa-

lida de Egipto. Iban en masa vecinos, amigos, familiares, para hacer el viaje en compañía, para engañar mejor lo largo y fastidioso del camino. Iban contentos, más como si fuesen a un Festival que a la solemnidad memorable de un padecimiento, porque la Pascua se había convertido, en Jerusalem, en una inmensa Consagración, en una junta de todos los judíos dispersos en el Imperio."

Doce Pascuas habían pasado desde el nacimiento de Jesús. Aquel año, después de haber partido de la ciudad santa los vecinos de Nazaret, María advirtió que su hijo no estaba con ellos. Todo el día lo buscó, preguntando a cuantos conocidos encontraba si lo habían visto; pero ninguno pudo darle razón. A la mañana siguiente volvió atrás, rehizo el camino andado, se dirigió por las calles y las plazas de Jerusalem, fijando los negros ojos sobre cada muchacho que se encontraba, interrogando a las madres en los umbrales de las puertas, recomendando a los paisanos que no habían partido aún que la ayudasen a seguir la pista del perdido. Una madre que ha perdido a su hijo, no tiene descanso hasta que lo encuentra: no piensa más en sí; no siente el cansancio, el sudor, el hambre; no se sacude el polvo del vestido, no se arregla el cabello, no se cuida de la curiosidad de los extraños, y sus ojos extraviados no ven más que la imagen de aquél que ya no está cerca de ella.

Finalmente, al tercer día, subió al Templo, espió en los corredores y vió por fin, en la sombra de un pórtico, un corrillo de ancianos que hablaban; se acercó vergonzosa — que aquellas largas capas y largas barbas parecían de gente de importancia que no hubiese escuchado a una pobre mujer de Galilea, — y descubrió, en medio del círculo, los cabellos rizados, los ojos esplendentes, la faz morena, la fresca boca de su Jesús. Aquellos ancianos hablaban, con su Hijo, de la Ley y de los Profetas; lo interrogaban y él respondía, y, después de haber respondido, preguntaba a su vez y aquéllos lo instruían, maravillados de que un muchacho de tan poca edad conociese tan bien las palabras del Señor. Pero él se acordaba de los Libros que había escuchado leer en la pequeña sinagoga de Nazaret; y su memoria no había perdido una sílaba.

María permaneció por algunos momentos contemplándolo, y casi no creía lo que veían sus ojos: su corazón, que un momento antes latía con ansia, ahora latía más fuerte, con estupor. Pero no pudo resistir más y, de improviso, lo llamó por su nombre en alta voz; los ancianos se apartaron y la mujer atrajo a su hijo hacia el pecho y lo estrechó fuertemente en silencio, humedeciéndole el rostro con las lágrimas retenidas hasta entonces.

Lo cogió, se lo llevó para siempre, segura de tenerlo consigo, de haberlo recobrado, de tenerlo cerca, de no haberlo perdido; la madre feliz se acuerda de la madre desesperada.

—¿Por qué has hecho esto? He aquí que tu padre y yo, acongojados, andábamos en busca de ti.

—¿Por qué me buscáis? ¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?

Graves palabras, especialmente si son dichas por un niño de doce años a una madre que ha padecido tres días por él.

"Y ellos — prosigue el Evangelista — no comprendieron aquello que les había dicho." Pero nosotros, después de tantos siglos de experiencia cristiana, podemos comprender aquellas palabras que parecen, a primera vista, duras y soberbias.

¿Por qué me buscáis? ¿No sabéis que yo no puedo perderme, que yo no estaré jamás perdido para ninguno, ni siquiera para aquellos que me sepulten dentro de la tierra? Yo estaré en todas partes donde alguien crea en mí, aunque no me vean con los ojos; no puedo estar perdido para ningún hombre con tal que me tenga en el corazón. No estaré perdido cuando esté solo en el Desierto, cuando esté solo sobre las aguas del Lago, cuando esté solo en el huerto de Olivos, cuando esté solo en el Sepulcro. Si me escondo, vuelvo; si muero, resucito; quien me pierde, no puede hacer otra cosa que volverme a encontrar.

¿Y quién es aquel padre del cual me habláis? Es el padre según la ley, según los hombres. Pero el verdadero Padre está en los cielos; es el Padre que ha hablado a los Patriarcas cara a cara, que ha puesto las palabras en la boca a los Profetas. Yo debo saber lo que ha dicho a ellos de mí, sus voluntades eternas, las leyes que ha impuesto a su pueblo, los pactos que ha firmado con todos. Si debo de hacer lo que ha mandado, debo ocuparme de aquello que verdaderamente es suyo. ¿Qué cosa es un vínculo legal, temporal, comparado con una liga mística, con una liga espiritual, con una liga eterna?

EL CARPINTERO

Pero no había llegado, para Jesús, la hora de la evasión definitiva. La voz de Juan no se había oído, y él volvió a tomar, con el padre y la madre, el camino de Nazaret, y volvió al taller de José para ayudarlo en su trabajo.

Jesús no estuvo en las escuelas de los Escribas ni en las de los griegos. Pero no le faltaban maestros: conoció los tres más grandes Doctores: el Trabajo, la Naturaleza y el Libro.

No se olvide que Jesús fué un Obrero e hijo adoptivo de un Obrero: no se debe ocultar que nació Pobre, entre gente que trabajaba con sus propias Manos, que ganaba su pan con el trabajo de las Manos, y que él se ganó el Pan cotidiano, antes de transmitir la Anunciación, con el trabajo de sus Manos: aquellas Manos que bendijeron a los humildes, que sanaron a los leprosos, que

iluminaron a los ciegos, que resucitaron a los muertos. Aquellas Manos que fueron agujereadas por los clavos sobre la madera, eran Manos que bañó el sudor del trabajo, Manos que sintieron el entorpecimiento del trabajo, Manos encallecidas en el trabajo, Manos que habían manejado las herramientas del trabajo, que habían clavado clavos en la madera: Manos de oficio.

Jesús fué un Obrero de la Materia antes de ser un Obrero del Espíritu; fué Pobre antes de llamar los Pobres a su mesa, a la fiesta de su Reino. No nació entre gente adinerada, en casa lujosa, en lecho cubierto de lana y de púrpura. Descendiente de Rey, vivía en la casa de un Carpintero; hijo de Dios, nació en un Establo. No pertenecía a la casta de los Grandes, a la aristocracia de los Guerreros, a la sociedad de los Ricos, al consejo supremo de los Sacerdotes. Nació en la ínfima clase del Pueblo, aquella que no tiene, bajo de sí, más que los Vagabundos, los Mendigos, los Prófugos, los Esclavos, los Criminales, las Prostitutas. Cuando ya no sea Obrero manual, sino espiritual, descenderá aún más bajo a los ojos de las Personas Respetables y buscará sus amigos entre la malvada chusma, aun inferior a la Plebe. Esperando el día en que bajará al Infierno de los Muertos, Jesús bajará al Infierno de los Vivos y figurará, en la jerarquía de las castas que dividen eternamente a los hombres, como un pobre Trabajador y nada más.

El oficio de Jesús fué uno de los cuatro más antiguos y más sagrados. Los del Campesino, del Albañil, del Herrero y del Carpintero son, entre las artes manuales, las más afines con la vida del hombre, las más inocentes y religiosas.

El Guerrero degenera en Saqueador, el Marinero en Pirata, el Comerciante en Aventurero; pero el Campesino, el Albañil, el Herrero y el Carpintero no traicionan, no pueden traicionar, no se corrompen. Manejan las materias más familiares y deben transformarlas, a los ojos de todos, para el servicio de todos, en obras visibles, sólidas, concretas, verdaderas. El Campesino rompe la tierra, y saca el Pan que comen el Santo en su gruta y el Homicida en su cárcel. El Albañil talla la piedra y construye la Casa, la Casa del Pobre, la Casa del Rey, la Casa de Dios; el Herrero pone al fuego el Fierro y le da forma, para dar la Espada al Soldado, el Arado al Campesino, el Martillo al Carpintero; el Carpintero corta y clava la Madera para construir la Puerta que protege la casa de los Ladrones, para fabricar la Cama sobre la cual los Ladrones y los Inocentes morirán.

Estas simples cosas, estas cosas ordinarias, comunes, usuales, tan usuales, comunes y ordinarias que no las miramos jamás, que pasan desapercibidas bajo nuestros ojos acostumbrados a más complicadas maravillas, son las más sencillas creaciones del hombre;

pero más milagrosas y necesarias que todas las otras inventadas después.

El Carpintero Jesús vivió, en su juventud, en medio de estas cosas y las fabricó con sus manos, y entró por la primera vez, por medio de estas cosas, hechas por él, en comunión con la vida cotidiana de los hombres, con la vida más íntima y sagrada: la del hogar. Fabricó la Mesa, a la cual es tan dulce sentarse en la noche con los amigos aunque haya, entre ellos, un traidor; la Cama donde el hombre respira la primera y última veces; la Caja donde la mujer de la campiña encierra sus pobres andrajos, los delantales y los pañuelos de las fiestas, y las blancas y planchadas camisas de su hombre; la Artesa donde se amasa la harina que la levadura esponja, a fin de que esté pronta para el horno; la Silla donde los viejos, en la noche, se sientan al fuego a hablar de la juventud que no puede volver.

A menudo Jesús, mientras las virutas claras y ligeras se enroscaban bajo el filo del cepillo, y el aserrín caía en tierra al áspero ritmo de la lima, debió pensar en las promesas del Padre, en los pronósticos de los Profetas, en un Trabajo que no era de sierras y de reglas, sino de espíritu y verdad.

El oficio le enseñó que vivir significa transformar las cosas muertas e inútiles en cosas útiles y vivas; que la materia más vil, golpeada y transformada, puede volverse preciosa, amiga servicial para los hombres; que para salvar, en suma, es necesario cambiar; y que así como se saca de un torcido tronco de olivo, costrudo y terroso, el lecho del niño y de la esposa, se puede hacer, del vil adinerado y de la pobre ramera, dos ciudadanos del Reino de los Cielos.

INQUIETUD, REBELDIA, PERFECCION

POR JOSE INGEGNIEROS

I. Inquietud

TODA *juventud inquieta elabora gérmenes de renovación.* —Insatisfecha del pasado o anhelosa del porvenir, cada generación anuncia la posibilidad de algo mejor, presintiendo el ritmo de lo que vendrá, aunque no acierte a definirlo en precisos ideales. Inquietud es vida; inquietud es voluntad; inquietud es esperanza.

Los portavoces de la moral quietista, destinada a obstruir todo espíritu de progreso, contemplan el universo como una obra harmónica y de ello infieren que la vida humana se desenvuelve en la mejor de las formas posibles, en el más perfecto de los mundos; ese rancio optimismo de envejecidos metafísicos, que llevaría a mirar como grandes bienes las guerras y las epidemias, el dolor y la muerte, ha merecido críticas risueñas, jamás contradichas eficazmente.

La moral meliorista es el presupuesto necesario de todos los que tienen ideales y opone al quietismo abstracto la creencia activa en la perfectibilidad; optimismo no significa ya simple satisfacción frente a lo actual, sino confianza en la posibilidad de perfecciones infinitas. Lo existente no es perfecto en sí; pero marcha hacia un perfeccionamiento que, para el hombre en particular, se traduce en dignificación de su vida. Todo lo humano es susceptible de mejoramiento progresivo y es natural el devenir de un bien mayor, mensurable por el conjunto de satisfacciones en que los hombres hacen consistir la felicidad.

Afirmar que vivimos en una sociedad perfecta implica prescribir al hombre una mansedumbre de siervo. De esa premisa escéptica partieron en todo tiempo los más hipócritas defensores de los intereses creados; mirar el instable equilibrio actual como un orden definitivo, implica desconocer que en la sociedad pueden existir desharmonías eliminables por una incesante perfección.

Cada nueva generación reconoce la existencia de injusticias reparables y afirma con su rebeldía que no hay orden social preestablecido sino relaciones humanas destinadas a variar en el devenir infinito. Su moral optimista no mira hacia atrás, sino hacia

adelante; no es para corazones seniles, que ya no pueden perfeccionar el ritmo de sus latidos. Frente a la pasiva aquiescencia de los viejos al mal presente, el destino de los pueblos florece en manos de los jóvenes que saben sentir la infinita inquietud de bienes venideros.

2. *Todo esfuerzo renovador deja un saldo favorable para la sociedad.*—La lluvia que fecunda el surco no cuenta sus gotas ni teme caer en exceso; aunque una generación sólo realice una parte mínima de sus ideales, esa parte justifica sobradamente la totalidad de su esfuerzo. Renovarse o morir, dijeron en su tiempo los renacentistas; renovarse o morir, repita siempre la juventud que entra a vivir en un mundo sin cesar renovado. Esa, y ninguna otra, será la fórmula de los hombres y de los pueblos que aspiren a tener un porvenir mejor que su pasado.

La inquietud de saber más, de poder más, de ser más, renueva al hombre incesantemente; cuando ella cesa, deja él de vivir, porque envejece y muere. La personalidad intelectual es función, no es equilibrio; siguiendo un curso lógico, tiende a una integración permanente, enriquecida sin cesar por una experiencia que crece y un sentido crítico que la rectifica. Renovarse es prueba de juventud funcional, revela aptitud para aumentar y expandir la personalidad sin apartarse de sus caminos hondamente trazados; lo que es muy distinto del variar con la moda, que sólo denuncia ausencia de ideas propias y pasiva adhesión a las ajenas. La incapacidad de perfeccionar su ideología permite sentenciar el envejecimiento de un pensador; implica la declinación de esas aptitudes asimiladoras e imaginativas que ensanchan el horizonte elevando los puntos de vista.

En la sociedad, como en el hombre, la inquietud de mayor libertad, de mayor justicia, de mayor solidaridad, es la fuerza motriz del mejoramiento social; cuando ella deja de actuar, las sociedades se envilecen, marchando a la disolución o a la tiranía. El progreso es un resultado de la inquietud implícita en todo optimismo social; la decadencia es el castigo de las épocas de escéptico quietismo.

3. *Lo bueno posible se alcanza buscando lo imposible mejor.*—Dice la Historia que ninguna juventud renovadora ha visto íntegramente realizados sus ensueños; la práctica suele reducir sus ideales, como si la sociedad sólo pudiera beber muy diluída la pura esencia con que aquélla embriaga su imaginación. Es cierto; pero dice, también, que en las exageraciones de los ilusos y utopistas están contenidas las realizaciones que, en su conjunto, constituyen el progreso efectivo. ¡Alabados sean los jóvenes que equivocándose como ciento auguran un beneficio igual a uno! ¡Alabados sean los que arrojan semillas a puñados, generosamente, sin preguntarse

cuántas de ellas se perderán y sólo pensando en que la más pequeña puede ser fecunda!

Para el perfeccionamiento humano son inútiles los tímidos que viven rumiando tranquilamente, sin arriesgarse a tentar nuevas experiencias; son los innovadores los únicos que sirven descubriendo un astro o encendiendo una chispa. Podrá ser más cómodo no equivocarse nunca que errar muchas veces; pero sirven mejor a la humanidad los hombres que, en su inquietud de renovarse, por acertar una vez aceptan los inconvenientes de equivocarse mil.

Los quietistas aconsejan dejar a otros la función peligrosa de innovar, reservándose el pacífico aprovechamiento de los resultados; los epicúreos de todos los tiempos han resuelto la cuestión según su temperamento. Pero los inquietos renovadores de las ciencias, de las artes, de la filosofía, de la política, de las costumbres, son los arquetipos selectos, las afortunadas variaciones de la especie humana, necesarias para revelar a los demás hombres alguna de las formas innumerables que devienen incesantemente.

La juventud es, por definición, inquietud renovadora; la virilidad misma sólo se mide por la capacidad de renovar las orientaciones ya adquiridas. Cuando se apaga, cuando se miran con temor las ideas y los métodos que son piedras miliares en el sendero del porvenir, podemos asegurar que un hombre o un pueblo comienza a envejecer. Y si el quietismo se convierte en odio sordo, en suspicacia hostil a toda renovación, debemos mirarlo como un signo de irreparable decrepitud.

II. Rebeldía

1. *Rebelarse es afirmar la propia personalidad.*—Tres yugos impone el espíritu quietista a la juventud: rutina en las ideas, hipocresía en la moral, domesticidad en la acción. Todo esfuerzo por libertarse de esas coyundas es una expresión del espíritu de rebeldía.

La sociedad es enemiga de los que perturban sus "mentiras vitales". Frente a los hombres que le traen un nuevo mensaje, su primer gesto es hostil; olvida que necesita de esos grandes espíritus que, de tiempo en tiempo, desafían su encono, predicando "verdades vitales".

Todos los que renuevan y crean, son subversivos: contra los privilegios políticos, contra las injusticias económicas, contra las supersticiones dogmáticas. Sin ellos sería inconcebible la evolución de las ideas y de las costumbres, no existiría posibilidad de progreso. Los espíritus rebeldes, siempre acusados de herejía, pueden consolarse pensando que también Cristo fué hereje contra la rutina, contra la ley y contra el dogma de su pueblo, como lo fuera antes

Sócrates, como después lo fué Bruno. La rebeldía es la más alta disciplina del carácter; templa la fe, enseña a sufrir, poniendo en un mundo ideal la recompensa que es común destino de los grandes perseguidos; la humanidad venera sus nombres y no recuerda el de sus perseguidores.

Siempre ha existido, a no dudarlo, una conciencia moral de la humanidad, que da su sanción. Tarda a veces, cuando la regatean los contemporáneos; pero llega siempre, y acrecentada por la perspectiva del tiempo, cuando la discierne la posteridad.

2. *El espíritu de rebeldía emancipa de los imperativos dogmáticos.*—Creencias que el tiempo ha transformado en supersticiones, siguen formando una atmósfera coercitiva que impide el desenvolvimiento de la cultura humana; en cada momento de la historia se yergue heroico contra ellas el espíritu de rebelión, que es la crítica, libre examen, iconoclastia.

Atrincherarse en la tradición significa renunciar a la vida misma, cuya continuidad se desenvuelve en un constante devenir; la obsecuencia al pasado cierra la inteligencia a toda verdad nueva, aparta de la felicidad todo elemento no previsto, niega la posibilidad misma de la perfección. Maniatarse ante los intereses creados, en el orden moral lo mismo que en el material, significa renunciar al advenimiento de una humanidad moralmente mejor. ¿Por qué — se pregunta el filósofo — seguiremos bebiendo aguas estancadas en pantanos seculares, mientras la naturaleza nos ofrece en la veta de sus rocas el chorro de fuentes cristalinas, que pueden apagar nuestra sed infinita de saber y de amor? Las aguas estancadas son los dogmas consagrados por la tradición; las fuentes de roca son las fuerzas morales que siguen manando de nuestra naturaleza humana, incesantes, eternas. Esas fuerzas rebeldes no han dejado de brotar nunca; viven, crean todavía, cada vez mejores; renunciar a ellas, como quiere el tradicionalismo, es decir ¡alto! a la vida misma; es decir ¡no! a los futuros ideales de la humanidad.

El espíritu de rebeldía es la antítesis del dogma de obediencia que induce a considerar recomendable la sujeción de una voluntad humana a otras humanas voluntades. En ese inverosímil renunciamiento de la personalidad, la obediencia no es a un sér sobrenatural sino a otro hombre, al Superior; ilustres teólogos han dado de ella una explicación poco mística y muy utilitaria, mirándola como uno de los mayores descansos y consuelos, pues el que obedece no se equivoca nunca, quedando el error a cargo del que manda. Este dogma lleva implícito un renunciamiento a la responsabilidad moral; el hombre se convierte en cosa irresponsable, en instrumento pasivo de quien lo maneja, sin opinión, sin criterio, sin iniciativa.

3. *La rebeldía intelectual es eterna y creadora.*—La leyenda

bíblica personifica en Satanás al ángel denunciador de las debilidades y corrupciones de la humanidad; y es Satanás en la poesía moderna el símbolo más puro del libre examen, del derecho de crítica, de todo lo que significa conciencia rebelde a la cuadriculación previa del pensamiento humano.

No es admisible ninguna limitación al derecho de buscar nuevas fuentes que fertilicen la vida. Obra de bienhechora rebeldía es descubrirlas, afirmarlas, aprovecharlas para el porvenir, impregnando la educación, ajustando a ellas progresivamente la conducta de los hombres. La sabiduría antigua, hoy condensada en dogmas, sólo puede ser respetable como punto de partida para tomar de ella lo que sea compatible con las nuevas creencias que florecen incesantemente; pero acatarla como inflexible norma de la vida social venidera, confundiéndola con un término de llegada que estamos condenados a no sobrepasar, es una actitud absurda frente al eterno mudar de la naturaleza.

El arte y las letras, la ciencia y la filosofía, la moral y la política, deben todos sus progresos al espíritu de rebeldía. Los domésticos gastan su vida en recorrer las sendas trilladas del pensamiento y de la acción, venerando ídolos y apuntalando ruinas; los rebeldes hacen obra fecunda y creadora, encendiendo sin cesar luces nuevas en los senderos que más tarde recorre la humanidad.

Juventud sin espíritu de rebeldía, es servidumbre precoz.

III. Perfección

1. *En todo lo que existe actúan fuerzas de perfección.*—La perfectibilidad se manifiesta como tendencia a realizar formas de equilibrio, eternamente relativas e instables, en función del tiempo y del espacio. Nada puede permanecer invariable en un cosmos que incesantemente varía; cada elemento de lo inconmensurable varía para equilibrarse con todo lo variable que lo rodea y en esa adecuación funcional a la harmonía del todo consiste la perfección de las partes. El sistema solar varía en función del universo; el planeta, en función del sol que lo conduce; la humanidad, en función del planeta que habita; el hombre, en función de la sociedad que constituye su mundo moral. La más imprecisa nebulosa, la estrella más brillante, las cordilleras y los océanos, el roble y la mariposa, los sentimientos y las ideas, lo que conocemos y lo que concebimos entre la vía láctea y el átomo, está en perpetua renovación y perfeccionamiento. La muerte misma es palingenesia renovadora: sólo nos parece quietud y estabilidad porque suspende funciones que, en una parte mínima de lo real, llamamos vida.

Cuando esa perfectibilidad incesante es inteligida por la mente humana, engendra creencias aproximativas acerca de la perfección

venidera: se concibe como futuro lo mejor de lo presente, lo susceptible de variar en función de nuevas condiciones de equilibrio, lo que sobrevivirá selectivamente en formas siempre menos imperfectas. Los ideales son hipótesis de perfectibilidad, simples anticipaciones del eterno devenir.

Toda perfección en el mundo moral se concibe en función de la sociedad, sacudiendo la herrumbre del pasado, desatando los lazos del presente. Una visión de genio, un gesto de virtud, un acto de heroísmo, son perfecciones que se elevan sobre las ideas, los sentimientos y las costumbres de su época; no pueden pensarse sin inquietud, ni pueden actuarse sin rebeldía.

2. *La perfectibilidad humana es privilegio de la juventud.*—Sólo puede concebir una futura adecuación funcional la mente plástica y sensible al devenir de la realidad; sólo en los jóvenes nace el sentimiento de perfección, como deseo que invita a creer y como esperanza que impulsa a obrar. El anhelo temprano de lo mejor dignifica el carácter y eleva la personalidad; la concepción meliorista de la vida social impide al joven acomodarse a los intereses creados y lo pone en tensión hacia el porvenir.

La perfectibilidad es educable, como todas las aptitudes. El hábito de la renovación mental, extendiendo la curiosidad a lo infinito que nos rodea, observando, estudiando, reflexionando, puede prolongar la juventud en la edad viril. El hombre perfectible, si considera incompleta su doctrina o insegura su posición, busca fórmulas nuevas que superen el presente, en vez de cerrar los ojos para volver a los errores tradicionales. La juventud, cuando duda, rectifica su marcha y sigue adelante; la vejez, incapaz de vencer el obstáculo, desiste y vuelve atrás.

En todos los campos de la actividad humana el deseo de perfección impone deberes de lucha y de sacrificio; el que dice, enseña o hace, despierta la hostilidad de los quietistas. No afrontan esa contingencia los hombres moralmente envejecidos; han renunciado a su propia personalidad, entrando a las filas, marcando el paso, vistiendo el uniforme del conformismo. Si son capaces de esfuerzo, será siempre contra los ideales de la nueva generación, aunándose en defensa de los intereses creados y sintiéndose respaldados por el complejo aparato coercitivo de la sociedad.

Amar la perfección implica vivir en un plano superior al de la realidad inmediata, renunciando a las complicidades y beneficios del presente. Por eso los grandes caracteres morales se han sentido atraídos por una gloria que emanara de sus propias virtudes; y como los contemporáneos no podían discernirla, vivían imaginativamente en el porvenir, que es la posteridad.

3. *Camino de perfección es vivir como si el ideal fuese realidad.*—Fácil es mejorarse pensando en un mundo mejor; está cerca

de la perfección el que se siente solidarizado con todas las fuerzas renovadoras que en su rededor florecen. Es posible acompañar a todos los que ascienden, sin entregarse a ninguno; se puede converger con ideales afines sin sacrificar la personalidad propia. No es bueno que el hombre esté solo, pues necesita la simpatía que estimula su acción; pero es temible que esté mal acompañado, pues las imperfecciones ajenas son su peor enemigo. Hay que buscar la solidaridad en el bien, evitando la complicidad en el mal.

El hombre perfectible sazona los más sabrosos frutos de su experiencia cuando llega a la serenidad viril, si el hábito de pensar en lo futuro le mantiene apartado de las facciones henchidas de apetitos. En todo tiempo fué de sabios poner a salvo su juventud moral, simplificando la vida entre las gracias de la Naturaleza, propicias a la meditación. Lejos del pasado que se defiende en vano, fácil es, como desde una cumbre, abarcar a las nuevas generaciones en una mirada de simpatía, no turbada por la visión de sus pequeñas imperfecciones.

Quien tiende hacia la perfección procura harmonizar su vida con sus ideales. Obrando como si la felicidad consistiera en la virtud, se adquiere un sentimiento de fortaleza que ahuyenta el dolor y vence la cobardía; todos los males resultan pequeños frente al supremo bien de sentirse digno de sí mismo. El virtuoso no puede ser infeliz: *beatitudo non praemium virtutis, sed ipso virtutis*. La santidad es de este mundo; entran a ella los hombres que merecen pasar al futuro como ejemplos de una humanidad más perfecta.

DE LA JUSTICIA

DIÁLOGO DE PLATÓN

I

SÓCRATES REFUTA LA MAXIMA DE QUE "ES JUSTO HACER EL BIEN A SUS AMIGOS Y HACER EL MAL A SUS ENEMIGOS"

FUIMOS a casa de Polemarco, en donde encontramos a sus dos hermanos, Lidias y Eutidemo, con Tracímaco de Calcedonia, Carmántido, del barrio de Peaneo, y Clitofonte, hijo de Aristónimo; Céfalo, el padre de Polemarco, también se encontraba allí. Como yo no le había visto desde hace mucho tiempo, me pareció que había envejecido bastante. Estaba sentado, con la cabeza apoyada sobre un cojín, y llevaba una corona, porque ese día había celebrado un sacrificio doméstico. Tomamos asiento a su lado, en los bancos que estaban colocados en círculo. Tan pronto como me vió, me saludó.

CEFALO.—No vienes con frecuencia al Pireo, Sócrates; sin embargo, tus visitas nos serían gratas. Si yo tuviera fuerzas suficientes para ir a la ciudad, te ahorraría el trabajo de venir aquí, e iría yo mismo a buscarte. Pero ahora te corresponde venir más a menudo, porque has de saber que todos los días hallo nuevos encantos en la conversación, a medida que los placeres del cuerpo disminuyen y me abandonan. Ten, pues, por mí esta condescendencia. Reúnete a estos jóvenes, y ven a menudo a ver a tus devotos amigos.

SOCRATES.—Yo también, Céfalo, hallo suma complacencia en la compañía de los ancianos. Como ya se encuentran al fin de una carrera que a nosotros corresponderá seguir un día, me parece natural obtener informes de ellos acerca de si la ruta es fácil o penosa. Y como tú estás ahora en esa edad que los poetas llaman el umbral de la vejez, me será grato oír lo que me digas acerca de ella y si la consideras como la época difícil de la vida.

CEFALO.—Te diré mi pensamiento, Sócrates, tal como él viene a mi espíritu. Suele ocurrir, según el antiguo adagio, que me

encuentre entre gentes de mi edad; todo el tiempo que con ellos paso se va en quejas y en lamentaciones de su parte; recuerdan con pesar los placeres del amor, los de la mesa, y todos los demás de ese carácter de que disfrutaban en su juventud. Se conduelen de estar privados de todos aquellos bienes que les parecieron tan preciosos. Al oirlos, se llega a la conclusión de que la vida que entonces llevaban era feliz, y de que en la actualidad ya no viven. Algunos se quejan de las ofensas a que les expone la vejez, de parte de sus vecinos; y no cesan de repetir los innúmeros males que su avanzada edad les depara diariamente. En cuanto a mí, Sócrates, creo que ellos no acusan la verdadera causa de su mal; porque, si ella fuese la vejez, yo, y todos aquellos que llegan a mi edad, deberíamos sentir los mismos efectos. Además, he conocido otros de una disposición muy diferente; y recuerdo que un día que me encontraba con el poeta Sófocles, habiéndole preguntado alguien en mi presencia si la edad le permitía aún disfrutar los placeres del amor, repuso: "A Dios no le place, y experimento la mayor satisfacción de haber sacudido el yugo de ese amo apasionado y brutal." Juzgué entonces que él tenía razón al hablar de esta suerte, y el tiempo no ha modificado mi pensamiento. En efecto, la vejez es un estado de reposo y de libertad de los sentidos. Tan luego como las pasiones dejan de hacer sentir su aguijón, y, por decirlo así, quedan en suspenso, lo dicho por Sófocles se comprueba plenamente: se liberta uno de una multitud de pasiones tiránicas. Con respecto a estas quejas de los viejos y a sus pesares domésticos, no es en la vejez, Sócrates, sino en el carácter de los viejos, en donde hay que buscar la causa. Con costumbres apacibles y tranquilas encuentra uno soportable la vejez. Con un carácter opuesto, la vejez y la juventud son igualmente difíciles.

Me encantó su respuesta y quise hacerle hablar más.

SOCRATES.—Estoy convencido, Céfalo, de que cuando tú hablas de esa manera, la mayor parte de los hombres no aprueban lo que dices, y que piensan que encuentras menos recursos contra las incomodidades de la vejez en tu carácter que en los grandes bienes que posees; porque se dice que los ricos tienen muchos consuelos.

CEFALO.—Dices bien: no me escuchan; la verdad es que hay algo de cierto en lo que ellos dicen, pero mucho menos de lo que ellos piensan. He aquí la bella respuesta que dió Temístocles a un serifio que le atribuía su reputación a la ciudad en que había nacido más que a sus propios méritos: "Verdad es, repuso, que si yo fuese de Serifo, no sería conocido; pero tú no lo serías más si fueses hijo de Atenas." Podría darse la misma respuesta a los ancianos poco ricos y quejumbrosos, diciéndoles que la pobreza haría

la vejez insoportable hasta para los mismos sabios; pero que, sin la sabiduría, las riquezas no podrían hacérsela jamás más dulce.

SOCRATES.—Pero estos grandes bienes que tú posees, ¿los has heredado de tus antepasados o los has adquirido tú en su mayor parte?

CEFALO.—¿Me preguntas qué he adquirido yo, Sócrates? Mis bienes de fortuna me dan un promedio entre la de mi abuelo y la de mi padre; porque mi abuelo, cuyo nombre llevo — habiendo heredado un patrimonio poco más o menos igual a mi actual fortuna,— hizo adquisiciones que sobrepasan en mucho los haberes que había recibido. Mi padre, Lisanias, me dejó, por el contrario, menos bienes de los que ahora poseo. Quedaría contento si mis hijos reciben de mí una herencia que no sea ni inferior ni superior a la que yo mismo he heredado.

SOCRATES.—Lo que me ha llevado a hacerte esta pregunta, es que no me parece que tú tengas mayor apego a las riquezas; cosa que es común a aquellos que no son los artífices de su propia fortuna; en tanto que aquellos que la deben a su industria, sí tienen mayor apego a ella, porque la aman por ser obra suya, así como los poetas aman los versos y los padres a sus hijos; aparte de que, como todos los demás hombres, sienten apego a las riquezas por los bienes que ellas les proporcionan. Por tanto, los hombres de que te hablo son de un trato difícil y no tienen estimación sino por el dinero.

SOCRATES.—Perfectamente. Pero dime: ¿cuál es, en tu opinión, la mayor ventaja que las riquezas procuran?

CEFALO.—Mi opinión a este respecto es precisamente la que con dificultad aceptarían muchas gentes. Sabrás, Sócrates, que cuando un hombre cree próximo el fin de su vida, experimenta temores e inquietudes que en otro tiempo no le preocupaban. Teme que aquellas cosas que hasta entonces ha considerado como fábulas, sean en realidad otras tantas verdades; y bien puede ser que esta aprensión provenga de la debilidad consiguiente a la edad, o de que el alma las vea entonces más claramente a causa de su proximidad. El hombre es presa, entonces, de dudas y temores, y repasa en la memoria todos los actos de su vida a fin de averiguar si ha hecho, o no, mal a nadie. Aquel que al examinar su conducta la encuentra llena de injusticias, despierta a menudo sobresaltado, como los niños durante la noche; tiembla, y vive en una inquieta expectativa. Pero aquel que nada tiene que reprocharse, abriga siempre una dulce esperanza que le sirve de nodriza en su vejez, según Píndaro. Ve ahora lo que dice — empleando una imagen, la más graciosa y admirable —al hablar de un hombre que ha llevado una vida justa y santa:

"La esperanza le acompaña haciendo palpitar dulcemente su corazón y amamantando su vejez,
La esperanza que nutre sin tropiezos
El espíritu flotante de los mortales."

Ahora bien; es porque la riqueza prepara este porvenir por lo que tiene tanto valor a mis ojos; y no para todos los hombres, sino solamente para los sabios; porque es a la riqueza a lo que en gran parte se debe el no hallarse expuesto a engañar a persona alguna involuntariamente, ni a mentir. Ella nos proporciona, además, la ventaja de salir de este mundo libres de todo temor de no haber hecho ciertos sacrificios a los dioses o por no haber pagado algunas deudas a los hombres. Tiene ella, además, otras ventajas indudables; pero, al considerarlas una por una, creo que todo hombre sensato no vacilará en dar a ésta preferencia marcada sobre las demás.

SOCRATES.—Lo que acabas de decir, Céfalo, es muy bello; pero ¿es propio definir la justicia haciéndola consistir simplemente en decir la verdad y en dar a cada cual lo que hemos recibido? ¿O no es ello más justo, o más injusto según las circunstancias? Por ejemplo, si alguien que hubiese confiado sus armas a un amigo, pidiese su devolución después de haber enloquecido, todo el mundo convendría en que no sería conveniente devolvérselas, y que habría injusticia en hacerlo. Todo el mundo convendría, además, en que sería perjudicial no disfrazarle la verdad en el estado en que se encuentra.

CEFALO.—Eso es cierto.

SOCRATES.—No consiste, pues, la justicia, en dar a cada uno lo suyo.

POLEMARCO.—Pero, si hemos de creer a Simónides, en eso precisamente es en lo que consiste la justicia.

CEFALO.—Os dejo que continuéis la discusión; es preciso que yo vaya a concluir mi sacrificio.

SOCRATES.—Entonces será Polemarco quien ocupará tu lugar.

CEFALO (*sonriendo*). Sí.

Y diciendo esto, salió Céfalo para ir a terminar su sacrificio.

SOCRATES.—Infórmame, pues, Polemarco, ya que tomas el lugar de tu padre, acerca de lo que dice Simónides con respecto a la justicia, y en qué puntos apruebas sus opiniones.

POLEMARCO.—Dice él que es propio de la justicia dar a cada uno lo suyo, y en este punto hallo que tiene razón.

SOCRATES.—Es bien difícil no estar de acuerdo con Simónides; era un sabio, un hombre divino. Pero ¿acaso comprendes tú, Polemarco, lo que ha querido él decir con eso? En cuanto a mí, yo no lo comprendo. Es evidente que él no quiere decir que uno

esté en la obligación de devolver, como lo decíamos hace un momento, un depósito, cualquiera que éste sea, cuando aquel que lo reclama ha perdido el juicio, y, sin embargo, ese depósito es una deuda, ¿no es así?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—Y, por tanto, es necesario cuidarse de devolverlo, cualquiera que sea, a aquel que no tiene razón de reclamarlo.

POLEMARCO.—Ciertamente.

SOCRATES.—Simónides, pues, ha querido decir otra cosa cuando ha dicho que es justo devolver a cada cual lo que se le debe.

POLEMARCO.—Sin duda, una vez que él piensa que uno debe hacer siempre el bien a sus amigos y no hacerles nunca mal.

SOCRATES.—Ya lo oigo. Devolver a un amigo lo que se le debe, devolverle, por ejemplo, el dinero que nos ha confiado aun cuando no pueda recibirlo sino con perjuicio suyo. ¿No es esa la interpretación que das tú a las palabras de Simónides?

POLEMARCO.—Absolutamente.

SOCRATES.—Pero ¿debe uno devolver a sus enemigos aquello que uno crea deberles?

POLEMARCO.—Sí, lo que uno les deba; pero uno no debe a su enemigo sino aquello que cuadra con la enemistad, es decir, lo que le cause daño.

SOCRATES.—Simónides se ha explicado, pues, sobre la justicia en estilo poético y de una manera enigmática; ha creído, a lo que parece, que la justicia consiste en dar a cada cual lo que le conviene. Pero, en lugar de decir esto, ha dicho que consiste en dársele lo que se le debe.

POLEMARCO.—¿Piensas tú que ha querido él decir otra cosa?

SOCRATES.—¿Qué crees tú que hubiese contestado Simónides si alguien le hubiese formulado la siguiente pregunta?: ¿A quién da el arte que llamamos medicina lo que debe dar y lo que conviene dar, y qué es lo que ella da?

POLEMARCO.—Contestaría que ella da al cuerpo los remedios, los alimentos y las bebidas convenientes.

SOCRATES.—Y el arte culinario, ¿a quién da lo que debe y lo que conviene dar?; ¿qué es lo que él da?

POLEMARCO.—Sazona los manjares.

SOCRATES.—Y lo que se llama justicia, ¿a quién da lo que conviene, y qué es lo que da?

POLEMARCO.—Si hemos de atenernos a lo dicho anteriormente, la justicia consiste en hacer el bien a sus amigos y el mal a sus enemigos.

SOCRATES.—¿Considera entonces Simónides. que es de justicia hacer el bien a sus amigos y hacer el mal a sus enemigos?

POLEMARCO.—Paréceme que sí.

SOCRATES.—¿Quién puede hacer el mayor bien a sus amigos y el mayor mal a sus enemigos en caso de enfermedad?

POLEMARCO.—El médico.

SOCRATES.—¿Y en el mar, en caso de peligro?

POLEMARCO.—El piloto.

SOCRATES.—¿Y en qué ocasión y de qué manera puede el hombre justo hacer el mayor bien a sus amigos y el mayor mal a sus enemigos?

POLEMARCO.—Paréceme que en la guerra, atacando a los unos y defendiendo a los otros.

SOCRATES.—Perfectamente. Pero, mi querido Polemarco, nada tiene uno que hacer con el médico cuando no está enfermo.

POLEMARCO.—Así es la verdad.

SOCRATES.—Ni tiene necesidad de piloto cuando no se halla en el mar.

POLEMARCO.—También es eso cierto.

SOCRATES.—Siguiendo este mismo razonamiento, ¿es lo justo inútil cuando no hace uno la guerra?

POLEMARCO.—No lo creo así.

SOCRATES.—¿Sirve entonces la justicia también en tiempo de paz?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—La agricultura también sirve en esta estación, ¿no es cierto?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—¿Para la recolección de los bienes que nos brinda la tierra?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—¿Es útil también el oficio de zapatero?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—¿Dirás tú que para proveerse de calzado?

POLEMARCO.—Sin duda.

SOCRATES.—Del mismo modo me dirás con qué objeto y en servicio de qué puede ser útil la justicia durante la paz.

POLEMARCO.—Para el comercio.

SOCRATES.—¿Entiendes tú por comercio la asociación para los negocios o para alguna otra cosa?

POLEMARCO.—Me refiero a las asociaciones.

SOCRATES.—Tratándose de la construcción de una casa, ¿será un hombre justo un socio mejor y más útil que un arquitecto?

POLEMARCO.—De ningún modo.

SOCRATES.—Si el músico vale más que el hombre justo para el estudio de la música, ¿cuál es, entonces, el género de asociación en la cual vale el hombre justo más que el músico?

POLEMARCO.—Me parece que tratándose de asuntos de dinero.

SOCRATES.—Si no es el caso de que haya necesidad de hacer uso de él; si hay que comprar o que vender un caballo, creo yo que el negociante en caballos será el mejor socio, ¿no es así?

POLEMARCO.—Evidentemente.

SOCRATES.—Si se tratase de un barco, el constructor o el piloto serían los mejores asociados.

POLEMARCO.—Así me parece.

SOCRATES.—¿En qué caso, pues, será el justo más útil que los otros cuando la asociación haya de usar de su dinero?

POLEMARCO.—Cuando se trata, Sócrates, de ponerlo en depósito y de conservarlo.

SOCRATES.—Es decir, cuando sea necesario no hacer ningún uso de él, sino dejarlo ocioso.

POLEMARCO.—Exactamente.

SOCRATES.—Así pues, cuando el dinero se hace inútil, comienza a ser útil la justicia.

POLEMARCO.—Quizás.

SOCRATES.—Y cuando sea necesario conservar una pequeña podadera, será útil la justicia al interés común y al interés particular. Mas cuando se trate de servirse de ella, lo que será útil será el arte del viticultor.

POLEMARCO.—Evidentemente.

SOCRATES.—Tú dirás, pues, que cuando se trate de conservar un escudo, o una lira, sin hacer uso de ellos, será útil la justicia; pero si es preciso servirse de ellos, serán la esgrima y la música las que serán útiles.

POLEMARCO.—Necesariamente.

SOCRATES.—Y en general, trátese de lo que se tratare, la justicia será inútil cuando uno se sirve de un objeto, y útil cuando no se sirve de él.

POLEMARCO.—Bien puede ser.

SOCRATES.—Pero, querido, la justicia no será, pues, de gran importancia si sólo nos es útil tratándose de aquellas cosas de que no hacemos uso ninguno. Estudiemos esto un poco más: aquel que sea más hábil para escapar a los golpes en una batalla, en la lucha, o en cualquiera otro caso, ¿no es, también, el más diestro para guardarse de los golpes que le asedien?

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—Y aquel que es más hábil para precaverse de una enfermedad y para prevenirla, ¿no es, al mismo tiempo, el más capaz para dársela a otro?

POLEMARCO.—Así lo creo.

SOCRATES.—¿Cuál es el hombre más adecuado para pro-

teger un ejército? ¿No será aquel que sepa descubrir los designios y las maniobras del enemigo?

POLEMARCO.—Sin duda.

SOCRATES.—Por consiguiente, el mismo hombre apto para conservar una cosa lo será también para robarla.

POLEMARCO.—Así me parece.

SOCRATES.—Así pues, si el justo es apto para guardar el dinero, lo será, asimismo, para sustraerlo.

POLEMARCO.—Al menos es esa la consecuencia inevitable de tu razonamiento.

SOCRATES.—El hombre justo está, pues, convencido de ser un diestro ladrón, y antójaseme que tú has tomado esta idea de Homero, quien elogia demasiado a Autólico, abuelo materno de Ulises, de quien dice que sobrepasa a todos los hombres en el arte de despojar y de mentir bajo la fe de juramento. Por consiguiente, según Homero, Simónides y tú, la justicia no es otra cosa que el arte de despojar para bien de los amigos y para el mal de los enemigos, ¿no es así como la entiendes tú?

POLEMARCO.—¡Por Júpiter, que no! No es eso lo que he querido decir. Sin embargo, siempre me parece que la justicia consiste en ser grato a tu amigo y en causar perjuicio a tu enemigo.

SOCRATES.—Mas ¿qué entiendes tú por amigos? ¿Aquellos que parezcan ser gentes de bien, o los que realmente lo sean aunque no lo parezcan? Lo propio digo de los enemigos.

POLEMARCO.—Paréceme natural amar aquellos a quienes crea uno gente de bien y odiar a los que crea malos.

SOCRATES.—¿No es lo ordinario que los hombres se engañen sobre este punto y que juzguen que es honrado un hombre, cuando no lo es sino en apariencia, o que se tome por pícaro al que en realidad es hombre honrado?

POLEMARCO.—Convengo en ello.

SOCRATES.—Quienes así se engañan, ¿toman por enemigos a las gentes de bien y por amigos a los perversos?

POLEMARCO.—Evidentemente.

SOCRATES.—Así, pues, para ellos la justicia consiste en hacer el bien a los perversos y el mal a los buenos.

POLEMARCO.—Eso es evidente.

SOCRATES.—Pero las gentes de bien son justas e incapaces de perjudicar a nadie.

POLEMARCO.—Esa es la verdad.

SOCRATES.—De acuerdo con tu razonamiento, resulta entonces justo hacer el mal a quien no lo merece.

POLEMARCO.—De ningún modo, Sócrates; es criminal hablar así.

SOCRATES.—Entonces lo que es justo es hacer el mal a los malos y hacer el bien a los buenos.

POLEMARCO.—Ese lenguaje me parece más razonable que lo que decíamos hace un momento.

SOCRATES.—Pero, Polemarco, sucederá que para todos aquellos que se engañan en su juicio acerca de los hombres, será justo perjudicar a sus amigos, desde el momento en que pueden considerarlos malos, y hacer el bien a sus enemigos porque los consideran como gentes de bien. Y con esto llegamos a una conclusión directamente contraria a la que atribuíamos a Simónides.

POLEMARCO.—Ello es rigurosamente exacto; pero cambiemos en algo la definición que hemos dado de amigos y de enemigos, y en ese caso no me parece que sea exacta la conclusión.

SOCRATES.—Recapitulemos, Polemarco; ¿qué decíamos?

POLEMARCO.—Decíamos que podíamos considerar como amigo a aquel que nos pareciese hombre de bien.

SOCRATES.—¿Cómo quieres tú que cambiemos esa definición?

POLEMARCO.—Yo diría que debiéramos considerar como amigo al que no sólo parezca hombre de bien, sino que lo sea en efecto; que aquel que lo parece, sin serlo, no es amigo sino en la apariencia. Lo propio habría que decir del enemigo.

SOCRATES.—Según esto, el amigo verdadero será el hombre de bien, y el hombre malo el verdadero enemigo.

POLEMARCO.—Sí.

SOCRATES.—Tú quieres, pues, que modifiquemos también algo respecto de lo que decíamos de la justicia, o sea que ella consistía en hacer el bien al amigo y el mal al enemigo; y ahora quieres que agreguemos "si el amigo es hombre honrado y si el enemigo no lo es."

POLEMARCO.—Sí, encuentro que eso está bien dicho.

SOCRATES.—¡Pero cómo! ¿es que debe un hombre justo hacer el mal a quienquiera que sea?

POLEMARCO.—Sí, a lo menos debe hacer el mal a sus enemigos, si ellos son perversos.

SOCRATES.—Aquellos caballos a quienes se martiriza, ¿se tornan mejores o peores?

POLEMARCO.—Peores.

SOCRATES.—¿Se debe esto al carácter propio de su especie o al que es propio de los perros, por ejemplo? Y aquellos perros a quienes se martiriza, ¿se tornan peores por razón del carácter propio a su especie y no por razón del carácter que es propio de los caballos?

POLEMARCO.—Necesariamente.

SOCRATES.—¿No podemos decir también que los hombres

a quienes se hace el mal se tornan peores debido a los sentimientos propios del hombre?

POLEMARCO.—Ello no admite contradicción.

SOCRATES.—¿No es la justicia un sentimiento propio del hombre?

POLEMARCO.—Ciertamente.

SOCRATES.—Es también evidente, caro amigo, que los hombres a quienes se hace mal se tornan más injustos.

POLEMARCO.—Así parece.

SOCRATES.—Un músico, por virtud de su arte, ¿puede convertir a cualquiera en un ignorante de la música?

POLEMARCO.—Eso es imposible.

SOCRATES.—¿Puede un maestro de equitación, por virtud de su arte, inhabilitar a alguien para montar a caballo?

POLEMARCO.—Imposible.

SOCRATES.—¿Puede el hombre justo, por razón de su sentimiento de justicia, convertir a otro en un hombre injusto? En general ¿pueden los buenos, por razón de su virtud, convertir en malos a los otros?

POLEMARCO.—Eso no puede ser.

SOCRATES.—Porque la acción de enfriar no me parece ser efecto del calor, sino de lo contrario al calor.

POLEMARCO.—Evidentemente.

SOCRATES.—La humedad no es efecto de un ambiente seco, sino del agente contrario.

POLEMARCO.—Sin duda alguna.

SOCRATES.—El efecto del bien no es tampoco el de causar perjuicio, sino el efecto de lo que es contrario al bien.

POLEMARCO.—Ciertamente.

SOCRATES.—Pero el hombre justo es bueno.

POLEMARCO.—Ello no admite contradicción.

SOCRATES.—No es, pues, propio del hombre justo el mortificar a sus amigos, ni a nadie, acto que corresponde a su antítesis, es decir, al hombre injusto.

POLEMARCO.—Paréceme, Sócrates, que tienes completa razón.

SOCRATES.—De suerte que si alguien dijese que la justicia consiste en dar a cada cual lo que le corresponde, ello implicaría que el hombre justo sólo debe hacer el mal a sus enemigos, así como el bien a sus amigos; pero no es ese el lenguaje de un hombre sensato, porque no está conforme con la verdad, y acabamos de ver que no es nunca justo causar perjuicio a nadie.

POLEMARCO.—Convengo en ello.

SOCRATES.—Y si alguien se atreve a sostener que máxima

semejante ha sido expuesta por Simónides, por un Bias, o por un Pítaco, o por cualquier otro sabio, tú y yo lo negaríamos.

POLEMARCO.—Estoy pronto a sostener la lucha contigo.

SOCRATES.—¿Sabes tú de quién es esa máxima de que es justo hacer el bien a sus amigos y el mal a sus enemigos?

POLEMARCO.—¿De quién?

SOCRATES.—Creo que esa máxima ha sido expuesta por Periandro (1), por Perdicas de Jerjes (2), por Ismenio el Tebano (3), o por cualquiera otro rico personaje embriagado de poder.

POLEMARCO.—Dices bien.

SOCRATES.—Pero si la justicia no consiste en eso, ¿quién nos dirá en qué consiste?

(1) Tirano de Corinto.
(2) Rey de Macedonia, padre del rey Arquelao.
(3) Poderoso ciudadano de Tebas.

Literatura

DEMOCRACIA CRIOLLA

POR RUFINO BLANCO-FOMBONA

EL PUEBLECITO de Camoruco es la puerta de los Llanos. La carretera parte el pueblo en dos, recta y clara, como la crencha en la cabeza de un elegante. El pueblucho, tendido en la sabana, consiste en dos hileras de casas a lo largo del camino. Las casucas, en ringla, a las veras de la vía, se asoman como a ver al caminante. Parecen una doble fila de golondrinas asoleándose en dos alambres paralelos del telégrafo.

Cerca del pueblo corre el Guárico, copiosa regadora de la pampa, en cuyas arenas duerme la raya; a cuya orilla sestean, entreabierta la boca, los perezosos caimanes.

Las lluvias de invierno fertilizan la sabana, quemada en el verano del sol. Verdea la hierba con la lluvia invernal; rebosan los abrevaderos, y la piel de los caballos y de los toros salvajes se torna lucia. Pero esas lluvias, al mismo tiempo que un bien, causan al hombre un mal. Depositadas en la llanura, forman pozos, y primero que el padre sol las evapore, se convierten en criaderos de mosquitos palúdicos. Y de esos mortales pozos emerge la malaria con todas sus ponzoñas; la malaria que anemia la sangre, florece de úlceras el cuerpo, y mina, hasta la destrucción, los organismos.

Por eso los habitantes de Camoruco son, en su mayoría, de una palidez mortal.

*

Era época de elecciones. Se trataba de elegir al presidente del Estado. Circunstancias de la política interesaban a buena parte de la República en aquella elección de un mero prefecto, de un gobernador seccional.

"El Faro," periodiquillo fundado *ad hoc*, y del cual apenas vieron la luz dos ediciones, decía en su primer número: "Quizás por la primera vez en Camoruco, las elecciones dejarán de ser la obra de un grupo de politicastros, fabricantes de votos; por la primera vez acaso en Camoruco hilarán la tela eleccionaria las manos limpias del pueblo."

Los candidatos se reducían a dos.

La víspera de votar, los cabecillas o directores, ricos ganaderos, aportaban al vecino pueblo, al pueblo que servía de centro a los hatos comarcanos, nubes de peones, trabajadores sufridos, buenos y simples llaneros, ignorantes de todo, hasta de la función electoral que iban a practicar al día siguiente.

Esos peones, traídos como recuas, eran los ciudadanos, es decir, los votantes. El traje de la mayor parte consistía en un pantalón de dril y una camisa listada. En los pies, alpargatas; en la cabeza, el sombrero cogollo de alas tendidas y el "pelo de guama" azafranado; a la cintura, terciada como un tahalí, la "cobija" azul y roja; el nunca desamparado machete, el arma del campesino, en la diestra mano, como un bastón.

Algunos, cloróticos, palúdicos, ulcerados, cadavéricos, gente de hospital, tenían algo de fantoches macabros. Otros, buena parte, de estatura medianeja, musculosos, bronceados del sol y de la sangre mestiza, recordaban a los llaneros clásicos, a los genuinos llaneros del Apure y del Arauca, a los terribles centauros del general Páez, en los ejércitos de Bolívar, a aquellos épicos llaneros que tomaban los barcos españoles a caballo, a punta de lanza, que arremetían en número de ciento cincuenta contra siete mil soldados de Morillo, como en las *Queseras del medio*, a aquellos héroes de nuestras pampas, que viven en la historia, en el lienzo, en el romance, en la epopeya y, sobre todo, en la imaginación popular.

Los partidos eran dos, como los candidatos. El interés de cada jefe de partido. estribaba en reunir el mayor golpe de gente posible. De este modo obtendría, para su candidato, el triunfo numérico de votos, a la mañana siguiente, en la plaza pública.

En Camoruco se acuarteló cada bando en su distrito: el uno al Norte, el otro al Sur del poblacho. Como a cada momento llegaban nuevas recuas de peones, los cabecillas se espiaban mutuamente los ingresos de votantes.

—Anda, fulano, solían decir a algún peón de confianza; anda y échales una ojeada a esos pendejos.

Algunos *leaders* explicaban, de grupo en grupo, en qué consiste la función de elegir el pueblo a un ciudadano.

Pero los rústicos manifestaban, a pesar de la explicaciones, cierto recelo. Muchos creían que se trataba de un alzamiento en armas contra el Gobierno. En uno de los grupos, mayormente, la desconfianza ganaba terreno. Se sostenían conversaciones curiosas.

—¡Elecciones! — exclamaba un vaquero, rechoncho y moreno como un chorizo; — muy pronto escucharemos: ¡pum! ¡pum! ¡Y a estacar cueros!

A este buen humor lúgubre, ante la tragedia probable, otro vaquero añadía:

—Sí; ya no tarda aquello de "muchachos, dos tiros y al machete."

La frase les era a todos familiar, y muchos sonreían con amargura al recuerdo de aquella expresión: "muchachos, dos tiros y al machete." Tal era la voz de los oficiales revolucionarios al tiempo de la pelea.

Careciendo por lo general de pertrechos, los revolucionarios disparan uno o dos tiros y corren al arma blanca sobre los batallones enemigos. Los máuseres del Gobierno producen pronto su estrago, y el campo queda cubierto en minutos de cadáveres de insurrectos. Pero los pocos rebeldes que llegan con vida al batallón, vengan a los caídos. En la lucha cuerpo a cuerpo, el máuser, según los guerrilleros, no ayuda, sino estorba, al infante, y contra el machete iracundo no vale bayoneta, no vale nada, morir o correr.

De ahí la impresión que produce la frase del vaquero: "muchachos, dos tiros y al machete."

—A mí lo que me disgusta, expresaba un peón, es que no le digan a uno la verdad. Si vamos a la guerra, vamos; pero que no nos lo oculten.

Todos convenían en que el quejoso estaba en lo cierto. Sabiendo la verdad, pudieran, al menos, despedirse de sus mujeres, de sus hijos, de sus madres.

—Es que lo creen a uno gallina.

—No, gallina no, sino pájaro.

—Sí; no temen que corramos a escondernos como gallinas o mujeres, sino que "cantemos" al comisario o al jefe civil; que les denunciemos el alzamiento.

Cierto mulato ya provecto, la cabeza grisácea, la frente partida por una cicatriz honda como una zanja, empezó a conciliar ánimos.

—Estas cosas se hacen así, muchachos. El 92, cuando nos alzamos en *El Totumo* con el general Crespo...

Y se engolfó en sus recuerdos militares. Se le oía con agrado. El viejo llanero era un *causer*.

Uno de los *leaders*, desde lejos, empezó a llamar al anciano llanero charlador:

—¡Eh, Ramón, viejo Ramón!

Y el viejo Ramón, antes de acudir, terminó su relato, abreviándolo:

—Entonces entramos en Villa de Cura. El general Crespo, cuando vió al general Zuloaga, tendido muerto al pie de una trinchera, exclamó: *¡Pobre hombre! ¡Qué guapo era!*

El cacique llamaba de nuevo:

—Véngase acá, viejo Ramón.

Se trataba de que el viejo Ramón hiciese comprender "a los muchachos," y comprendiese él mismo, que no era aquél asunto de guerra, sino de elegir presidente de Estado.

La tarde comenzó a caer. La noche batía sus alas de sombra sobre la campiña. La obscuridad corría sus cortinajes de terciopelo fúnebre sobre la llanura verde, sobre la carretera, amarillenta en parte, a trechos colorada, sobre el azul radioso del cielo.

Empezaban a oírse, a distancia, los ruidos de la noche: soplos de brisa, mugidos de vacas, canto de grillos, croar de ranas.

Las despertadas estrellas agujereaban las primeras sombras, y descendían a lavarse los ojos luminosos en el Guárico. Y, reflejando el oro de las estrellas, el Guárico se deslizaba en la noche, dulcemente, dorado como un Pactolo.

El pueblecito de Camoruco se despierta con el alba; pero también cierra los ojos cuando empiezan a abrir los suyos las estrellas.

Suenan las ocho... Camoruco se recoge; Camoruco va a dormir. Solamente en los cuarteles de los bandos sigue escuchándose, ya el rasgueo de una guitarra, ya la quejumbre de un galerón.

Las botellas han circulado profusamente por la tarde, y esa inquietud, y ese desvelo, y esa guitarra quejosa y el plañir de ese canto, no son sino el aguardiente llanero que, cuando no es feroz, es melancólico, y si no vierte sangre, vierte lágrimas.

Las coplas cruzan el aire:

Dos besos tengo en el alma
Que no se apartan de mí:
El último de mi madre
Y el primero que te dí.

En la puerta de la cárcel
Hay escrito con carbón:
"Aquí el bueno se hace malo
Y el malo se hace peor."

De pronto, uno de los *leaders* se presentó ante el grupo de cuyo centro surgía el canto.

—A ver, uno que quiera ir a echar un vistazo por allá.

"Por allá," era el otro bando. Mil voces respondieron:

—Yo.

—Yo.

—Yo.

El escogido fué un pastor de algunos veinticinco años, moreno, robusto, lampiño, los ojos pequeñitos y negros como dos paraparas.

Entonces empezaron los chistes despechados de los pospuestos.

—¡Cómo envían esa vaca!

—Llora, sabes, cuando quieras que vayamos a defenderte.

—Aquí hay una señora que puede acompañarte.

El cabecilla intervino:

—Calma, señores, calma. Y a dormir todo el mundo. Mañana venceremos al enemigo.

A pesar de la presencia del cacique, el muchacho electo repuso tres o cuatro groserías a sus compañeros, y partió.

Por el camino fué pensando:

—¿Qué imaginarán esos sinvergüenzas? ¿Que mañana venceremos al enemigo? ¡Ojalá fuera esta noche la trifulca! Piensan que tengo miedo. Lo que tengo es paciencia para oírlos. ¡Canallas!

El camino estaba desierto. La sombra lo cubría todo. El muchacho caminaba pensativo. Empezó a caer una fina lluvia. De lejos, de muy lejos, llegaron al espía, en las alas pluviosas de la brisa, rachas de música.

Era que también los del bando contrario se divertían.

El llanerito volvió a pensar en las burlas de sus compañeros y rugió:

—¡Canallas!

De repente le pareció distinguir un bulto en la sombra, y se puso en acecho. El bulto adelantaba en sentido contrario al llanerito. Ya muy cerca, reconoció el muchacho a un viejo del bando enemigo. El mozo y el viejo se encontraron.

—¿A dónde va, viejo?

—Cogiendo fresco por aquí.

—¡Cogiendo fresco! Usted es un espía. Y va a espiarnos.

—Espía será tu madre, sinvergüenza.

No hubo más. Los machetes tajaron la sombra, y el anciano quedó tendido en el fango, bajo la lluvia, muriéndose como un perro, la cabeza partida en canal.

El muchacho corrió a su jefe y relató, en presencia de todos, lo ocurrido, no sin cierta jactancia.

Matar a un viejo, dijo uno; ¿por qué no matar a una vieja?

El cacique censuró rudamente al llanerito.

—Has cometido un crimen, un crimen inútil. Te perseguirán. Yo nada puedo hacer por ti; anda, coge el monte.

El vaquero se desconcertó. ¿Cómo irse al monte, darse a huír como una fiera? ¡Luego era verdad que aquello era un crimen! Pero diablos, ¿no se trataba de un enemigo?

—Una voz benévola dijo:

—Vete, fulano; yo avisaré en tu rancho.

Y el muchacho partió, recatándose en la sombra, bajo la lluvia sutil.

La huída lo denunció. A la postre, cansado de vivir una vida trashumante y azarosa, se presentó "a la justicia." Y la mañana en que lo sentenciaron, cuando se vió irremisiblemente condenado a presidio, se echó a llorar el pobre llanero delante de todo el mundo, murmurando:

—Pero, ¿no se trataba de vencerlos? ¿No eran enemigos?

LECTURAS ESCOLARES

POR GABRIELA MISTRAL

LA CHARCA

ERA una charca pequeña, toda pútrida. Cuanto cayó en ella se hizo impuro. Las hojas del árbol próximo, las plumillas de un nido, hasta los vermes del fondo, más negros que los de otras pozas. En los bordes, ni una brizna verde.

El árbol vecino i unas grandes piedras la rodeaban de tal modo, que el sol no la miró nunca, ni ella supo de él en su vida.

Mas, un buen día, como levantaran una fábrica en los alrededores, vinieron obreros en busca de las grandes piedras.

Fué esto en un crepúsculo. Al día siguiente, el primer rayo cayó sobre la copa del árbol i se deslizó hacia la charca.

Hundió el rayo en ella su dedo de oro, i el agua, negra como un betún, se clareó, fué rosada, fué violeta, tuvo todos los colores: ¡un ópalo maravilloso!

Primero, un asombro, casi un estupor, al traspasarla la flecha luminosa; luego un placer desconocido mirándose transfigurada; después... el éxtasis, la callada adoración de la presencia divina descendida hacia ella.

Los vermes del fondo se habían enloquecido en un principio por el trastorno de su morada; ahora estaban quietos, perfectamente sumidos en la contemplación de la placa áurea que tenían por cielo.

Así, la mañana, el mediodía, la tarde. El árbol vecino, el nido del árbol, el dueño del nido, sintieron el estremecimiento de aquel acto de redención que se realizaba junto a ellos. Esa fisonomía de la charca, toda gloriosa, se les antojaba una cosa insólita.

I al descender el sol, vieron una cosa más insólita aún.

La caricia cálida fué, durante todo el día, absorbiendo el líquido impuro lenta, insensiblemente. Con el último rayo subió la última gota. El hueco gredoso quedó abierto, como la órbita de un gran ojo vaciado.

Cuando el árbol i pájaro vieron correr por el cielo una nube flexible i algodonosa, nunca hubieran creído que esa gala del aire fuera su camarada, la charca de vientre impuro.

Para las demás charcas de aquí abajo ¿no hai obreros providenciales que quiten las piedras ocultadoras del sol?

EL CARDO

Una vez un lirio de jardín, de jardín de rico, preguntaba a las demás flores por Cristo. Su dueño, pasando, lo había nombrado al alabar su flor recién abierta.

Una rosa de Sarón, de viva púrpura, contestó:

—No le conozco. Tal vez sea un rústico, pues yo he visto a todos los príncipes.

—Tampoco lo he visto nunca—agregó un jazmín menudo i fragante—, i ningún espíritu delicado ha dejado de aspirar mis pequeñas flores.

—Tampoco yo—añadió todavía la camelia, fría e impasible. Será un patán; yo he estado en el pecho de los hombres i las mujeres hermosas....

Replicó el lirio:

—No se me parecería si lo fuera, i mi dueño lo ha recordado al mirarme, esta mañana.

Entonces la violeta dijo:

—Uno de nosotros hai que sin duda lo ha visto: es nuestro pobre hermano el cardo. Vive a la orilla del camino i conoce a cuantos pasan, i a todos saluda con su cabeza cubierta de ceniza. Aunque humillado por el polvo, es dulce, como que da una flor de mi matiz.

—Has dicho una verdad—contestó el lirio—. Sin duda el cardo conoce a Cristo; pero te has equivocado al llamarlo nuestro. Tiene espinas i es feo como un malhechor. Lo es también, pues se queda con la lana de los corderillos cuando pasan los rebaños.

Pero, dulcificando hipócritamente la voz, gritó, vuelto al camino:

—Hermano cardo, pobrecito hermano nuestro, el lirio te pregunta si conoces a Cristo.

I vino en el viento la voz, cansada i como rota, del cardo:

—Sí; ha pasado por este camino i le he tocado los vestidos, yo, un triste cardo!

—¿I es verdad que se me parece?

—Sólo un poco, y cuando la luna te pone dolor. Tú levantas demasiado la cabeza. El la lleva un poco inclinada; pero su manto es albo como tu copo i eres harto feliz de parecértele. Nadie lo comparará nunca con el cardo polvoroso.

—Di, cardo, ¿cómo son sus ojos?

El cardo abrió en otra planta una flor azul.

—¿Cómo es su pecho?

El cardo abrió una flor roja.

—Así va su pecho—dijo.

—Es un color demasiado crudo—, dijo el lirio.

—¿I qué lleva en las sienes por guirnalda cuando es la primavera?

El cardo elevó sus espinas.

—Es una horrible guirnalda—dijo la camelia—. Se le perdonan a la rosa sus pequeñas espinas; pero esas son como las del cactus, el erizado cactus de las laderas.

—¿Y ama Cristo?—prosiguió el lirio, turbado. —¿Cómo es su amor?

—Así ama Cristo—repuso el cardo, echando a volar las plumillas luminosas de su corola muerta hacia todos los vientos.

—A pesar de todo—dijo el lirio—, querría conocerle. ¿Cómo podría ser, hermano cardo?

—Para mirarlo pasar, para recibir su mirada, haceos cardo del camino—respondió éste. El va siempre por las sendas sin reposo. Al pasar me ha dicho: "Bendito seas tú, porque floreces entre el polvo y alegras la mirada febril del caminante". Ni por tu perfume se detendrá en el jardín del rico, porque va oteando en el viento otro aroma: el aroma de las heridas de los hombres.

Pero ni el lirio, al que llamaron su hermano; ni la rosa de Serón, que él cortó de niño, por las colinas; ni la madreselva trenzada, quisieron hacerse cardos del camino, i como los príncipes i las mujeres mundanas, que rehusaron seguirle por las llanuras requemadas, se quedaron sin conocer a Cristo.

EL NIDO DE AGUZANIEVES

POR SELMA LAGERLOF

HATTO el ermitaño oraba a Dios en el desierto. Era un día de tempestad: la luenga barba y la cabellera hirsuta flotaban alderredor de su cara como mechón de hierbas en lo alto de una vieja ruina; pero Hatto no hacía el menor movimiento para apartar los cabellos de sus ojos o sujetar su barba a la cintura, pues sus brazos estaban levantados al cielo. Desde el alba alzaba los brazos peludos y nudosos tan infatigablemente como un árbol tiende sus ramas, y parecía estar dispuesto a permanecer así hasta el anochecer.

Era un hombre que había aprendido a conocer la maldad de los hombres. El mismo había sido perseguido y atormentado; pero los tormentos y persecuciones que había sufrido eran superiores a lo que su corazón podía soportar. Habíase retirado, pues, al páramo enorme, cavando en la arena de la orilla del río una especie de cueva, donde llegó a ser un santo cuyas oraciones subían hasta el trono de Dios.

Hatto el ermitaño rezaba delante de la caverna la gran oración de su vida. Pedía a Dios que hiciera brillar el día del juicio sobre esta tierra maldita. Llamaba a los ángeles que con las trompetas sonoras anunciarán el fin de este reino del pecado; pedía los torrentes de sangre que ahogarán las iniquidades del mundo; llamaba a la peste que llenará los cementerios.

A su derredor el erial se extendía desierto y lóbrego y el huracán soplaba como una prodigiosa amenaza sobre la desnuda tierra; pero un poco más arriba crecía un viejo sauce de tronco enano y corto, que formaba en su extremidad un grueso nudo del que partíau haces de verdes ramas. Cada otoño los habitantes de la planicie lo despojaban de su fresco ramaje, y cada primavera el árbol lanzaba nuevos y flexibles retoños que los días de gran viento se agitaban como la cabellera y la barba de Hatto el ermitaño.

La pareja de aguzanieves que había acostumbrado hacer ahí su nido, quería ese mismo día comenzar a construirlo: llegaba con briznas de paja, fibras de raíz de junco del pasado estío; pero entre los ramajes que crujían azotados por el viento, los pájaros no hallaban ninguna seguridad, y después de muchos vuelos se vieron obli-

gados a regresar. Fué entonces cuando se dieron cuenta del viejo Hatto que pedía a Dios que la tempestad aumentara y barriera así el nido del pajarillo como el de águila.

Seguramente las gentes de hoy se afligirán al pensar cómo un viejo ermitaño de aquel tiempo podía estar nudoso, negro y mohoso, y cuán poco se parecía a un hombre. La piel restirada sobre la frente y los carrillos, le daba el aspecto de una cabeza de muerto, en la que sólo al fondo de las órbitas dos pequeños destellos luminosos indicaban aún la vida. Los músculos desecados se untaban alderredor de sus miembros, y sus brazos no eran más que largos huesos cubiertos de una corteza de carne áspera y arrugada. Llevaba un viejo hábito negro muy ceñido. Tostado por el sol y ennegrecido por el lodo, sólo sus cabellos y su barba eran claros; el sol y la lluvia les había dado los mismos tonos verde. y gris que tiene el envés de las hojas del sauce.

Los pájaros, que buscaban un lugar para su nido, tomaron a Hatto el ermitaño por otro sauce igualmente viejo, al que un hachazo había destruído en su avance hacia el cielo. Volaban, se alejaban, volvían, giraban y daban vueltas a su derredor, tomando puntos de referencia; calcularon su situación con respecto a las aves de rapiña y a las tempestades, y la hallaron poco favorable; pero la proximidad del río y de los cañaverales, su almacén de provisiones y su leñera, los decidió. Una de las aguzanieves se arrojó como flecha a la mano levantada de Hatto y depositó su fibra de raíz.

La tempestad soplaba y la pequeña brizna se voló. Pero los aguzanieves regresaron e intentaron insertar los armazones de su nido entre los dedos callosos del viejo ermitaño. De improviso un pulgar grueso y rudo se colocó sobre las briznas de hierba con objeto de detenerlas y cuatro dedos encorvándose encima de esa mano formaron como un tranquilo nicho donde los pájaros podían establecerse.

Y Hatto continuaba sus oraciones: "Oh Señor, ¿dónde están tus nubes de fuego que asolaron a Sodoma? ¿Cuándo lanzarás las celestes cataratas que elevaron el Arca de Noé hasta las cumbres del Ararat?"

Y en el cerebro calenturiento del anacoreta surgieron las visiones del Juicio Final. El suelo temblaba, el firmamento se enrojecía; pero mientras esas visiones fúnebres fascinaban su alma, sus ojos principiaron a seguir el vuelo de las aguzanieves que revolaban sin cesar y que en cada vuelo, lanzando un ligero pío de satisfacción, consolidaban su nido con una nueva brizna de hierba.

El anciano no se movía, pues para constreñir al Señor a oír sus ruegos, había hecho voto de permanecer inmóvil y en oración desde el alba hasta la noche. Y a medida que su fatiga aumentaba, sus sueños de visionario se avivaban. Oía estruendos de casas que se derrumban y de muros desplomados. Multitudes despavoridas y voci-

ferantes pasaban ante sus ojos, perseguidas por los ángeles de la destrucción, ángeles de rostro terriblemente bello, acorazados de plata y oro y galopando en negros caballos, con relámpagos por látigos.

Las pequeñas aguzanieves continuaban construyendo y fabricando sin cesar. Para nada les faltaban los materiales sobre el páramo, donde crecían grupos de árboles secos, y cerca del río bordeado de juncos y carrizos. Y sin tomar el descanso del medio día, antes de entrar la noche, llegaron al techo de su construcción. Pero antes de que llegara la noche, Hatto, cuyos ojos habían seguido a las aves mucho tiempo, se interesó en su trabajo: las reprendía por su lentitud, se indignaba de las rachas de viento que entorpecían su tarea y, ciertamente, no hubiera tolerado que descansaran. El sol se puso y los pájaros tornaron a los carrizales del río.

Luego que amaneció, las aguzanieves creyeron que los acontecimientos de la víspera no habían sido sino un dulce sueño. Habían tenido ocasión de determinar sus puntos de referencia, volando en todos sentidos, elevándose hacia el cielo y escudriñando con la vista la inmensidad del páramo: el nido y el árbol habían desaparecido. Se colocaron sobre dos piedras que sobresalían del agua y se pusieron a discutir el caso, agitando las cabecitas y sacudiendo sus largas colas. Pero el sol no se había levantado a una altura mayor de una mano sobre la otra ribera, cuando su árbol vino a colocarse en el mismo lugar de la víspera. Era él sin duda: como siempre, nudoso y negro y levantando el nido en su especie de rama tosca y truncada. Y las aguzanieves reanudaron su trabajo sin ocuparse más tiempo en profundizar las maravillas de que la naturaleza es tan rica.

Hatto el ermitaño, que espantaba de la caverna a los chiquillos y que les gritaba que hubiera sido mejor que nunca hubieran nacido, este Hatto de quien los campesinos temían les hiciera *mal de ojo*, cuidaba de no hacer nada que pudiera espantar o molestar a las pequeñas aguzanieves. Sabía que en las cosas que Dios permite en la naturaleza, sucede lo mismo que en todas las sílabas de la Biblia: cada una tiene su sentido misterioso y místico. Y había descubierto lo que significaba aquel nido comenzado a edificar entre sus dedos. Era evidentemente la promesa de Dios de que si permanecía en oración, con los brazos levantados hasta que los pájaros hubiesen incubado a sus hijuelos, su plegaria sería oída y el mundo destruído.

Ese día, sin embargo, fué menos asaltado por visiones lúgubres. Sus ojos apenas se separaban del trabajo de los pájaros. Veía terminarse el nido, hacer experiencias a los pequeños arquitectos y a guisa de aplanado y pintura, pegar al exterior algunos líquenes recogidos en el verdadero sauce. Cuando fué preciso pensar en amueblarlo y en instalarse, buscaron el vello de las plantas más

sedosas y la aguzanieves arrancó algunos de sus plumones para rellenar mejor el interior de su casa.

Los campesinos que temían el funesto poder de las oraciones del ermitaño, procuraban aplacar su cólera llevándole pan y leche. Y ese día lo encontraron de pie, los brazos levantados y el nido en la mano: *¡Mirad,* dijeron, *cómo ama a los pajarillos ese santo hombre!* y no le temieron más; levantaron hasta su boca el cántaro de la leche y colocaron pedazos de pan en sus labios. Cuando Hatto hubo comido y bebido, despidió a los hombres con ásperas palabras; pero ellos no respondieron a las maldiciones sino con bondadosas sonrisas.

Desde hacía mucho tiempo su cuerpo era ya esclavo de su voluntad. Con maceraciones y ayunos, con genuflexiones de todo un día e insomnios de toda una semana, lo había reducido a la obediencia. Sus músculos de fierro sostuvieron los brazos rígidos días y días, y cuando la aguzanieves no dejó el nido para nada, ni siquiera volvió al anochecer a acostarse en su caverna, sino que durmió sentado y con los brazos tendidos hacia el cielo. Nunca un anacoreta en el desierto hizo sacrificios más duros.

Se había habituado a esos ojillos inquietos que le miraban por encima del borde del nido y los protegía contra la lluvia y el granizo.

Y he aquí que un día la aguzanieves se levantó y saltó sobre el frágil muro y presto se reunió con el macho que temblaba de gozo. Los dos celebraron consejo regocijadamente, mientras el nido se llenaba de píos desesperados. Un momento después se lanzaron él y ella a una caza desenfrenada de moscas y mosquitos. Y a medida que las moscas y los mosquitos atrapados eran llevados al nido, los píos aumentaban, a tal punto que el piadoso ermitaño perdió el hilo de sus oraciones. Entonces, lentamente, lentamente, con las articulaciones que habían casi perdido el poder de funcionar, sus brazos se abatieron y sus ojos de ascua se hundieron en el nido tumultuoso. Jamás había visto nada tan lastimosamente feo y miserable: pequeños cuerpos desnudos, sin ojos, sin alas, pero seis grandes picos, ampliamente abiertos. Recibió una extraña impresión; pero tal como estaban, sintió por ellos una infinita ternura. De aquí en adelante, al rogar a Dios que salvara al mundo por la devastación, hizo una silenciosa excepción en favor de esos pequeños seres sin defensa. Y cuando las campesinas le llevaban alimentos, no volvió más a agradecérselos con deseos de muerte. Se sentía satisfecho de que no lo dejaran morir de hambre,. puesto que su vida era necesaria a la nidada que piaba en su mano.

Luego, seis cabezas redondas se estiraban todo el día sobre los bordes del nido. Y cada vez más frecuentemente los brazos del viejo Hatto descendían hasta sus ojos. Veía las plumas que brotaban de la piel roja, los ojos que se abrían y la forma del cuerpo que prin-

cipiaba a redondearse. Y de sus labios la oración se elevaba siempre más vacilante. Dios le había prometido, estaba seguro, que la destrucción sobrevendría luego que los hijuelos de las aguzanieves supieran volar. Y entretanto buscaba pretextos, pues le parecía imposible inmolar a esos pequeños seres cuya eclosión había protegido. Hasta entonces nada había existido fuera de él, y el amor de los débiles y los humildes, insinuándose en su corazón, lo hacía vacilar. Por momentos hubiera querido arrojar toda la nidada al río. ¿Qué cosa más hermosa que morir sin haber conocido el dolor y el pecado? Hubiera salvado así a esas pobres criaturas de las aves de rapiña, del hambre, del frío, de todos los peligros de la vida. Pero mientras pensaba en esas cosas, un gavilán se arrojó sobre las pequeñas aguzanieves y Hatto no tuvo tiempo más que para agarrar al rapaz con la mano izquierda y arrojarlo del lado del río.

Al fin llegó el día en que los pequeñuelos debieran aprender a volar. Una de las aguzanieves se esforzaba en colocarlos al borde del nido, mientras la otra volaba en todo el derredor para demostrarles cuán fácil era y cómo bastaba con intentarlo. Pero los pequeños tenían miedo y se negaban. Entonces los dos padres desplegaron a la vista de su prole todos los recursos de su arte: volteaban y viraban con un brusco golpe de alas, o como las alondras, se elevaban en línea recta hacia el cielo y se sostenían inmóviles en el aire, con las alas violentamente trémulas. Los pequeños se negaban siempre. Y Hatto el ermitaño no resistió a la tentación de intervenir y les dió con el dedo un ligero capirotazo y ¡he ahí el asunto resuelto! Fuera del nido, batiendo y golpeando el aire a manera de murciélagos, vuelan con torpe ala, se derriban, caen, se levantan y se valen de sus primeros conocimientos para volver a ganar su morada lo más pronto posible. Los padres llegan arrogantes y gozosos y el viejo Hatto sonríe de contento: para algo había servido.

Sonrió, y después se preguntó seriamente si Dios no tendría otro propósito que violar su promesa... ¿Quién lo sabe? Dios, el Padre, tenía acaso esta tierra en la mano derecha como un nido de pájaros y tal vez había acabado por amar a todos los que en ella viven. Y en el momento de aniquilarla, acaso experimentaba por ellos la misma piedad que el solitario del páramo por los pajarillos. Los pájaros valían más seguramente que los hombres, pero Hatto comprendía igualmente que Dios podría sentir que su corazón se apiadaba de la especie humana.

Al día siguiente el nido estaba vacío y la amargura y la soledad invadían el alma del solitario. Lentamente el brazo bajaba a su costado y le parecía que toda la naturaleza contenía el aliento en espera de las trompetas del Juicio Final. Pero en ese momento las aguzanieves retornaron colocándose familiarmente sobre su cabeza y sus hombros. Y la luz se hizo en el cerebro turbado del viejo anacoreta. ¡El, que había ofrecido permanecer inmóvil, había

bajado los brazos! ¡Cuán poco se había fijado en eso! Cada día había abatido los brazos para mirar el nido. Y en pie, mientras que los seis pequeñuelos revolaban y jugaban a su derredor, meneaba la cabeza dirigiéndose a un sér invisible: *"¡Estás relevado de tu promesa,* dijo, *estás relevado! ¡Yo no he cumplido con mi palabra y no tienes obligación de sostener la tuya!"*

Y le pareció entonces que las montañas cesaban de temblar y que el río se extendía tranquilo en su lecho, con una inmensa seguridad...

Conocimientos Prácticos

SANTO DOMINGO

POR SALOMON DE LA SELVA

LA ISLA de Santo Domingo, que se dividen la República Dominicana y la República de Haití, está en el Mar Caribe y es, con Cuba, Puerto Rico y Jamaica, una de las Antillas Mayores. Su forma parece la de una tortuga con patas, cabeza y cola fuera de la concha. Su formación geológica puede ser una terminación de Venezuela. Lazos históricos también la unen con ese país. Los antepasados de Bolívar, el Libertador, que vinieron de España a América, tuvieron su primer hogar americano en Santo Domingo. Y la forma del español que se habla en esa República isleña, corresponde a la venezolana, como la forma mexicana corresponde a la de Centroamérica, que es en efecto una prolongación de México.

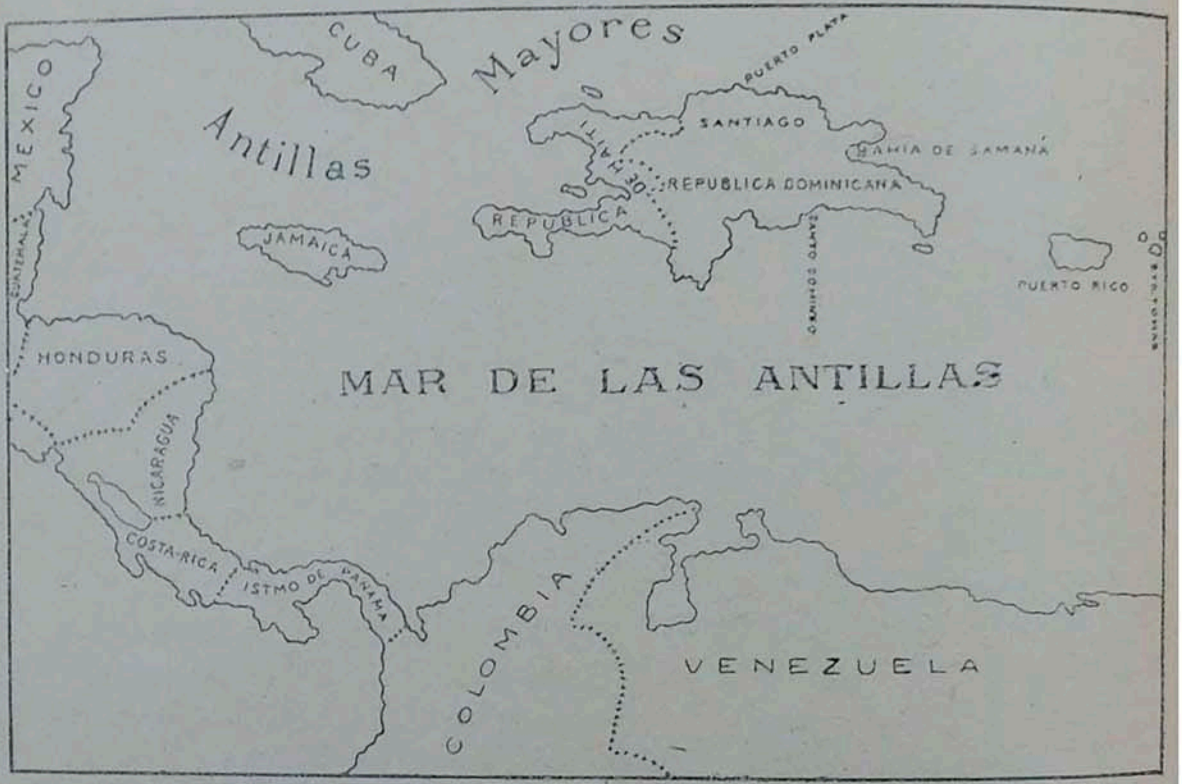
La superficie de la isla es de entre 77 a 78 mil kilómetros cuadrados, de los cuales unos 28 mil corresponden a la República de Haití y el resto a la Dominicana. Los límites entre ambos países no están aún definidos satisfactoriamente para ambas partes. La figura de la isla es muy irregular y su contorno forma varias penínsulas que a su vez comprenden numerosas bahías admirables para bases navales, y por eso, afirma el *Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano*, son "grandemente codiciadas por los norteamericanos."

La población de Haití la forman negros en su mayor parte, y su idioma es el francés. En la República Dominicana el idioma es el español; predomina la raza blanca, y hay también, además de sangre africana, mucha sangre india. En el interior del país, que está casi sin explorar ni explotar, existen pueblos de indígenas, descendientes de los hombres que encontró Colón, cuando, en 1492, descubrió esa isla, a la cual dió el nombre de Española.

El cronista Juan López de Velasco, que escribió por 1571, dice de lo que es hoy la República Dominicana que, "por sus cualidades

y por haber sido primera en su descubrimiento y población, anti guamente fué como principio y cabeza de todas las demás India del Mar Océano," y que "tuvo en su distrito a Yucatán y parte d Tierra Firme (Venezuela) y otras provincias que se iban descu briendo."

Durante los siglos XVI y XVII, corsarios franceses empezaron a establecerse en la parte occidental de la isla, y a substituir co negros a los diezmados indígenas. Hacia fines del XVII España tuvo que reconocer ese territorio como colonia francesa. En 1795 e resto de la isla, lo que es hoy República Dominicana, también pasó



en virtud del tratado de Basilea, al poder francés. A principios del siglo XIX la parte primeramente cedida a Francia declaró su independencia bajo el famoso caudillo negro Toussaint L'Overture. Por esa época, de invasión de España por Napoleón, la parte española de la isla repugnó el dominio francés y se declaró española. Esta reincorporación fué espontánea y duró hasta 1821, en el cual período, llamado de "la España boba," Santo Domingo, aun cuando se consideraba colonia, se rigió por sí misma. En 1821 la parte española también se declaró independiente de España; Haití sostenía que todo el territorio isleño era indivisible, y un año después los blancos de origen español sufrieron una terrible invasión de parte de los antiguos esclavos franceses. A esta lucha de razas se debe

que el progreso tanto social como económico de Santo Domingo se haya retrasado. Los negros mataban, robaban, destruían sin piedad. Innumerables familias huyeron del país, abandonando hogar y hacienda, y muchos nombres ilustres de Cuba, su principal refugio, son de origen dominicano; el nombre de Heredia, por ejemplo. En 1844 logró la antigua colonia española deshacerse por completo del yugo haitiano. En 1861, la nueva República se anexionó

Entrada principal de la Catedral de Santo Domingo, Primada de América

a España otra vez. Duró esta unión sólo cuatro años, y en 1865 se restauró la República Dominicana. La anexión a España carecía de espontaneidad y unanimidad de parte de los dominicanos, quienes en ruda lucha protestaron contra ella hasta lograr una separación definitiva.

En la nueva República existían graves divisiones políticas. Pronto volvió a reinar la anarquía como había reinado en tiempos

anteriores, y como había de reinar, substituida por tiranías o, a largos trechos de tiempo, por buenos pero débiles gobiernos, hasta 1915. Ocurría en Santo Domingo lo que en Centroamérica. Sucediéronse varios presidentes, o caciques con ese título, y hasta hubo dominicanos, de los antiguos anexionistas a España, que pensaron, como lo había pensado antes la República de El Salvador, en una anexión a los Estados Unidos de Norteamérica.

En 1869 y otra vez en 1870, el Presidente Grant, de los Estados Unidos, propuso esa anexión a su Congreso; pero entonces el espíritu imperialista de los norteamericanos no se empeñaba, como ahora, en obtener posesiones insulares, y la anexión fué rechazada. Sin embargo, la bahía de Samaná estuvo en poder de las autoridades navales de los Estados Unidos, por algún tiempo. En 1874 cayó del poder el tirano General Buenaventura Báez y en ese año se extingue por completo toda idea anexionista en Santo Domingo y se solidariza para siempre jamás el invencible espíritu de independencia dominicana.

Los malos o débiles gobiernos, tras la pobreza tristísima en que había quedado el país después de la invasión haitiana, consumaban su fracaso económico. Banqueros norteamericanos facilitaron al Gobierno dominicano empréstitos bajo contratas que contenían artículos de dudosa interpretación. Valiéndose de estos medios y proclamando cariño para el pueblo dominicano, que venía siendo víctima de continuas revoluciones, los Estados Unidos de Norte-América, en 1915, se posesionaron traidoramente de esa República latinoamericana, establecieron en ella un salvaje gobierno militar y obligaron a su Presidente Constitucional a abandonar el país. Esa es todavía la dolorosa condición de la tierra americana más querida del descubridor, patria de Máximo Gómez, libertador, con José Martí, de Cuba; patria también de la primera poetisa latinoamericana, Sor Leonor de Ovando, y de otra gran poetisa de habla española, doña Salomé Ureña de Henríquez.

La República de Haití está en iguales condiciones que la República Dominicana.

Cabe decir aquí que no todo el pueblo norteamericano está de acuerdo con los procedimientos imperialistas de su gobierno, y que fuertes órganos de su opinión, como *The Nation* de Nueva York, abogan incansablemente por la justicia y por los derechos atropellados de los pueblos débiles.

EL BAÑO

ES concedido actualmente por todos, que los baños frecuentes, disfrutados con inteligencia y oportunidad, desempeñan un papel muy importante en la economía de la salud. Toda casa debe estar provista de las comodidades propias para tomar los baños necesarios. Cuando se construye y se amuebla una casa, conviene proveer estos requisitos, aun cuando séa menester privarse de algún objeto de lujo. La imposibilidad de conseguir esas comodidades, no obstante, no excusa el que se desatienda esa necesidad higiénica, pues el agua abunda y puede aprovecharse sin dichas comodidades.

Los siguientes breves informes referentes a la importancia de bañarse frecuentemente, han sido tomados de una buena revista de salud:

"La epidermis, o sea la envoltura superficial que cubre todo el cuerpo, está penetrada en toda su extensión por unas aberturas pequeñas, llamadas poros. En la totalidad de la superficie del cuerpo hay más de dos millones de tales poros. Cada uno de éstos es el orificio externo de un tubo capilar que sirve de caño de desagüe para llevar toda materia gastada, descompuesta y muerta, fuera del cuerpo. Cada uno de estos órganos de purificación está en constante trabajo, a no ser que de algún modo se obstruya la boquilla. Son especialmente activos en verano, y despiden grandes cantidades de sudor, el cual tiene en solución las materias ofensivas.

"Ahora veamos qué es lo que sucede si no hacemos caso al revestimiento natural con que bondadosamente hemos sido dotados. El sudor o transpiración insensible, cargado de impurezas, sale por dos millones de orificios y se extiende sobre la superficie del cuerpo. La parte acuosa se evapora, dejando tras sí todas las impurezas que contenía y que se adhieren a la piel. Esto es lo que sucede el primer día. Al día siguiente se deposita igual cantidad y de la misma manera, formando con lo que se había depositado antes, una capa delgada de suciedad que cubre la piel. El tercer día la cantidad ha aumentado tomando la consistencia del barniz. El cuarto día todo el cuerpo está completamente forrado con una capa cuádruple de inmundicias orgánicas. Desde el quinto día co-

mienza la fermentación, y puede notarse ya un olor acre y desagradable. Al sexto día se agrega material nuevo a la suciedad acumulada, aumentado aún más la intensidad del hedor que se escapa. El punto culminante se alcanza en el séptimo día. El hedor acre y penetrante se hace ya intolerable. El individuo se siente como si se hubiera bañado en miel y vinagre. Al acercarse a los amigos, éstos tratan de ver si no se le ha quedado un pedazo de carroña en el tacón de la bota. Empero, el individuo mismo está inconsciente del mal olor, habiéndosele acostumbrado la nariz a la fetidez; o si acaso lo advierte, hará de cuenta que no viéndole nadie el pellejo, se librará del descubrimiento. Vana ilusión. Toda persona cuyo sentido del olfato no haya sido destruído completamente con el rapé o con un catarro crónico, lo advertirá tan presto, como el perro olfatea la comadreja."

La cara y las manos que se lavan diariamente y a menudo varias veces al día, no necesitan tanto el lavado como las otras partes del cuerpo que se hallan cubiertas con la ropa. La ropa intercepta la luz del sol y el aire, de suerte que las substancias venenosas y las escamas se juntan en la epidermis, se secan y endurecen, y tapan los poros, hasta que uno se siente muy desaseado.—*Rossiter.*

Sea que una persona esté bien o que esté enferma, la respiración es más desahogada y fácil si se acostumbra uno al baño. Por medio de él se hacen más flexibles los músculos; el cuerpo y la mente se desarrollan armónicamente, la inteligencia se abrillanta y todas las facultades tienen mayor animación. El baño es un calmante para los nervios. Promueve la transpiración, aviva la circulación, vence las obstrucciones del sistema y obra con provecho sobre los riñones y los órganos urinarios. Los baños ayudan las funciones del vientre, del estómago y del hígado, dando energía y vida nueva a cada órgano. Facilita también la digestión, y lejos de debilitar el sistema, lo fortalece. Lejos de aumentar la propensión a los resfríos, si se toma el baño como se debe, protegerá contra el resfrío; porque la circulación se mejora y los órganos uterinos, que se hallan más o menos congestionados, se alivian, porque la sangre es atraída a la superficie, y una corriente más libre y más regular se establece por todos los vasos sanguíneos.—*La señora E. G. White.*

"Al descuidar el baño diario los poros se tapan; los desperdicios y materias gastadas y fétidas, en vez de ser eliminadas, son en parte reabsorbidas, convirtiéndose en causa prolífica de enfermedades.

"Un cutis limpio es una de las condiciones esenciales para la salud y la hermosura, y nada ayuda tanto a ello como la costumbre

de bañarse a menudo y frotarse vigorosamente. Así se mantendrá suave el cutis y vigoroso todo el cuerpo."

Se debe tomar el baño todas las mañanas, a no ser que haya alguna causa física anormal que lo impida. La mejor hora para el baño, que es afortunadamente la mejor para todo el mundo, es en la mañana, antes de vestirse. No es necesario que ese baño sea muy complicado, ni que ocupe más de cinco minutos de tiempo. Un caballero que ha sacado mucho provecho de esos baños matutinos, dijo que su baño consistía de una parte de agua, cuatro partes de frotamiento con una toalla áspera, y cinco partes de frotamiento con la mano. Casi todo el mundo puede darse un baño así y aprovecharse de él. Las personas que se resentirían gravemente con baños fríos de inmersión, pueden casi siempre tomar este baño con gran provecho.

Si hace mucho frío no es necesario quitarse toda la ropa a la vez. Se deja caer hasta la cintura; mójense las manos y salpíquense la cara, los brazos y el cuerpo. El agua no debe ser demasiado fría; siempre que sea fácil obtenerla templada, debe preferirse. En la mayoría de los casos, sin embargo, si se usa muy poca agua, lo frío no causaría ninguna sensación desagradable, ni entrará el frío si se frota uno vigorosamente. Este baño puede durar un minuto, refregándose después vigorosamente con una toalla afelpada muy áspera, hasta quedar seco. Una toalla tersa de algodón o de lino, sirve tanto para secar a uno como el papel abrillantado sirve para secar la tinta.

Así se termina la mitad del baño, conforme a las reglas dadas. Luego vienen las frotaciones de mano. Comenzando con las muñecas, frótense los brazos, el cuello y el cuerpo, suave pero rápidamente, hasta que toda la superficie quede ardiente. Si la temperatura de la pieza es demasiado fría, abríguese uno entonces con una camisa de lana u otro material. Cuídese bien de no tener reacción o resfriarse. Báñese luego el resto del cuerpo de la misma manera. Aunque al principio estos baños tempranos parezcan algo desagradables, en unos pocos días se acostumbra uno tanto que no puede pasarse sin ellos. Este ejercicio es fortificante, estimula la piel, entona todos los órganos y los templa para los trabajos del día; el calor que se desarrolla en el interior del cuerpo quitará el deseo de calentar excesivamente la casa, por medio de fogones, para avivar un sistema entorpecido.

El baño de agua fría, con enérgicas frotaciones de mano, no es suficiente para tener el cuerpo en completo aseo. Debe tomarse al menos una vez por semana un baño caliente o tibio para limpiar bien el cuerpo. Debe usarse una buena clase de jabón de tocador, uno que no perjudique la piel.

El baño neutral de todo el cuerpo, con una temperatura de unos treinta y siete grados, es un calmante excelente para los nervios, después de un día de arduo trabajo intelectual. El baño frío o de frotamiento de mano, es por lo general éstimulante y puede impedir el sueño, mientras que el baño neutral aquieta los nervios y llama el sueño. Llénese bien la tina; cerciórese de que la temperatura sea correcta, y permanézcase tranquilamente en el baño mientras uno se sienta a gusto y descansado.

Los baños fríos estimulan y endurecen a las personas fuertes, las que reaccionan vigorosamente. Aquellos que pueden tomarlos sin malos resultados, hallarán en ellos un preventivo excelente contra los resfriados. Empezando con agua que no sea demasiado fría y desagradable, puede ir bajándose la temperatura hasta que el baño frío sea grato y benéfico. La gente que, debido a la mala circulación y poca resistencia, se resfría y no puede entrar en reacción y sentir un calor fuerte y grato, no debería nunca tomar estos baños. Si no está uno acostumbrado al baño frío, conviene empezar cautelosamente.

SUGESTIONES GENERALES

1. Un frotamiento vigoroso suele ser lo mejor del baño.
2. Si por cualquier motivo no puede uno obtener agua, o si ésta no debe usarse, una frotación en seco con una toalla áspera o la mano desnuda, estimulará la piel y refrescará y fortificará el cuerpo.
3. El baño neutral es el mejor cuando se siente uno cansado física o mentalmente.
4. Nunca debe uno bañarse sino pasadas dos o tres horas después de haber comido.
5. Nunca debe entrarse al baño cuando el cuerpo esté muy caliente. Una zambullida en esa condición, aunque muy agradable, es realmente peligrosa. Siempre se debe mojar la cabeza antes de entrar al agua fría.
6. Acabando de bañarse uno en agua tibia o caliente, es bueno dejar correr el agua fría, para enfriar el baño poco a poco, a fin de cerrar los poros y aminorar el peligro de los resfríos. Este método para enfriar es más suave que el de la regadera fría, la ducha o la zambullida, puesto que no causa un choque violento.

Aladíno Seccíon de los níños

EL VIOLIN MAGICO

GRIMM

HABIA una vez un viejo usurero, muy rico y muy avaro, y según lenguas, algo ladrón. Tenía a su servicio un joven honrado y trabajador llamado Martín.

Todas las mañanas el buen muchacho se levantaba el primero y era el último en acostarse por la noche. Al mismo tiempo se le veía siempre del mejor humor.

Al terminar el primer año de su servicio, su amo, con el cual no había convenido salario alguno, no le dió ni un solo centavo, pensando que, sin dinero, Martín no podría abandonar su casa.

Martín no dijo una palabra y siguió trabajando alegre y entusiasta.

Al fin del segundo año tampoco le pagó su amo salario alguno y Martín no protestó.

Al cabo del tercer año, el amo, movido por un impulso generoso, echó mano al bolsillo para recompensar a su fiel criado, pero la avaricia lo detuvo y sacó del bolsillo las manos vacías.

Entonces Martín le dijo:

—Mi amo, durante tres años os he servido lo mejor que he podido y ahora deseo irme a correr el mundo, para lo cual necesito el dinero que ha ganado. ¿Quisierais ser tan bueno de entregármelo?

—Verdaderamente estoy contento de ti, muchacho, y voy a recompensarte dignamente. Toma estas tres pesetas nuevecitas, una por cada año que has estado a mi servicio.

Martín, que se contentaba con todo y que, además, ignoraba el valor de la moneda, creyendo que llevaba un capital con el cual podía mucho tiempo vivir holgadamente, se despidió de su amo y se fué por montes y valles, saltando y cantando, alegre como un pájaro.

Al pasar por las inmediaciones de una espesura, vió salir a un enanillo anciano y muy encorvado, que le gritó:

—¡Oh, alegre joven, parece que no tienes muchas preocupaciones!

—¿Y por qué he de estar triste? —contestó Martín—llevo en mi bolsillo mi salario de tres años de servicio.

—¿Y a cuánto asciende tu tesoro?

—A tres pesetas nuevecitas, que suenan como el oro, cuando golpeo mi bolsillo.

—Oye—dijo el enano—dámelas. Yo soy un pobre viejo que no puede trabajar. En cambio tú estás lleno de vida y fácilmente encontrarás qué comer.

Martín, que tenía buen corazón, se apiadó del enano y le entregó sus tres pesetas.

—Por ser tan bueno y caritativo—le dijo el viejecillo—te voy a conceder tres cosas que desees. Pídelas, y serán cumplidas en el acto.

—Yo sé que únicamente en los cuentos de hadas sucede tal cosa; pero, en fin, te voy a probar. Quiero una flecha que le dé a todo aquello a que apunte y un violín que haga bailar a todo el que lo escuche; quiero también que todos se obliguen a concederme la primera cosa que yo les pida.

—Has sido modesto en tu petición—dijo el enano—, y sacó del bolsillo la cerbatana y el violín.

—Toma—le dijo—y sábete que de hoy en adelante nadie podrá negarte la primera cosa que pidas.

Martín, cantando alegremente, continuó su camino.

Poco tiempo después se encontró con su antiguo amo que, embelesado, se había detenido para escuchar el canto de un ruiseñor que estaba posado en la rama de un árbol.

—¡Esto es maravilloso!—decía;—parece increíble que un animal tan pequeño cante tan fuerte! ¡Algo daría yo por tenerlo en una jaula!

—Yo puedo complaceros—contestó Martín, y, apuntando con su cerbatana al ruiseñor, lo hizo caer atarantado sobre la maleza.

—Id por el pájaro—dijo Martín—, os pertenece.

El viejo se metió entre las zarzas, abriéndose camino con dificultad.

De pronto se le ocurrió a Martín tocar su violín con ánimo de divertirse.

En el acto el avaro se puso a brincar frenéticamente, enganchándose en las zarzas que le despedazaban sus ropas en jirones, propinándole, al mismo tiempo, un sinnúmero de arañazos en la cara.

—¡Calla ese maldito violín! —gritaba desesperado el viejo. ¿No ves cómo me está torturando?

Pero Martín no cesaba de tocar, mientras decía:

—¡Has despellejado a tanta gente, infame usurero, que no estará de más que te despellejes tú hoy!

Y se puso a tocar cada vez más aprisa. El viejo, obligado a seguir el compás, daba saltos y volteretas, desollándose la cara y despedazándose el traje.

De pronto exclamó:

—¡Pára, por caridad, y te daré una bolsa llena de oro!

—¡Trato hecho! —dijo Martín guardando el instrumento—; pero debo advertirte que eres un notable bailarín. Después, tomando la bolsa que el avaro le arrojó con todo su pesar, siguió su camino cantando alegremente.

El viejo se echó a correr, con objeto de llegar a la ciudad antes que Martín.

Una vez allí, corrió a casa del juez y, arrodillándose a sus pies, exclamó:

—¡Pido que se me haga justicia, señor magistrado! Acabo de ser asaltado en el camino por un facineroso que, después de haberme golpeado brutalmente, me ha despojado de una bolsa llena de monedas de oro que representaba los ahorros de toda mi vida! ¡Por Dios, señor juez, haga usted aprehender a ese bandido y que se me devuelva lo que es mío!

—¿El ladrón le ha puesto en ese estado? —preguntó el juez.

—Sí señor, me ha arañado con sus uñas. El ladrón es joven y lleva una cerbatana y un violín. Con estas señas lo reconocerán fácilmente.

El juez envió inmediatamente sus alguaciles a la puerta de la ciudad, y bien pronto encontraron a Martín, que tranquilamente iba a entrar en ella.

Se le condujo ante el tribunal, donde se encontraba el avaro, que repitió su acusación.

—Yo no he tocado a este hombre—dijo Martín—ni le he quitado su bolsa por la fuerza: al contrario, me la ofreció voluntariamente para que cesara de tocar mi violín, cuyas notas le crispaban los nervios.

—¡Miente!—gritó el judío. ¡Yo no le he dado la bolsa!

—El juicio ha terminado—exclamó el juez—jamás se ha visto a un avaro dar un centavo, sólo por no oír música mala. Señor Martín, usted ha asaltado y robado en un camino real, y va usted a ser ahorcado en el acto.

El verdugo se apoderó del muchacho y lo llevó a la horca. Toda la ciudad estaba en la plaza para presenciar la ejecución.

El avaro, que estaba en primera fila, exclamaba enseñando el puño a Martín:

—¡Vas a recibir el premio de tu falta, bribonazo!

Martín, muy sereno, subió por su pie las escaleras de la horca y, cuando estuvo en lo alto, se volvió al juez y le dijo:

—¿Queréis concederme un favor antes de que muera?

—Siempre que no sea el que se te perdone, está concedido.

—No pido tanto: sólo deseo tocar una piececilla en mi violín.

Al oír estas palabras, el avaro lanzó un grito de espanto y dijo:

—¡No se lo permitáis, señor juez! ¡En nombre del cielo, no se lo permitáis!

—¿Y por qué—dijo el juez—no he de concederle esa pequeñez? ¡Que le traigan su violín!

El viejo, al oír esto, trató de marcharse; pero sin conseguirlo a causa de la muchedumbre que llenaba la plaza.

—Atame las piernas a un madero y te daré una moneda de oro—dijo al ayudante del verdugo.

Pero en aquel momento Martín comenzó a tocar, y todos los asistentes, incluso el juez, el escribano y el avaro, se sintieron estremecer, con unas ganas feroces de bailar; al segundo compás todos levantaron la pierna y comenzaron a hacer cabriolas.

El juez y el avaro saltaban como cabritos.

Jóvenes y viejos, gordos y delgados, todos danzaban que era un gusto, y hasta los perros, de pie sobre sus patas traseras, eran de la partida.

Martín aceleró el compás y aquello era una locura, se atropellaban unos a otros y se pisaban, lanzando alaridos de dolor. El juez, con la lengua fuera por la fatiga, gritó:

—Pára de tocar ese infernal instrumento y te concedo la vida!

Martín obedeció y, guardando su violín, bajó las escaleras y se colocó junto al avaro, que jadeante se había tirado al suelo para cobrar aliento.

—¡Bandido! —exclamó—. ¡Ahora mismo vas a decir de dónde has cogido esa bolsa que me diste esta mañana! ¡No mientas, porque si lo haces, cojo mi violín y toco una galopa que acabe con tu vida!

—¡La he robado! ¡La he robado!—exclamó el viejo lleno de espanto.

El juez volvió a entrar en funciones y el avaro fué ahorcado inmediatamente.

Martín continuó su camino y le sucedieron miles de aventuras; pero, como no se escribieron, se ha perdido su memoria.

LA CAJA DE PANDORA

HACE muchos, muchísimos años, cuando aún el mundo estaba en su infancia, había un niño llamado Epimeteo, que nunca había tenido padre ni madre, y para que no estuviera solo, fué llevado a vivir con él una niñita llamada Pandora, procedente de un lejano país.

La primera cosa que vió Pandora, al entrar en la casa de Epimeteo, fué una gran caja, y casi inmediatamente después de haber atravesado el umbral, preguntó qué había en ella.

—Pandora querida—contestó el niño—es un secreto. Dejaron aquí esa caja para que estuviera bien guardada y yo mismo ignoro lo que contiene.

—Pero ¿quién te la dió?—preguntó Pandora. ¿De dónde procede?

—Una persona de aspecto risueño e inteligente la puso en el umbral de mi puerta, momentos antes de tu llegada.

—Ya sé quién es—dijo la niña—es Mercurio. Este fué el que me trajo y probablemente habrá traído, para mí, esa caja, y probablemente contiene hermosos trajes, juguetes y golosinas.

—Es posible—contestó Epimeteo alejándose;—pero hasta que Mercurio regrese y nos autorice para ello, no tenemos el derecho de abrirla.

—¡Qué muchacho tan poco animoso!—exclamó Pandora cuando el niño salió de la casita—. Me disgusta su timidez.

Y en cuanto Epimeteo se alejó, la niña se acercó a la caja, objeto de su curiosidad.

Las esquinas de la caja estaban talladas primorosamente. En los lados había figuras de hombres, mujeres y lindísimos niños. La cara más bonita había sido esculpida en el centro de la tapa. Ninguna otra particularidad se advertía, exceptuando la riqueza de la madera con que estaba hecha.

La caja estaba bien cerrada y no por cerradura u otro medio semejante, sino con un cordón de oro, cuyos extremos estaban atados de un modo tan complicado que parecía imposible deshacer el nudo. Sin embargo, parece que esa dificultad avivó la curiosidad de Pandora y se puso a examinarlo a fin de averiguar cómo estaba hecho.

—Creo—se dijo—que podré deshacerlo y atarlo otra vez, y como de ello no ha de resultar ningún daño....

Trató de levantar la tapa. La elevó algunos centímetros de un lado y la dejó caer, produciendo ruido.

Un momento después le pareció oír que dentro se removía algo. Aplicó el oído y escuchó. Se percibía dentro algo así como murmullos velados.

Al retirar la cabeza, sus ojos se fijaron en el nudo del cordón de oro.

—Yo creo—se dijo—que la persona que hizo este nudo debe haber poseído una destreza y una inteligencia poco comunes; pero si yo me dedico, comprendo que podré deshacerlo. Lo intentaré.

Apenas la niña había tocado el cordón, cuando éste se desató por sí mismo, como por arte de magia.

—¡Qué cosa tan extraña!—exclamó Pandora—. ¿Qué va a decir Epimeteo? Hizo algunas tentativas para volver a hacer el nudo, pero sin conseguirlo. Así, pues, nada podía hacer sino dejar la caja desatada hasta el regreso de Epimeteo.

Al mismo tiempo pensó que su amigo iba a figurarse que había mirado el interior de la caja, y no siéndole posible borrar esa sospecha, lo mejor sería satisfacer su curiosidad... Así, pues, se acercó a la caja, y ya iba a levantar la tapa cuando le pareció que algunas voces murmuraban dentro de ella:

—¡Querida Pandora, déjanos salir! Seremos inseparables compañeros de tus juegos! ¡Déjanos salir!

—¿Quién será?—pensó Pandora. Sin duda hay alguien dentro. Voy a dar una mirada, sólo una, y volveré a cerrar.

Entretanto Epimeteo, que había tratado de divertirse solo, se aburría y decidió volver adonde estaba Pandora.

En el momento en que iba a entrar en la casita, la niña tenía la mano a punto de levantar la tapa de la caja. Epimeteo la vió. Si le hubiera dado un grito, tal vez Pandora habría retirado la mano de la caja y tal vez aún no fuera conocido el fatal misterio que encerraba.

Pero no lo hizo así, y Pandora levantó la tapa, obscureciéndose el aire con una nube negra que salió de ella y que ocultó completamente el sol. Luego, durante algunos minutos, se escucharon murmullos que poco a poco fueron aumentando hasta transformarse en un fragor de tempestad...

Pero Pandora no se intimidó por eso y levantó completamente la tapa para ver bien el contenido de la caja. Una multitud de seres alados salieron, rozándole el rostro, y en el mismo instante se oyeron gritos de dolor que Epimeteo exhalaba.

—¡Me han picado! ¡Me han picado! ¡Oh! ¿Por qué has abierto esa maldita caja? La niña dejó caer la tapa e incorporándose miró

a su alrededor para ver qué le había ocurrido a Epimeteo. Nada pudo distinguir en un principio; pero cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la imperfecta luz que reinaba, vió un enjambre de asquerosas figuras provistas de alas de murciélagos y armadas de terribles aguijones en sus colas, una de las cuales fué la que picó a Epimeteo. Instantes después, también Pandora empezó a quejarse; pero sus quejas fueron más ruidosas que las de su compañero. Un repugnante monstruo se posó en su frente, y la habría herido, tal vez de gravedad, si Epimeteo no lo hubiera impedido.

Ahora es tiempo ya de que digamos quiénes eran aquellos repugnantes seres evadidos de la caja en que estaban prisioneros. Eran las malas pasiones, los dolores, las tristezas, las enfermedades, y todas las formas de maldad que es dable imaginar.

Tanto Pandora como Epimeteo habían sido gravemente picados y sufrían mucho, cosa que les parecía tanto más intolerable cuanto que era el primer dolor que sentían desde que existe el mundo. Por esta razón estaban de mal humor y muy disgustados uno de otro.

Epimeteo se sentó en un rincón dando la espalda a Pandora, y ésta, por su parte, se dejó caer al suelo, apoyando la cabeza sobre la fatal caja. Lloraba amargamente. De pronto oyó un golpecito procedente del interior de la caja.

—¿Quién será?—preguntó Pandora dirigiéndose a Epimeteo; pero éste o no había oído la pregunta o estaba demasiado preocupado para atenderla. Sea como fuere, no contestó.

—¿Por qué no me contestas?—exclamó Pandora sollozando.

Y entonces se oyó de nuevo el golpecito. Era tan suave que parecía como si lo dieran las manos de una hada.

—¿Quién eres?—preguntó Pandora con cierta curiosidad.

Una vocecita dulce contestó a sus palabras, diciendo:

—¡Levanta la tapa y lo verás!

—No, no—dijo Pandora echándose a llorar de nuevo—. Ya estoy escarmentada de haber abierto la caja! ¡Si estás encerrada, ahí te quedarás!

Y miró a Epimeteo solicitando su aprobación; pero el muchacho sólo murmuró que tal prueba de buen juicio era tardía.

—¡Abreme!—dijo nuevamente la vocecita—no soy como esos monstruos que tienen aguijones en la cola. Ven, hermosa Pandora. Estoy segura de que me dejarás salir.

Y había un encanto tal en el tono de aquella voz, que casi era imposible negarse a lo que pedía. Pandora, al oírla, sentía disiparse su tristeza, y Epimeteo, que continuaba en su rincón, volvió la cabeza mostrando en su aspecto mejor humor que antes.

—Querido Epimeteo—exclamó Pandora—¿has oído esa vocecita?

—Sí—contestó él, todavía malhumorado—¿y qué?

—¿Te parece que abra otra vez la caja?

—Obra como quieras—replicó Epimeteo—. Después de lo hecho, nada importa que repitas tu imprudente acción.

—Podías hablarme con alguna bondad—...murmuró la niña enjugándose los ojos.

—¡Si estás deseando verme, Epimeteo!—gritó la vocecita—. Abre, porque tengo gran prisa por consolarte.

—Suceda lo que quiera, estoy resuelta a abrir la caja—exclamó Pandora.

—Y, como la tapa está pesada, yo te ayudaré—dijo el niño.

Y así los dos niños unieron sus fuerzas para abrir nuevamente la caja. Salió de ella un personaje sonriente, cuyo cuerpo parecía formado con rayos de sol.

Empezó a revolotear por la estancia, iluminando los lugares en que se posaba. Se llegó a Epimeteo y tocó ligeramente con uno de sus dedos el lugar donde le había picado el dolor y en el acto el niño dejó de sentir sufrimiento alguno.

Luego besó a Pandora en la frente, y el daño que le causara el mal fué también inmediatamente curado.

—¿Quién eres, divina criatura?—exclamó Pandora.

—Soy la Esperanza—contestó el brillante sér.

—Tus alas tienen el color del arco iris—añadió la niña—. ¡Qué hermosa eres!

—Sí, son como el arco iris—dijo la Esperanza—porque aunque mi naturaleza es alegre, estoy formada de lágrimas y de sonrisas.

—¿Querrás quedarte para siempre a nuestro lado?—preguntó Epimeteo.

—No me moveré mientras me necesitéis. Sí, queridos niños, sé que más tarde os será otorgado un dón inapreciable.

—¡Oh, dinos cuál!

—No me preguntéis—repuso la Esperanza poniéndose un dedo en sus rosados labios. Pero no desesperéis aun cuando nunca gozaseis en esta vida de la felicidad que os he anunciado.

—¡Creemos en ti!—gritaron a coro Epimeteo y Pandora.

Y así lo hicieron, y no solamente ellos, sino que todo el mundo ha confiado en la Esperanza, que desde entonces vive en el corazón de los hombres.

LAS VENTANAS DE ORO

RICHARDS

DURANTE las horas del día el pobre niño trabajaba sin descanso en el corral y en los sembrados, pues sus padres eran muy pobres y no podían pagar a un jornalero para que desempeñase esas faenas.

En las tardes, al ponerse el sol, disfrutaba de una hora, toda suya, cedida a él por su padre para que hiciese durante ella lo que le viniera en gana. A algunos kilómetros de distancia y sobre un cerro igual a aquel donde su casa se construyó y frente a ella, había una casita cuyas ventanas llamaban fuertemente la atención del niño. Las veía brillar como si fueran de oro y de diamantes, a la luz del crepúsculo, y en su contemplación permanecía todas las tardes en la hora de asueto que su padre le daba, hasta que unas persianas inconsecuentes le cubrían aquel tesoro.

Una mañana, muy temprano, su padre lo llamó y le dijo:

—Has sido un buen muchacho y con tu conducta irreprochable tienes ganado un día de fiesta. Este te pertenece, empléalo como gustes; pero ten presente que Dios te lo concede para que saques de él algún provecho.

El niño, muy agradecido y satisfecho, se despidió de sus padres y hermanitos, puso un pedazo de pan en el bolsillo, y salió de su casa encaminándose con dirección a la casita de ventanas de oro.

Fué una excursión deliciosa.

Sus desnudos pies dejaban una huella en la arena, dando al niño la ilusión de que sus piececitos lo seguían sin abandonarlo un instante.

La sombra suya lo acompañaba también, unas veces corriendo, otras brincando; de acuerdo siempre con los movimientos del niño.

¡Qué divertido era todo eso!

A poco andar sintió hambre, y sentándose a la orilla de un arroyo, sacó el pan de su bolsillo y comenzó a comerlo, bebiendo, a la vez, del agua cristalina que corría en el arroyo.

Continuó su marcha, y transcurridas algunas horas, llegó a una verde colina en cuya cima se veía una casita. ¡La misma que él había admirado tantas veces!

Desgraciadamente las inconsecuentes persianas estaban echadas y no le permitían contemplar las ventanas de oro. Así, al menos, lo pensaba el niño, mientras a pasos acelerados traspasaba la distancia que lo separaba de la casa.

Llegó a ella, y grande fué su decepción al ver unas ventanas de vidrio en lugar de las de oro y diamantes que él había admirado tantas veces.

Una mujer salió a la puerta, y al ver al niño, le preguntó con dulzura qué era lo que deseaba.

—Vine—dijo el niño—con el objeto de ver de cerca las ventanas de oro que, desde mi casa, contemplo todas las tardes; pero me encuentro con que no son tal y como yo las veía.

—Somos muy pobres—exclamó la mujer—y no podríamos tener oro en nuestras ventanas, cuando tanta falta nos hace en los bolsillos. Además, el vidrio permite ver a través de él todos los objetos, y el oro hasta la luz impediría entrar. Ven, niñito, siéntate a descansar y después jugarás con mi hija, que tiene aproximadamente tu edad.

Al llamado de la señora se presentó una simpática nenita, descalza y vestida pobremente; pero con los cabellos dorados como las ventanas que él había visto desde su casita, y con los ojos de un azul tan claro como el que tiene el cielo a mediodía.

Invitó al niño a que pasaran al corral y allí le enseñó su ternerita negra, en cuya frente lucía una estrella blanca; platicaron de los conejitos recién nacidos, de la gallina clueca que pacientemente esperaba en su nido la salida de los pollitos.

Partieron entre los dos una manzana, y convertidos así en buenos camaradas, el niño le habló de las ventanas de oro, preguntándole, a la vez, si ella las había visto.

La niña inclinó su cabeza afirmando. Sí que las conocía y bien; pero para llegar a ellas era preciso tomar el camino contrario al que el niño había seguido.

—Ven conmigo—le dijo tomándolo de la mano—y te mostraré la casita con ventanas de oro. Los dos niños se dirigieron hacia una colina que estaba situada a espaldas del rancho, y a medida que caminaban, la niña iba haciendo explicaciones sobre la hora en que mejor lucían las ventanas de oro.

El niño estaba de acuerdo con ella; era a la hora del crepúsculo cuando las ventanas lucían en todo su esplendor.

Al llegar a la cima de la colina, la niña señaló con su mano una montaña lejana, en cuya cumbre estaba una casita con ventanas que brillaban como si fueran de oro y de diamantes.

Fijóse bien el niño y reconoció en ella a la casita suya, donde tan feliz vivía con sus amados padres.

Se despidió de la niña, dejándole como recuerdo un precioso

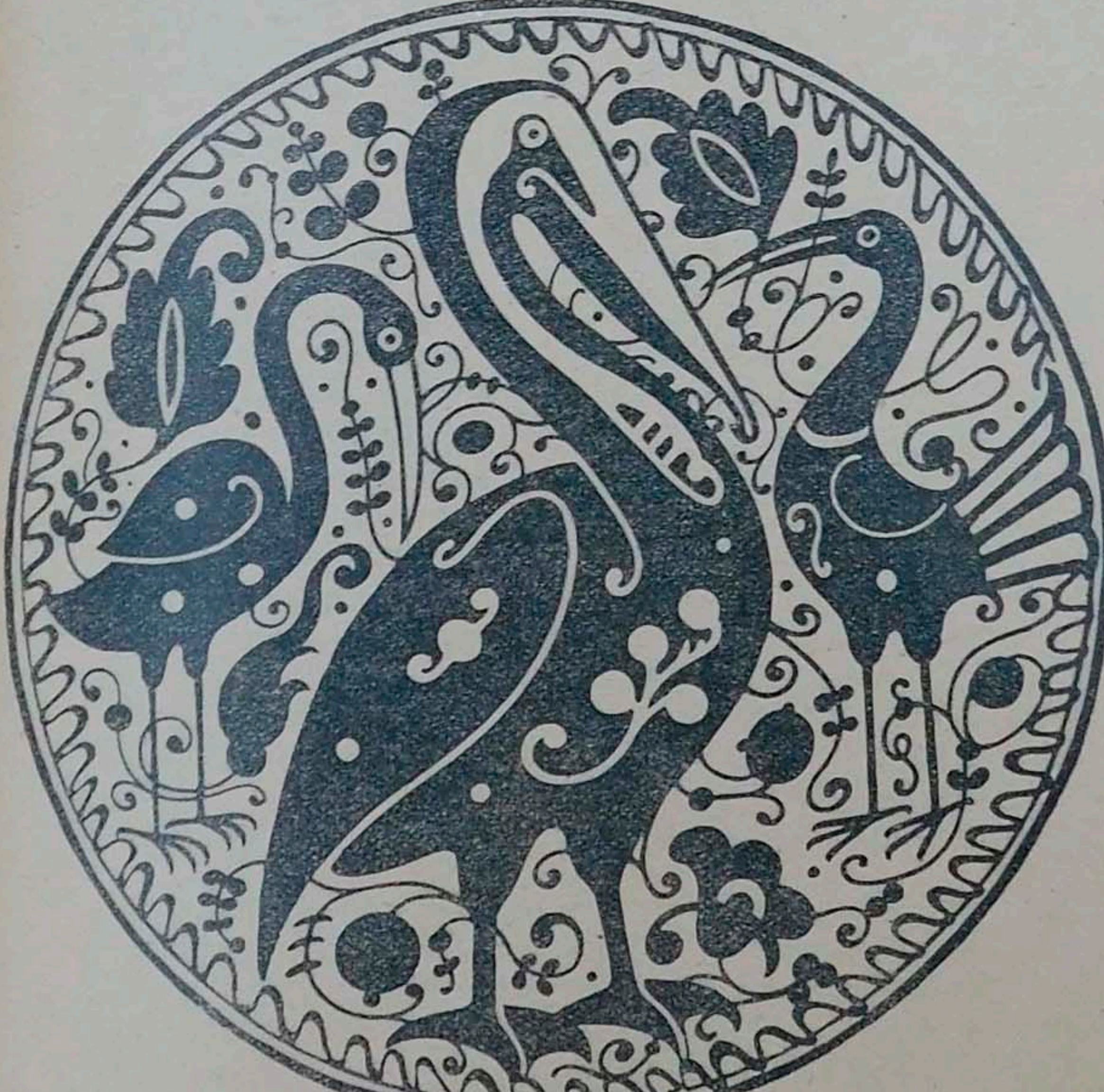
guijarro blanco, veteado de rojo, que hacía un año guardaba en su bolsillo; la besó y le hizo la promesa de volver a visitarla; pero no le comunicó la lección que había recibido.

El camino era largo, y ya la noche estaba avanzada cuando llegó a su casa. La luz de la lámpara y el fuego de la chimenea brillaban, a través de los vidrios, con reflejos de oro y de diamantes.

Abrió la puerta y se encontró en los brazos de su madre, rodeado de sus cariñosos hermanitos y de su buen padre, que con dulzura le preguntó:

—¿Te has divertido mucho? ¿Has tenido alguna buena lección?

—¡Sí, padre!—contestó el muchacho entusiasmado—. ¡Que las ventanas de nuestra casita son de oro y de diamantes!



Poesía

JOSE MARIA HEREDIA

DON José María Heredia nació en Santiago de Cuba en 1803. De familia acomodada, tuvo la suerte de poder recibir una educación de lo más aventajada que entonces podía ser, aunque, desde luego, formalista y metafísica, a pesar de la labor de don Félix Varela, que dicen había acabado en Cuba con el silogismo aristotélico.

Le fué fácil dedicarse a sus aficiones y, discípulo de sacerdotes, primero en Santiago y luego en la Habana, podía, a los ocho años, traducir a Horacio, a los diez hacer versos (incluso en el idioma de Cicerón) y a los quince optar con éxito por el bachillerato en Derecho.

Hijo de español, sentía, no obstante, como patriota cubano. Le tocó vivir en aquel período revolucionario del mundo entero. Triunfante Napoleón; después de haber triunfado la Revolución francesa; independientes o guerreando los pueblos sudamericanos; agitada y vacilante España; germinando en Cuba la idea libertaria, siguió la corriente forzosa, y figuró en la conspiración cubana de "Los Rayos y Soles de Bolívar," denunciada al general Vives (1823). Apenas contaba entonces veinte años. Huyó a los Estados Unidos. En este país estaba, cuando, en 1825, precisamente el año en que el gobierno español daba plenos poderes al general Vives en Cuba, pasó a México, solicitado por el general Guadalupe Victoria, Presidente de esta República, y en su gobierno prestó inapreciables servicios administrativos en el desempeño de altos cargos.

La mayor parte de su producción literaria fué en México. En los Estados Unidos apenas estuvo dos años, y a Cuba sólo volvió por dos meses, a la muerte de Fernando VII de España, ocurrida en 1833. Por esta época contaba Heredia treinta años. En México murió en la ciudad de Toluca, el año de 1839, a los treinta y seis de edad.

Heredia fué un literato universal, que (sin duda por la circunstancia de haber pasado la segunda mitad de la existencia fuera de su país, precisamente en época en que se hacía su personalidad) se apartó del tipo del poeta cubano, en sus tendencias. Los poetas cubanos han sido siempre, hasta la última guerra de independencia, caracterizados por dos leit-motivs: el amor casto y melancólico, y el patriotismo quejumbroso y rebelde, sin que deje de haber buenos líricos. Pero Heredia puede decirse que fué el más lírico de todos, ca-

si exclusivamente lírico. De aquí que su Oda al Niágara *haya dado tono a esa personalidad.*

El Niágara es su obra maestra, si bien sus otras odas son tan conceptuosas como aquélla; pero menos inspiradas. El Niágara, sin duda, no es la joya impecable que los fanáticos quieren presentarnos, porque tiene defectos, acaso hijos de la inspiración; pero, de cualquier manera que sea, es un justo timbre de gloria para él y para Cuba.

*

AL OCEANO

¡QUE! ¡De las ondas el hervor insano
Mece por fin mi pecho estremecido!
¡Otra vez en el mar!... Dulce a mi oído
Es tu solemne música, Oceano.
¡Oh! ¡Cuántas veces en ardientes sueños
Gozoso contemplaba
Tu ondulación, y de tu fresca brisa
El aliento salubre respiraba!
Elemento vital de mi existencia,
De la vasta creación mística parte,
¡Salve! Felice torno a saludarte
Tras once años de mortal ausencia.
¡Salve otra vez! A tus volubles ondas
Del triste pecho mío
Todo el anhelo y esperanza fío.
A las orillas de mi fértil patria
Tú me conducirás, donde me esperan,
Del campo entre la paz y las delicias,
Fraternales caricias,
Y de una madre el suspirado seno.
Me oyes ¡benigno mar! De fuerza lleno
En el triste horizonte nebuloso,
Tiende sus alas aquilón fogoso,
Y las bate: la vela estremecida
Cede al impulso de su voz sonora,

Y cual flecha del arco despedida
Corta las aguas la inflexible prora.
Salta la nave como débil pluma
Ante el fiel Aquilón que la arrebata.
Y en torno, cual rugiente catarata,
Hierven montes de espuma.
¡Espectáculo espléndido, sublime
De rumor, de frescura y movimiento;
Mi desmayado acento
Tu misteriosa inspiración reanime!
Ya cual mágica luz brillar la siento;
Y la olvidada lira
Nuevos tonos armónicos suspira.
Pues me torna benéfico tu encanto
El dón divino que el mortal adora.
Tuyas, glorioso mar, serán ahora
Estas primicias de mi nuevo canto.
¡Augusto primogénito del Caos!
Al brillar ante Dios la luz primera,
En su cristal sereno
La reflejaba tu cerúleo seno;
Y al empezar el mundo su carrera,
Fué su primer vagido,
De tus hirvientes olas agitadas
El solemne rugido.
Cuando el fin de los tiempos se aproxime,
Y al orbe desolado
Consuma la vejez, tú, mar sagrado,
Conservarás tu juventud sublime.
Fuertes cual hoy, sonoras y brillantes,
Llenas de vida férvida tus ondas,
Abrazarán las playas resonantes,
Ya sordas a tu voz: tu brisa pura
Gemirá triste sobre el mundo muerto.
Y entonarás en lúgubre concierto
El himno funeral de la natura.
¡Divino esposo de la madre tierra!
Con tu abrazo fecundo
Los ricos dones desplegó, que encierra
En su seno profundo.
Sin tu sacro tesoro, inagotable,
De humedad y de vida,
¿Qué fuera?—Yermo estéril, pavoroso,
De muerte y aridez sólo habitado.
Suben ligeros de tu seno undoso

Los vapores que en nubes condensados,
Y por el viento alígeros llevados,
Bañan la tierra en lluvias deliciosas,
Que al moribundo rostro de natura
Tornando la frescura,
Ciñen su frente de verdor y rosas.
¡Espejo ardiente del sublime cielo!
En ti la luna su fulgor de plata
Y la noche magnífica retrata
El esplendor glorioso de su velo.
Por ti, férvido mar, los habitantes
De Venus, Marte o Júpiter, admiran
Coronado con luces más brillantes
Nuestro planeta que tus brazos ciñen,
Cuando en tu vasto y refulgente espejo
Mira el sol de su hoguera inextinguible
El áureo, puro vívido reflejo.
¿Quién es, sagrado mar, quién es el hombre
A cuyo pecho estúpido y mezquino
Tu majestuosa inmensidad no asombre?
Amarte y admirar fué mi destino
Desde la edad primera;
De juventud apasionada y fiera
En el ardor inquieto,
Casi fuiste a mi culto noble objeto:
Hoy a tu grata vista, el mal tirano
Que me abrumaba, en delicioso olvido
Me deja respirar. —Dulce a mi oído
Es tu solemne música, Oceano.

A BOLIVAR

¡LIBERTADOR! Si de mi libre lira
Jamás el eco fiero
Al crimen halagó ni a los tiranos,
Escucha su himno de loor, que inspira
Ferviente admiración. Alto, severo
Será por siempre de mi voz el tono.
Sí, columna de América: no temo
Al cantar tus hazañas inmortales
Que me escuchen los genios celestiales
Y juzgue el Sér Supremo.

¿Qué era, decid, el vasto continente
Que Colón reveló? Bajo la saña
De la terrible España,
Tres centurias gimió su opresa gente
En estéril afán, en larga pena,
En tinieblas mentales y cadena.
Mas el momento, vencedor del hado,
Al fin llegó; los hierros se quebrantan,
El hombre mira al sol, osado piensa,
Y los pueblos de América, del mundo
Sienten al fin la agitación inmensa,
Y osan luchar, y la victoria cantan.

Bella y fugaz aurora
Lució de libertad. Desastre inmenso
Cubrió a Caracas de pavor y luto.
Del patriótico afán el dulce fruto
Fatal superstición seca y devora.
De libertad sobre la infausta ruina
Más osado y feroz torna el tirano,
Y entre la gran desolación, insano
Amenaza y fulmina.
Pero Bolívar fué. Su heroico grito
Venganza, patria y libertad aclama.
Venezuela se inflama
Y trábase la lucha
Ardua, larga, sangrienta,
Que de gloria inmortal cubre a Bolívar
En diez años de afán. La fama sola
A la posteridad los triunfos cuenta
Que le vió presidir, cuando humillaba
La feroz arrogancia,
La pujanza española,
Y su genio celebra y su constancia.
Una vez y otra vez roto y vencido,
De su patria expelido,
Peregrino en la tierra y oceano.
¿Quién le vió desmayar? El infortunio
Y la traición impía
Se fatigaron por vencerle, en vano.
Su genio inagotable
Igualaba el revés a la victoria;
Y le miró la historia
Empapar en sudor, llenar de fama,
Del Golfo triste al Ecuador sereno,
Del Orinoco inmenso al Tequendama.

¡Bolívar inmortal! ¿Qué voz humana
Enumerar y celebrar podría
Tus victorias sin fin, tu eterno aliento?
Colombia independiente y soberana
Es de tu gloria noble monumento.
De vil polvo, a tu voz, robusta, fiera,
De majestad ornada,
Ella se alzó, como Minerva armada
Del cerebro de Júpiter saliera.
Mas a tu ardor sublime
No bastan ya de Araure y Carabobo,
De Boyacá y de Quito los laureles.
Libertad al Perú volar te ordena.
La espada ardiente que tu mano esgrime,
Rayo al poder de España,
Brilla donde su saña
A servidumbre o destrucción condena
La familia del Sol, en cuyo templo
Inexorable y fiera
Alzaba ya la Inquisición su hoguera.

Entre guerra civil e iberas lanzas
Aquel pueblo infeliz vacila triste,
Cuando el poder dictatorial te viste,
Y te manda salvar sus esperanzas.
La discordia feroz huye aterrada,
El sumiso Perú tu genio adora,
Y de venganza y libertad la aurora
Luce en Junín al brillo de tu espada.

Tu espíritu feliz a Sucre llena;
Y un mundo por tu genio libertado
En Ayacucho al fin ve destrozado
El postrer eslabón de su cadena.
Allí el ángel de América la vista
Dilata por sus llanos
Desde la nube umbrosa en que se asienta,
Y con terror involuntario cuenta
Seis mil patriotas y diez mil tiranos.
Mas eran los patriotas colombianos,
Alumnos de Bolívar y la Gloria;
Tu generoso ardor los abrasaba,
Y fué suyo el laurel de la victoria.

Allí termina la inmortal campaña,
Y al colombiano pabellón glorioso,
Sangriento y polvoroso
Cede y se humilla el pabellón de España.

¡Libertad a la patria de los Incas!
¡Libertad de Colón al hemisferio!
¡Lauro al Libertador! Del Cuzco antiguo
Las vírgenes preciadas,
Libres del afrentoso cautiverio,
Himnos de triunfo entonan a Bolívar.
Los pueblos que feliz libra y aduna
Manco nuevo le llaman,
Y con ardiente gratitud le aclaman
El genio de la guerra y la fortuna.

Y resuenan su voz, y soberana
Se alza Bolivia bella,
Y añádese una estrella
A la constelación americana.

¡Numen restaurador! ¿Qué gloria humana
Puede igualar a tu sublime gloria?
¡Oh, Bolívar divino!
Tu nombre diamantino
Rechazará las olas con que el tiempo
Sepulta de los reyes la memoria;
O de tu siglo al recorrer la historia
Las razas venideras,
Con estupor profundo
Tu genio admirarán,
Tu ardor triunfante,
Viéndote sostener, sublime Atlante,
La independencia y libertad de un mundo.

AL NIAGARA

TEMPLAD *mi lira, dádmela: que siento*
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz!... Niágara undoso,

Sólo tu faz sublime ya podría
Tornarme el dón divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan,
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: vi al Oceano
Azotado del austro proceloso
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro,
Y sus iras amé; mas su fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresión que tu grandeza.

Sereno corres, majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mía
En vagos pensamientos se confunde,
Al contemplar la férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde obscuro
Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando;
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.

Mas llegan... saltan... el abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados;
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
Al golpe violentísimo en las peñas
Rómpese el agua, y salta, y una nube

De revueltos vapores
Cubre el abismo en remolinos, sube,
Gira en torno, y al cielo
Cual pirámide inmensa se levanta,
Y por los bosques que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista.
Con inquieto afanar? ¿Por qué no miro
Alrededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas del Oceano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino.
A tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto, y delicada rosa,
Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardín: a ti la suerte
Guarda más digno objeto y más sublime.
El alma libre, generosa y fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
Menosprecia los frívolos deleites
Y aun se siente elevar cuando te nombra.
¡Dios, Dios de la verdad! en otros climas
Vi monstruos execrables
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar con sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra
Y desolar frenéticos la tierra.
Vilos, y el pecho se inflamó a su vista
En grave indignación. Por otra parte
Vi mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban:
Por eso siempre te buscó mi mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre a ti; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,

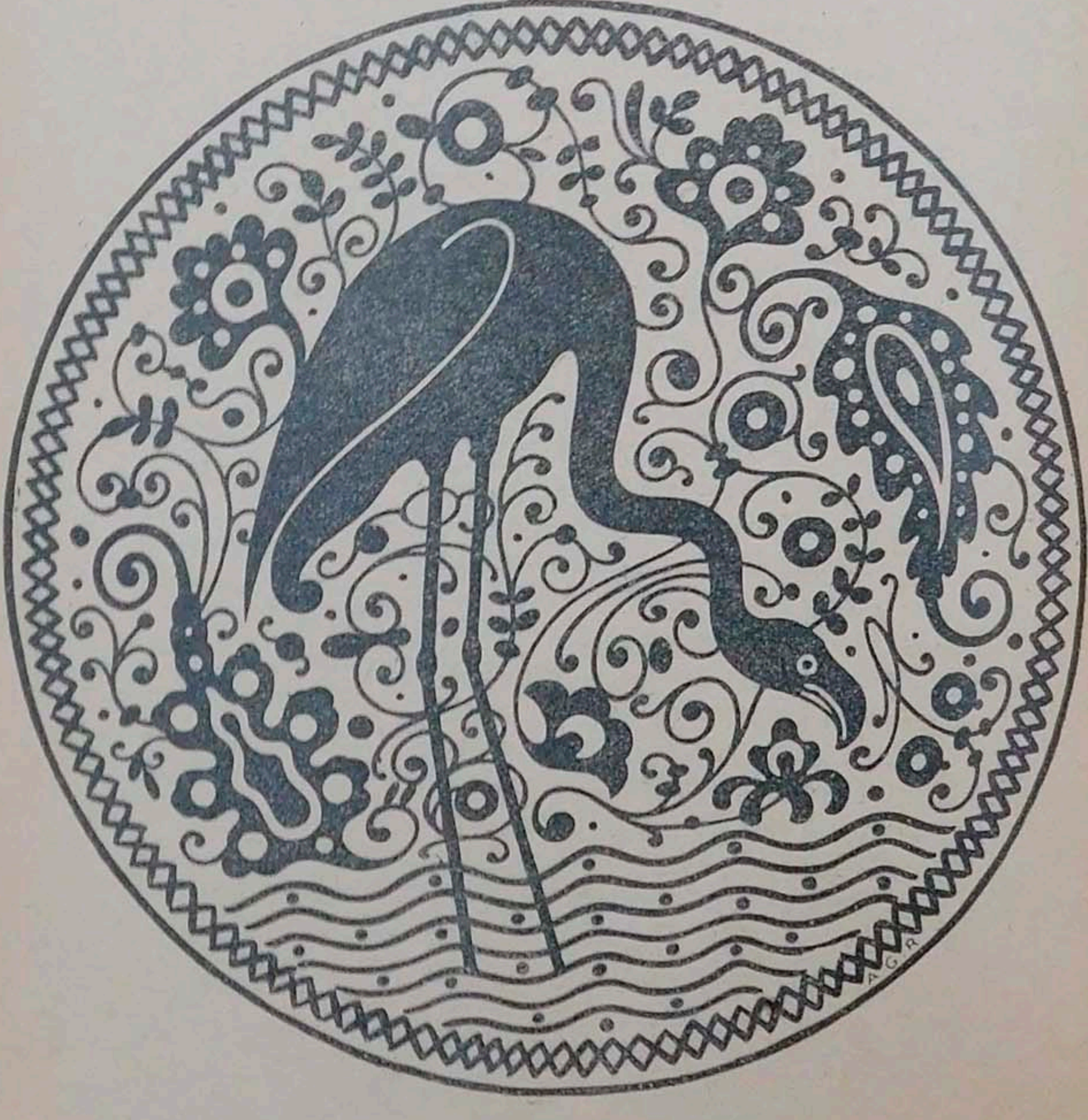
Y tu profunda voz baja a mi seno
De este raudal en el eterno trueno.
¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista mi ánimo enajena
Y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz a tus aguas despeñadas
Y ornó con su arco tu terrible frente.
Miró tus aguas que incansables corren,
Como el largo torrente de los siglos
Rueda en la eternidad: así del hombre
Pasan volando los floridos días
Y despierta el dolor.... ¡Ay! ya agostada
Siento mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.
Nunca tanto sentí como este día
Mi mísero aislamiento, mi abandono,
Mi lamentable desamor... ¿Podría
Un alma apasionada y borrascosa
Sin amor ser feliz?... ¡Oh! ¡Si una hermosa
Digna de mí me amase
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y mi andar solitario acompañase!
¡Cuál gozara al mirar su faz cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreírse
Al sostenerla en mis amantes brazos!...

¡Delirios de virtud!... ¡Ay! desterrado,
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores.
¡Niágara poderoso!
Oye mi última voz: en pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Puede piadoso,

Al contemplar tu faz algún viajero,
Dar un suspiro a la memoria mía.
Y yo al hundirse el sol en Occidente,
Vuele gozoso do el Criador me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

JOSE MARIA HEREDIA



LIBROS QUE SE HALLAN A LA VENTA EN EL DEPARTAMENTO EDITORIAL DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA.

TRADUCCIONES DIRECTAS.

Homero	La Iliada	2 Vol. tela inglesa	Precio	$ 2.00
„	La Odisea	1 „ „ „	„	„ 1.00
Esquilo	Tragedias	1 „ „ „	„	„ 1.00
Eurípides	Tragedias	1 „ „ „	„	„ 1.00
Dante	Divina Comedia	1 „ „ „	„	„ 1.00
Platón	Diálogos	1 „ „ „	„	„ 1.00

DE VENTA EN EL EXPENDIO DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL, CALLE DEL LIC. VERDAD NUM. 2 (EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL). NO SE HACEN VENTAS POR MAYOR NI SE EXPENDEN EN LIBRERIAS.

Esta Revista establecerá canje con todas las publicaciones del mundo y preferentemente con aquellas de ideas avanzadas, cuyo significado en la educación del pueblo sea una garantía de progreso y purificación humana. Todos los canjes de libros y revistas pueden dirigirse a la Primera de Gante núm. 3, o Apartado 105 bis. México, D. F.

I

E L   P L A C E R   D E   S E R V I R

Toda naturaleza es un anhelo de servicio.

Sirve la nube, sirve el viento, sirve el surco.

Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú; donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú; donde haya un esfuerzo que todos esquivan, acéptalo tú.

Sé el que apartó la piedra del camino, el odio entre los corazones y las dificultades del problema.

Hay la alegría de ser sano y la de ser justo; pero hay, sobre todo, la hermosa, la inmensa alegría de servir.

¡Qué triste sería el mundo si todo en él estuviera hecho, si no hubiera un rosal que plantar, una empresa que emprender!

Que no te llamen solamente los trabajos fáciles. ¡Es tan bello hacer lo que otros esquivan!

Pero no caigas en el error de que sólo se hace mérito con los grandes trabajos; hay pequeños servicios que son buenos servicios: adornar una mesa, ordenar unos libros, peinar una niña.

Aquél es el que critica, éste es el que destruye, tú sé el que sirve.

El servir no es faena sólo de seres inferiores. Dios, que da el fruto y la luz, sirve. Pudiera llamársele así: el que sirve.

Y tiene sus ojos fijos en nuestras manos y nos pregunta cada día: ¿Serviste hoy? ¿A quién? ¿Al árbol, a tu amigo, a tu madre?

GABRIELA MISTRAL.

Dios también pregunta: ¿Serviste hoy a la patria?

El servicio que se presta a la patria es servicio que se presta a toda la humanidad.

Los países verdaderamente libres son patria de todos; aun de los que jamás pisen su suelo.

Un pueblo verdaderamente libre no sólo es en sí y para sí un pueblo feliz; es más: es ejemplo y guía de todos los pueblos.

México nunca será libre de verdad mientras sea patria de ignorantes. La mayor parte de nuestras desgracias ¿no se deriva acaso de la ignorancia de nuestro pueblo? Instruyendo al pueblo se presta a la patria el servicio más hermoso.

¡Desterremos la ignorancia como hemos desterrado las tiranías!

Cuando todo mexicano sepa leer y escribir, no sólo será México más grande: también el mundo habrá mejorado.

Los verdaderos maestros, los que enseñan al pueblo, sirven a la humanidad, sirven a Dios.

A Dios pudiera llamársele también: el que enseña.

MOCTECUS.

No podemos atender un solo pedido de los números uno al seis, pues están completamente agotados. Esta Revista es gratuita para los lectores de marcada pobreza y para el resto del público costará $ 5.00 CINCO PESOS ORO NACIONAL en la República y Dls. 2.50 DOS Y MEDIO DOLLARS en el extranjero la suscripción por un año, los que deberán remitirse en giro postal o telegráfico, cheque, letra o vales para editores, dirigidos a "EL MAESTRO," primera de Dante 3 o Apartado Postal 105 bis. México, D. F.